Mary Lundh

La Esposa Designada

Herederos #1





LA ESPOSA DESIGNADA

(HEREDEROS – LIBRO 1)

MARY LUNDH

© 2024 Mary Lundh
Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes nacionales e internacionales, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Depósito de registro: 2404207706266.
Créditos de fotografía: halayalex.

Advertencia: Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es mera coincidencia.

«Para todo aquel que haya sufrido a falta de amor o a causa de una injusticia»

«No hay barrera, cerradura ni cerrojo que puedas imponer a la libertad de mi mente»
Virginia Wolf

«A mi querido hermano Adam
Cuya breve existencia me enseñó, que la vida, no es una tarea que se pueda dejar para mañana»
Mary Lundh

Contenido

Sinopsis
Capítulo 1 «Inocente»
Capítulo 2 «El precio del honor»
Capítulo 3 «La samaritana»
Capítulo 4 «En busca de estrategias»
Capítulo 5 «Una chica muy lista»
Capítulo 6 «A caballo regalado no se le mira los dientes»
Capítulo 7 «El frío que traspasa el alma»
Capítulo 8 «Tormentos del pasado»
Capítulo 9 «No temas a las nuevas experiencias»
Capítulo 10 «Un paseo para dos»
Capítulo 11 «La sorpresa del siglo»
Capítulo 12 «El cuervo»
Capítulo 13 «¿Te casas conmigo?»
Capítulo 14 «Acepto»
Capítulo 15 «Las deudas deben ser pagadas»
Capítulo 16 «Bajo el mismo techo»
Capítulo 17 «Si tú no la quieres, ¡dámela!»
Capítulo 18 «Las alegrías del matrimonio»
Capítulo 19 «No se desperdicia a un buen partido»
Capítulo 20 «Entrometido»
Capítulo 21 «Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde»
Capítulo 22 «Que no se te olvide que tienes un marido»
Capítulo 23 «Les presento a la señora Lennox»
Capítulo 24 «Circunstancias atenuantes»
Capítulo 25 «Debemos mantener las apariencias»
Capítulo 26 «El riesgo del amor inesperado»
Capítulo 27 «La desgracia de uno es la alegría de otro»
Capítulo 28 «Intruso»
Capítulo 29 «Una lluvia muy inoportuna»
Capítulo 30 «La constante fricción entre dos masas . produce calor»
Capítulo 31 «Mi cita ideal»
Capítulo 32 «Cuidado con las conquistas del pasado»
Capítulo 33 «Es hora de admitir la verdad»
Capítulo 34 «Yo sí te quiero»
Capítulo 35 «Intenciones ocultas»
Capítulo 36 «Las cosas buenas no duran para siempre»
Capítulo 37 «Una amenaza muy real»
Capítulo 38 «Un ardid para atrapar a la víbora»
Capítulo 39 «Nada más que amor»
Capítulo 40 «Resiliencia»
Epílogo «La bendecida luna de miel»

Acerca del autor



Sinopsis

Sara Stone es una joven de gran belleza y noble corazón que ha pasado la mayor parte de su vida en un internado exclusivo para mujeres. Al cumplir 18 años, su madre aparece de manera repentina con la excusa de prepararla para un supuesto debut en la sociedad. Sin embargo, tras una intensa sesión de embellecimiento, la abandona en un lugar sórdido y desconocido. Desesperada pide auxilio sin saber que su ruego sería escuchado, ni más ni menos que, por Duncan Lennox, un hombre de negocios que jamás se había interesado seriamente por ninguna mujer.

Cuatro años más tarde, el padre de Duncan muere dejándole un testamento insólito que lo obliga a casarse con Sara, su recién llegada asistente.



Capítulo 1

«Inocente»

Jamás había nacido una mujer tan generosa como la bella Sara Stone. A sus 17 años ya fue capaz de abrir una pequeña escuela de alfabetización, dedicada a ayudar a los niños de escasos recursos que residían cerca del internado en el que ella vivía. Esto era parte de un proyecto comunitario que llevaba a cabo con las hermanas del convento. Todos admiraban su tenacidad y fuerza de voluntad, y nadie se negaba a ofrecerle una mano cuando ella lo requería.

Aunque llevaba una vida digna y no carecía de afecto, pues todos la adoraban, ella nunca tuvo lo que cualquier persona hubiera deseado a su edad, es decir, una familia. Su padre falleció a temprana edad y quedó a cargo de su madre, que, como nunca se cansaba de repetirle, tenía mejores cosas que hacer que perder el tiempo criando a una niña.

Su única abuela no pudo hacer mucho, puesto que, a su avanzada edad, ya no tenía la fuerza para cuidarla, por lo que, no tuvo otra opción más que mandarla a un internado y pagarle los estudios hasta que terminara el colegio. Ni siquiera tuvo la dicha de verla crecer, ya que 3 años más tarde, la mujer falleció, quedando Sara completamente huérfana.

El tiempo pasó y la que una vez fue una pequeña se convirtió en una hermosa doncella. Su madre nunca volvió a buscarla. Ni siquiera la llamaba para felicitarla por su cumpleaños. Pronto Sara tendría que abandonar el único hogar que conoció, y a pesar de que, finalmente, viviría una vida normal, extrañaría a todos, sin lugar a duda.

Un día antes de su cumpleaños número 18, la directora del colegio la llamó a su oficina. Ella, creyendo que quería despedirse debidamente, acudió con prisa a verla.

—Sara, querida, pasa por favor —le indicó al verla parada en la puerta.

—Directora, me han dicho que quería verme.

—Sí, tengo noticias.

—¿De qué se trata? —preguntó sentándose frente a su escritorio.

—Tu madre ha llamado.

—¿Qué? —dijo Sara muy sorprendida— ¿Cuándo?

—Esta mañana. Ha llamado para avisar que vendría por ti.

—¿Está segura de que era mi madre? —insistió sin poder creerlo.

—Sí. Al parecer, no estuvo en el país por mucho tiempo y por eso nunca pudo venir a visitarte.

—¿Durante 10 años?

—Eso parece.

—¿Qué más le ha dicho?

—Dijo que empacaras, que vendría esta tarde a buscarte.

—Entiendo —expresó desconcertada, al comprender su dilema la directora le dijo:

—No tienes la obligación de ir con ella, mañana obtendrás la mayoría de edad, y podrás hacer lo que quieras —le recordó.

—Es cierto —respondió, al parecer, aliviada.

—Aunque… —dijo la monja reflexiva.

—Aunque…

—Creo que al menos deberías darle la oportunidad de explicarse.

—Supongo que tiene razón —expresó esperanzada, pues a pesar de todo, en lo más profundo de su ser, deseaba tener una madre.

En la tarde apareció una elegante dama en la oficina de la directora. Al verla, Sara la reconoció inmediatamente.

—Soy Elena Stone, he venido a por mi hija —indicó.

—¡Madre! —dijo impulsivamente, la mujer la miró de pies a cabeza antes de sacarse los lentes oscuros.

—Sara, has crecido —expresó poco entusiasmada.

—Han pasado más de 10 años —le recordó.

—Por supuesto —dijo con condescendencia, luego agregó— ¿tus maletas ya están listas?

—Sí —respondió extrañada.

—Nos vamos entonces —espetó y volvió a colocarse los lentes antes de girar y dirigirse a la puerta.

—¡Espera! —le advirtió Sara— Debo despedirme de mis amigos.

—Tienes 10 minutos —le indicó.

Sara trató de contener las lágrimas, pero fue imposible. Había creado tantos recuerdos en ese lugar, estaba abandonando a la única familia que conoció.

—No te preocupes querida, pronto ni siquiera recordarás que una vez estuviste aquí —le dijo su madre.

—Eran mi familia —dijo ella malhumorada.

—Yo soy tu familia, y de ahora en adelante me tendrás a mí —le prometió.

Sus palabras la consolaron, ya que era lo que ella siempre había querido. Tener una madre, un hogar, una familia.

—¿A dónde iremos? —le preguntó curiosa.

—A un hotel, como recién he vuelto al país, aún no he podido instalarme. Además, no tenemos mucho tiempo.

—¿Tiempo para qué?

—Para tu debut —afirmó.

—¿Debut?

—Sí, mi querida, debemos presentarte a la sociedad como se debe, después de todo, eres una Stone —le aseguró.

Escuchar que su madre tenía planes para ella la confortó. Al principio creyó que las cosas volverían a ser como antes, pero al parecer, su progenitora finalmente había despertado su lado materno.

Cuando llegaron, Sara se cambió de ropa, pues según su madre, ella debería acompañarla a una cena de negocios. Como no tenía nada elegante que ponerse, Elena le dio un vestido, que le pareció demasiado exhibicionista, pero como era el primer regalo que recibía de ella en mucho tiempo, aceptó con mucho gusto.

Bajaron hasta el restaurante, el mozo les indicó la mesa que tenían reservada. Minutos después apareció una mujer rubia muy coqueta. Elena la invitó a sentarse, e iniciaron una conversación que Sara no entendió hasta que fue demasiado tarde.

—Es joven —dijo la mujer.

—Como tú deseabas.

—Sí, es verdad —respondió la rubia, levantando la copa de champán para beber.

—¿Tenemos un trato?

—¿Puedes garantizar que es inocente?

—Ten eso por seguro. Entonces, ¿tenemos un trato?

—Lo sabremos cuando ella esté lista.

—Lo estará —prometió Elena.

—En ese caso, tenemos un trato —afirmó la dama misteriosa antes de dar un último sorbo para retirarse.

—¿Qué fue todo eso? —preguntó Sara.

—Es una instructora —le indicó Elena— Ella selecciona a las damas para el debut.

Al día siguiente, la madre de Sara la despertó muy temprano. En teoría, hoy ella se prepararía para su debut, que se llevaría a cabo esta noche en un salón de eventos.

—¡Vamos!, hay mucho por hacer antes de que estés lista —le indicó mientras le retiraba el cobertor.

—¡Ya te oí! —espetó de mala gana antes de saltar de la cama para vestirse.

Más tarde, después de un breve desayuno, Elena la llevó a un centro de estética. Allí le hicieron muchos tratamientos de belleza, *«como si fuera a concursar para miss universo»,* pensó Sara cómicamente. Todo el ajetreo le pareció muy exagerado para un simple debut. Aunque, su madre le había garantizado que esa rutina de embelesamiento era algo de lo más habitual para una joven de su edad.

Cuando terminaron de acicalarla la vistieron con un hermoso vestido blanco estilo griego semitransparente. Sara quiso protestar, pero Elena era tremendamente autoritaria y no hubo forma de convencerla de que eligiera otra prenda para ella.

Llegada la hora del evento, Sara se dirigió a una mansión, en la que se presentarían varias jóvenes esa noche. Cuando ingresaron al vestíbulo, la separaron de su madre, dirigiéndola a una sala individual muy extravagante. Hasta ese momento creyó que todo era parte de la preparación para el evento. Pronto cambió de idea cuando apareció la mujer que había conocido la noche anterior.

—Revísala —le ordenó a otra dama que, al parecer, era médico.

—¿Qué crees que estás haciendo? —se quejó Sara al ver que la doctora quería levantarle la falda.

—Debemos certificarnos de que estás intacta —le indicó.

—¿Qué?, ¿por qué? —preguntó muy asustada, pues no suponía que a estas alturas ese

tipo de detalle le importara a la sociedad.

—Es parte del protocolo —dijo la rubia.

—¡Deténgase! —gritó Sara, mientras la doctora la manoseaba.

—Mira niña —espetó la rubia— Lo haremos por las buenas o por las malas. Así que, te conviene colaborar —expresó en un tono amenazante.

A esas alturas Sara ya temblaba de miedo, no comprendía la situación, y pronto las cosas solo se pondrían peor. Ella abrió las piernas entre lágrimas. La doctora hizo lo suyo, segundos después, confirmó.

—Es virgen.

—Perfecto, sal y manda a las chicas para que la arreglen.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó Sara mientras acomodaba su ropa interior.

—¿No te lo dijo tu madre?

—¿Decirme qué? —al ver su expresión desorientada, la mujer sonrió.

—¡Vaya! No pensé que esa víbora fuese tan fría.

—¿De qué está hablando?

—No te preocupes niña, pronto lo sabrás.

Ni bien terminó la frase, entraron a la habitación 2 mujeres sosteniendo prendas íntimas. Ambas se detuvieron un instante para observarla y luego empezaron a separar prensas y accesorios.

—Este le irá mejor, por su tono de piel —aseguró una.

—Combinará con este collar —agregó la otra.

—¡Ya prepárenla! Será la última, la usaremos como cierre para esta noche.

La mujer salió dejándola a merced de las desconocidas, que no tuvieron ningún reparo en desvestirla. La peinaron y prepararon como si fuese una modelo de prenda íntima. A seguir, le colocaron joyas de oro que parecían muy costosas.

—¿Qué harán conmigo? —preguntó al presentir que sucedería algo terrible.

—Nada cariño. Cuando te llamen, saldrás por esa puerta y te verán, es todo —le aseguró la mujer con total inocencia, pero en el fondo ella sabía que al cruzar por aquella puerta su destino cambiaría.

Cuando terminaron de arreglarla, Sara se miró al espejo, sin poder reconocer a la mujer que se reflejaba allí. Esa persona no era ella. Las lágrimas cayeron por su rostro, pues, al fin comprendió que una vez más, su madre la había abandonado.



Capítulo 2
«El precio del honor»

Duncan Lennox no comprendía cómo había terminado en un lugar de mala muerte. Su padre, un multimillonario excéntrico, lo arrastró hasta allí para conocer a un viejo amigo y posible inversionista. Sin embargo, cuando le dijo que tendrían una reunión con el jeque, estaba seguro de que lo verían en algún pub o restaurante sofisticado. Jamás se le ocurrió que acabaría en una subasta de vírgenes. Se sentía asqueado de toda la situación.

—Quiero salir de este infierno —le advirtió a su padre.

—Aguarda, pronto terminará la subasta y podremos hablar con el Jeque.

—Quédate tú, ya no soporto estar aquí, esto es una barbarie.

—Típico de ti el querer salir corriendo para no afrontar tus responsabilidades. ¿Cómo pretendes que te deje la empresa, si ni siquiera puedes tener una reunión de negocios?

—Yo no tenía idea de que tus socios eran tan… excéntricos —espetó al no encontrar una palabra menos ofensiva.

—Si te refieres a las mujeres. Te aseguro que ninguna de ellas vino a este sitio en contra de su voluntad. Todas saben que serán amantes, esposas, esclavas sexuales de algún hombre millonario, y están muy contentas por ello —prometió.

—Eso no cambia el hecho de que este sitio siga siendo atroz, padre —dijo Duncan exasperado.

—De acuerdo, vete si quieres, pero no esperes heredar la compañía si no eres capaz de soportar trivialidades como estas. Existen sitios peores que este, Duncan.

Las palabras de su padre le pesaron, sabía que de alguna manera él tenía razón. El mundo podía ser un lugar oscuro, y las personas que vivían en él, no eran mejores. Si quería hacer negocios en el futuro, tendría que aceptar las cosas como eran.

—Está bien, me quedaré —dijo de mala gana y volvió a sentarse en la silla.

Minutos después, escuchó que a seguir como gran final tendrían a una preciosa dama que asombraría a todos. Se preguntó entonces qué tipo de mujer se sometería voluntariamente a semejante espectáculo solo para garantizarse un futuro próspero. Ninguna que alguna vez pudiera interesarle, concluyó.

Al otro lado del salón, Sara se preparaba para encarar su destino. Trató de controlar sus emociones, no quería parecer frágil, pero mientras más avanzaba por ese oscuro pasillo, más débil se sentía. Se detuvo frente a un enorme espejo, al parecer, era la puerta que daba hacia el espectáculo.

De pronto, el piso giró y ya no se encontró en el pasillo, sino que, en una habitación circular. Todas las luces se centraban sobre ella. Intentó mirar a su alrededor, pero solo pudo vislumbrar unas paredes de cristal que reflejaban su figura. Al comprender de que se trataba todo, ya no pudo contener las lágrimas, y empezó a temblar.

Duncan observó a la última doncella presentada. A principio, trató de ignorar su belleza, puesto que no sería parte de semejante acto inhumano. Sin embargo, pronto se dio cuenta de que

sería imposible no interesarse por la hermosa criatura expuesta a través del cristal.

La mujer era muy joven, de eso no tenía dudas. Ella vestía una lingerie de encaje blanco semitransparente. Unos collares de oro y piedras descendían por su busto hasta un cinturón a la altura de sus caderas. La visión era impresionante.

Casi de inmediato, percibió el atroz significado de esa joya. Era un collar usado por las esclavas sexuales. Eso lo repugnó. Probablemente, la mujer había sido preparada especialmente para el viejo jeque, pensó.

No podía creer que una muchacha de su edad hubiera accedido a semejante situación, pero se recordó que, por dinero, las personas consentían cualquier cosa. De pronto, la dama en cuestión levantó la cabeza, como si lo hubiera escuchado. Entonces le vio el rostro, y a diferencia de las otras mujeres, ella no estaba sonriendo, no lanzaba miradas coquetas.

Esta mujer parecía asustada, lágrimas caían por su rostro. En ese momento, la realidad lo traspasó. Ella no se encontraba en la subasta por su propia voluntad. Su deducción fue confirmada segundos después, cuando la joven empezó a temblar y a gritar.

—¡Por favor, déjenme salir! ¡No quiero estar aquí, por favor, solo quiero ir a casa! —expresó Sara cayendo de rodillas.

Duncan saltó de la silla al escuchar sus plegarias. Los otros hombres, sin embargo, parecían divertidos por la situación. Empezaron a pujar por ella, en unos instantes ya habían ofertado una pequeña fortuna por la mujer, pero el jeque llevaba la delantera.

«¡Maldición, no dejaré que ese asqueroso se lleve a una inocente!», pensó. Y en contra de todo pronóstico, levantó la tablilla indicando que entraba en la disputa. Su padre lo miró boquiabierto al notar lo que acababa de hacer, entonces le dijo:

—¿Hablas en serio?, ¿quieres comprarla?

—¿Acaso no lo ves? Es obvio que la forzaron. Ella no quiere estar aquí.

—¿Entonces la comprarás para salvarla del jeque?

—¿Que otra opción me queda? —expresó como si sus acciones fueran obvias.

—¿Y con el dinero de quién piensas comprarla? —Duncan reflexionó sobre sus palabras, no había pensado en ese detalle. Él tenía fondos, pero no los suficientes como para sobrepasar la oferta del jeque.

—Padre, necesito que me apoyes —le dijo muy serio. El viejo Lennox se tomó su tiempo para pensar, luego le respondió con condescendencia:

—De acuerdo, puedes comprarla, pero… si lo haces… tendrás que cargar con las consecuencias.

—¿Qué quieres decir? —preguntó intrigado.

—Si la compras, arruinarás nuestras posibilidades de ser socios del jeque.

—¿Y?

—Y entonces tendrás que compensarme por semejante pérdida.

—Haré lo que quieras, pero ayúdame —le prometió, pues, la urgencia de la situación no le permitía hacer más preguntas.

—De acuerdo, pero recuerda que, llegado el momento, tendrás que acceder a lo que yo quiera, y te aseguro que el pago no será nada simple, Duncan —le advirtió por última vez.

—Está bien —aceptó él de mala gana.

—Bien, ¡apresúrate o perderás a la chica! —le indicó.

Tras una breve disputa, Duncan ganó la puja. Al parecer, el jeque ya había adquirido otras mujeres esa noche y no podría cubrir su deuda si continuaba aumentando su oferta. Sara, que seguía en el piso, fue arrastrada por 2 hombres que ingresaron al salón para llevarla.

Duncan nunca olvidaría el rostro desconsolado de la joven mientras era arrastrada a la pared oculta. Él, en cambio, se sentía aliviado, pues, la había salvado de ser una esclava por el resto de su vida.

—¿Qué piensas hacer con ella? —preguntó su padre.

—No lo sé, supongo que liberarla.

—De acuerdo, yo ya he cumplido con mi parte del trato. Ahora te toca a ti.

—¿A qué te refieres?

—A la chica, por supuesto. Ahora ella es tu responsabilidad.

—¿Qué? —dijo Duncan sorprendido.

—La compraste, ¿no?

—Sí, pero yo…

—No es más que una niña, no la puedes dejar tirada en el mundo. Te harás cargo de ella. Al menos hasta que sea capaz de valerse por sí misma —le indicó con total tranquilidad.

—Padre, yo no puedo hacerme cargo de otro ser humano.

—Dijiste que accederías a cualquier cosa. Este es mi precio, te dije que no sería algo simple.

—¡Maldición! —espetó Duncan al ver que no tenía otra opción más que aceptar sus términos.

Sara seguía muy desorientada cuando la vistieron, y la dejaron en una pequeña habitación a la espera de su dueño. No podía parar de llorar, pues, se imaginaba las cosas terribles que le haría ese hombre. Treinta minutos después, la puerta se abrió e ingresó un caballero muy pulcro a hablarle.

—Tú eres, Sara, ¿verdad? —ella levantó la cabeza a duras penas.

—Sí —contesto casi inaudible.

—Soy Connor, a partir de ahora yo me encargaré de ti.

Sara observó su semblante. El hombre no parecía malvado, pero no quería hacerse ilusiones. La habían vendido, y sabía perfectamente para qué. Al ver su expresión asustada, Connor le dijo:

—No tengas miedo, nadie te hará daño.

—No comprendo —dijo ella entonces.

—Todo se acabó, ahora eres libre.

—¿Libre?

Connor la llevó a un hotel para que se *aseara*. De camino, le explicó que un buen hombre que, casualmente, se encontraba allí, la salvó y ahora ella era libre para hacer con su vida lo que quisiera. Sara no podía creer en su suerte, pero recordó una frase que la hermana Clarisa siempre le decía: “Si emites bondad, llamas bondad” y con ese pensamiento, trató de olvidar aquel terrible momento en el que, se vio expuesta como si fuera un objeto que cualquiera podía adquirir.

Más tarde, en el *penthouse* de su jefe y amigo, Connor se sirvió un vaso de whiskey. Lo necesitaba para procesar la impotencia que había sentido al ver a esa niña desconsolada al borde del pánico. Duncan ingresó a la estancia e hizo lo mismo.

—¿Cómo está ella? —preguntó al tomar su trago.

—Sinceramente, no lo sé, lloró todo el camino. Traté de ser bastante claro respecto a su situación actual, pero igualmente seguía llorando.

—¿Qué te dijo sobre ella?

—Que su madre la engañó, le mintió diciendo que la llevaría allí para una fiesta de debut

—expresó Connor arrastrando las palabras como si le pesaran en el corazón.

—¿Fue su madre? —dijo Duncan sin poder creérselo.

Aunque analizando su propio pasado, no debería estar muy sorprendido. Como bien sabía, no todas las madres eran de fiar. Él mismo fue abandonado por la suya cuando era pequeño.

—Sí. Te contaré toda la historia… Ni siquiera yo lo puedo creer.

—Dime, quiero saber —afirmó.

—Ella vivía en un internado de monjas. Su madre la abandonó y luego volvió por ella solo para venderla.

—¡Maldición! —espetó incrédulo.

—No tiene a nadie —dijo Connor muy preocupado.

—¿Ningún pariente vivo?

—Su padre muerto, su abuela muerta, y su madre, pues, obviamente no es una opción. Tendrás que encargarte de ella, acaba de cumplir los 18 años —le advirtió.

—¡Demonios! Creí que habría alguien que pudiera ocuparse de ella.

—Si en verdad existiera alguien, ¿piensas que ella hubiera terminado en ese lugar?

—Pues, obviamente no. Y, como siempre, el viejo ya lo había sabido.

—¿Tu padre?

—Sí. Él dijo que debía encargarme de ella.

—¿Y qué piensas hacer? —quiso saber Connor, pues, ya había simpatizado con la mujer.

—Supongo que tendré que ocuparme de ella.

—¿Quieres seguir siendo un misterioso benefactor o ya puedo decirle la verdad a la chica?

—No, no quiero que esto se convierta en algo personal.

—¿Sigues con esas ideas ridículas sobre las mujeres?

—No son ridículas, no quiero tener nada que ver con una mujer.

—De acuerdo, haré lo que dices, pero recuerda, que algún día tendrás que confiar en alguien.



Capítulo 3
«La samaritana»

Cuatro años más tarde, el famoso rompecorazones conocido como Duncan Lennox, había llegado a la cima. Tras una buena racha cerrando negocios muy lucrativos, su viejo padre decidió retirarse dejándolo a cargo de la empresa.

No fue nada fácil persuadir al patriarca de la familia a cederle el patrimonio de su vida. Conocía sus convicciones personales y el anciano no deseaba pasarle la presidencia de la empresa a un hijo que no pretendía tener descendencia alguna. Por otro lado, no era capaz de entregarle la dirección de la compañía a un accionista.

Sin embargo, para Russell Lennox no todo estaba perdido, pues, tenía un "as" bajo la manga, y más pronto que tarde, se encargaría de garantizar que el linaje de su familia siguiera en este mundo. Aunque para ello, tuviera que hacer alguna trampa.

Duncan seguía con sus obligaciones en la oficina cuando Connor, su chofer y fiel amigo, lo interrumpió para pasarle el reporte mensual con relación a su protegida.

—Esta semana terminará la universidad, pues defenderá su tesis. La calificación preliminar es sobresaliente, por si te lo preguntabas.

—Me alegro por ella —dijo Duncan, supuestamente poco interesado.

—También continúa trabajando de medio tiempo en la tienda de ropas.

—¿Por qué sigue rechazando la ayuda monetaria que le ofrezco?

—Ella cree que ya ha hecho demasiado pagándole la universidad. Además, ahora ya es una adulta, puede pagar sus propias cuentas, o al menos eso es lo que ella piensa.

—Entonces sigue siendo una ingenua —afirmó.

—No lo creo, más bien opino que es una persona demasiado honesta, y de buen corazón.

—¿Qué ha hecho esta vez? —preguntó Duncan arrastrando las palabras.

—Hizo un almuerzo comunitario para conseguirle fondos a una anciana —Al ver la expresión de su jefe, Connor agregó para justificarla—. La iban a echar a la calle por no pagar la renta de su departamento por más de un año.

—¿Acaso ya no tiene suficientes cosas que hacer?

—Siempre encuentra tiempo para ayudar a los demás. Así es ella —espetó Connor muy admirado.

—¿Es orgullo lo que percibo en tu voz? —expresó Duncan incrédulo.

—Por supuesto —admitió su amigo sin ningún problema—. Tú también lo sentirías, si te dignaras a conocerla mejor.

—No tengo tiempo para jugar a la casita —sus palabras hirieron a su chofer—. Lo siento —se disculpó Duncan, al recordar que Connor había perdido a un hijo.

—Está bien, a mí no me molesta ocuparme de ella, pero recuerda que Sara, ¡es tu responsabilidad, no la mía! —espetó antes de salir de la oficina dejándolo solo.

—Lo sé Connor, créeme que lo sé —dijo Duncan aspirando el aire con fuerza.

Esa misma tarde, Sara terminaba de empacar sus cosas para salir de la biblioteca. Cuando

se encaminó por el pasillo, accidentalmente se tropezó con un hombre, que, ya tendría unos 70 años, pensó.

—Perdón, señor —se disculpó, tratando de sostenerlo.

—No hay problema, ha sido un accidente —dijo el hombre brindándole una sonrisa. Sara se arrodilló para recoger un libro. El anciano aprovechó para observarla detenidamente. Cuando ella se enderezó, este le preguntó.

—¿Sabe usted como llegar al patio? Me han dicho que allí vendían un café relativamente decente.

—Por supuesto, lo llevaré hasta allí —dijo ella y le ofreció el brazo.

El hombre lo aceptó y caminaron hasta el lugar solicitado. Al llegar, Sara le compró el café que quería a modo de disculpa. Ambos se sentaron en un banco para mirar la línea de árboles que se habían plantado en el centro del patio de la universidad.

—Es muy bonito aquí —dijo el anciano.

—Sí, es un buen lugar para venir a respirar.

—Además, tienen un café bastante decente —espetó después de dar un sorbo.

—Sí —dijo ella sonriendo.

—Gracias por el café.

—Es lo mínimo que puedo hacer después de atropellarlo.

—Pues, el accidente resultó bastante interesante, a decir verdad.

—¿Por qué lo dice? —inquirió Sara muy curiosa.

—Yo estudié aquí, pero nunca tuve tiempo de sentarme en el jardín. Así que, usted me ha dado un regalo muy valioso hoy.

—¿De verdad? —preguntó incrédula.

—Sí, cuando yo estudiaba… —Se detuvo a media frase, pues, no quería revelarle su identidad, así que continuó diciendo—. Era un hombre muy ocupado —argumentó, sin detalles.

—Entiendo —respondió reflexiva, creyendo que el hombre fue uno de esos estudiantes que necesitaban trabajar para pagar la carrera—. Para mi suerte, yo solo tengo que estudiar —agregó agradecida.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Tengo un benefactor que me ha pagado la universidad. Por lo que, nunca tuve que trabajar para pagarme la colegiatura.

—Entiendo —dijo el hombre reflexivo. Sara no quería darle una mala impresión, entonces aclaró.

—¡No es lo que usted piensa!

—Yo no he dicho nada —contestó el hombre con una media sonrisa.

—Solo para dejar esto claro. Yo ni siquiera lo conozco, nunca lo he visto —expresó a la defensiva.

—De acuerdo —al ver que el hombre aceptaba su justificación, agregó más aliviada.

—Siempre he pensado que ha de ser un hombre muy ocupado, o tal vez… ya es un anciano —expresó mirándolo atentamente.

—¡No soy yo! —le aseguró el hombre.

—¡Qué pena!, usted me agrada —dijo ella sonriendo.

—¿Acaso no le agrada su benefactor?

—No lo sé. A veces pienso que no le importo, pero otras veces sí.

—¿A qué se refiere? —quiso saber muy curioso.

—Como dije, nunca se presentó. Sin embargo, de vez en cuando me manda libros y me

escribe algunos mensajes recomendándome cosas que hacer para disfrutar la vida. Algunas de sus ideas son bastante interesantes, a decir verdad —dijo ella animada—. Mire, aquí tengo una —espetó y le entregó el libro al anciano, que, al abrirlo, leyó el mensaje escrito. Ella prosiguió diciendo: —. Esto me da a entender que, tal vez, yo sí le intereso, aunque sea un poco. ¿Usted qué opina? —le preguntó.

El anciano reflexionó seriamente sobre sus palabras, y al leer el mensaje escrito en el libro, reconoció la caligrafía, sin lugar a duda era de Duncan. El mismo hombre que había jurado que nunca se enamoraría de una mujer, que de ningún modo se casaría para darle los nietos que tanto ansiaba.

Sonrió por la ironía del destino. Puesto que, al encargarle el cuidado de la muchacha, lo único que él había querido era que Duncan fuese consciente de la responsabilidad que implicaría ocuparse de un ser humano, y ni que decir de toda una compañía. Que, básicamente, operaba gracias a las personas que cumplían con sus obligaciones.

Jamás esperó que, salvando a esa niña en aquel entonces, él estaría salvando el futuro de su propio linaje.

—A mí me parece que sí le importas —afirmó con total certeza.

—Sí, eso fue lo que pensé —dijo ella más confiada.

Duncan seguía en la oficina cuando recibió la visita de su padre. Últimamente, el hombre no salía de casa, pues debido a su avanzada edad y las diversas enfermedades que lo azotaban, los médicos le habían recomendado reposo absoluto.

—Es bueno ver que trabajas duro para mantener tu puesto.

—Padre, ¿qué haces aquí?

—Vine a ver cómo van las cosas.

—Van bien. No te preocupes, no arruinaré a la empresa —agregó irónicamente.

—No dudo de tu capacidad Duncan, no he venido por eso, simplemente extraño el ambiente laboral —mintió.

—Claro, vivías más tiempo en la oficina, que en casa —le recordó.

—Una empresa no se construye sola, hijo.

—Por supuesto —el hombre lo observó por un instante, antes de decir:

—También vine porque quería hablarte de algo importante.

—Dime —espetó Duncan dejando a un lado los papeles para prestarle atención.

—Sigues con esa idea ridícula de morir solo.

—Ser soltero y estar solo son 2 cosas muy distintas, padre.

—Sabes a lo que me refiero.

—Si hablas del matrimonio, pues sí, no pienso casarme.

—Pero, ¿qué hay de tener hijos? De dejar tu legado a alguien.

—Padre, ya hablamos de esto antes. No me casaré, no tendré hijos.

—No todas las mujeres son como tu madre Duncan.

—Sin embargo, no hay garantías de que no lo sean. Las personas mienten, engañan, así son todos.

—¿Y qué pasará cuando mueras?, ¿quién heredará la empresa?

—Se lo puedo dejar a uno de mis primos. Ruby siempre me ha agradado.

—¿A la sobrina de tu madre? —expresó indignado.

—Sí.

—Pero ya ni siquiera se hablan.

—¿Y de quién es la culpa? —le recordó, puesto que, tras el abandono de su esposa, el

viejo Lennox cortó todos los lazos con sus parientes políticos.

—Duncan… Ya tienes 32 años, debes pensar en el futuro.

—Padre, por favor, entiende. Es mi decisión, no la tuya.

—De acuerdo, que así sea —expresó el anciano muy resignado con su decisión. No obstante, cuando pronunció las palabras, tenía las manos en la espalda y había cruzado los dedos.



Capítulo 4

«En busca de estrategias»

Una semana después.

Como era habitual por las mañanas, Russell Lennox se encontraba en el solárium de la mansión, muy distraído, leyendo el periódico del día mientras bebía un café. Su asistente personal ingresó a la estancia para interrumpir su sosiego, pues debía entregarle cuanto antes el informe que había solicitado acerca de Sara Stone.

—Buenos días, señor, le he traído la información que pidió.

—¿Está completa?

—Así es. Incluí algunos informes financieros para que tuviera una idea detallada acerca de gastos y movimientos bancarios.

—Perfecto. Dame un breve resumen. Más tarde leeré los detalles.

—En teoría, es huérfana. Aunque, su madre, sigue viva. Infelizmente, no pude dar con su paradero actual. Al parecer, desapareció después de vender a su hija como esclava sexual.

—Entiendo. ¿Qué más sabes sobre la joven?

—Por lo que pude investigar, es una persona altruista. Está involucrada en varios sindicatos y movimientos de ayuda comunitaria.

—Ya sabía yo que no me había equivocado con ella. Cuando la conocí, tuve una muy buena impresión de la señorita Stone. ¿Qué hay sobre de su relación con mi hijo?

—No se puede decir que exista una relación personal, pero el señor Duncan le pagó la colegiatura y se ha encargado de su manutención hasta hace poco. Actualmente, ella tiene un empleo de medio tiempo en una tienda en el centro.

—¿Los gastos financieros de mi hijo están en tu informe?

—Así es. Incluí también los gastos extracurriculares.

—¿Qué gastos extracurriculares? —inquirió muy curioso.

—A lo largo de los años, el señor Duncan le ha mandado algunos obsequios —el anciano lo miró inquisitivo— Nada extravagante —le aseguro—. Solo un par de libros, vestidos, una pulsera.

—Interesante… Y yo que pensé que mi hijo era un gilipollas sin corazón. Al parecer, la señorita Stone ha podido derretir su coraza de piedra.

—También le compró un auto, pero la señorita Stone se lo devolvió. Imagino que no se atrevió a aceptar algo tan costoso.

—Es una joven desinteresada, tiene sentido que haya rechazado algo semejante —dijo Russell muy satisfecho con su comportamiento—. ¿Algo más?

—Me temo que no tengo más detalles. El señor Connor es el que se ha encargado de hacerle llegar estos obsequios a la joven.

—Connor, por supuesto. Desde hace 10 años es como la sombra de mi hijo.

—Tiene sentido, teniendo en cuenta que le ha salvado la vida al señor Duncan —le recordó.

—Sí, tengo mucho que agradecerle a ese hombre.

—Hasta donde sé. La señorita Stone nunca ha visto a su hijo. Connor ha sido el mensajero e intermediario entre ambos.

—Entiendo. Ella dijo algo parecido.

—Aunque me dijeron, que de vez en cuando, el señor Duncan le pide a su chofer que se detenga en la esquina de la universidad. Tal vez con la intención de verla, pero al final nunca lo hace.

—Interesante, ¿qué sabes sobre su vida académica?

—Acaba de graduarse en Relaciones Internacionales.

—Perfecto, es una buena carrera —expresó reflexivo.

—Supongo que ha estudiado una carrera a fin a sus intereses personales.

—¿Te refieres a las causas humanitarias?

—Por lo que he leído de su tesis, así es.

—Entiendo… Creo que nos vendría bien una persona como ella en la empresa. ¿No lo crees Garret?

—Supongo que sí —expresó dudoso el asistente.

—Además, yo siempre he querido financiar proyectos comunitarios —concluyó con una sonrisa maquiavélica.

Ese mismo día, unas horas más tarde, mientras el viejo Lennox observaba por la ventana de su oficina, su abogado y fiel amigo Patrick ingresó a verlo. El lúgubre lugar seguía siendo su territorio, al menos, por lo que le quedaba de vida, que, según los médicos, no era más que un par de meses.

—Ya estoy aquí —le informó.

—Patrick, es bueno verte amigo —el abogado observó su semblante demacrado.

—¿Tan mal están las cosas? —inquirió preocupado.

—Tengo un par de meses, como mucho —afirmó.

—¿Por eso mandaste llamarme?

—Sí, quiero hacer un pequeño ajuste en mi testamento.

—¿Qué tipo de ajuste? —preguntó el abogado muy curioso, el viejo Lennox sonrió levemente antes de decirle.

—Uno que cambiará el futuro de mi hijo.

Esa tarde, Sara terminaba su jornada laboral, cuando de pronto recordó que había quedado con una excompañera de la universidad para ir al cine. Hasta ahora, no había podido hacer nuevos amigos debido al temor que la aterrorizaba constantemente. Ya que, si se acercaba demasiado, alguien podría descubrir su pasado oscuro. Por lo que, en general, rechazaba este tipo de invitaciones para socializar. No obstante, le debía un favor a esta chica, así que no pudo decirle que no.

A toda prisa, recogió su bolso y se despidió de su jefa antes de salir corriendo para cruzar la calle. Esperó a que el semáforo diera en rojo, mientras sacaba un lápiz labial para acicalarse. Cuando pudo cruzar la calle, soltó su coleta, para liberar su melena y lucir menos formal.

En la fila del semáforo, un Duncan muy impaciente se dirigía a una reunión de última hora. No había esperado que su socio cambiase de opinión respecto a su oferta. Por lo que, incluso molesto por este hecho, no le quedaba de otra más que verlo en el hotel antes de que volviera a su país de residencia.

Para su mala suerte, eran las 5 de la tarde y el peor horario para tener prisa. Quedó atascado en el tráfico, así que, sacó el celular para llamar a su asistente personal, que no le respondió. *«¡Maldición!»,* pensó. Necesitaba que alguien más retuviera al hombre mientras él llegaba a la

cita.

Bajó el vidrio de la ventana del auto para recibir un poco de aire fresco, tal vez eso lo ayudaría a calmarse, reflexionó. Fue entonces cuando la advirtió. Tenía que ser ella, aunque no la había visto en años. Aun así, estaba seguro de que era Sara.

Por un momento, dejó de respirar, y solo observó la delicadeza de su rostro moldeado por una oscura melena que se agitaba por la fuerza del viento. Sus labios, color rosa, deslumbraban con una sonrisa tenue. Cuando la joven desapareció entre la multitud, el aire le regresó de golpe a los pulmones, haciéndolo toser repentinamente.

—Señor, ¿está usted bien? —preguntó el chofer que había reemplazado temporalmente a Connor.

—Sí, sigamos, estoy muy retrasado —le indicó.

Esa misma noche, sorpresivamente, Duncan soñó con ella. En sus sueños ella aparecía vestida como una hermosa dama, caminaba entre las flores de su jardín, mientras su cabello ondulado flotaba majestuosamente entre las luces tenues de las lámparas. Él se acercó a ella para tocar su piel sedosa. La tomó con la inevitable intención de besarla. Solo entonces despertó con el corazón muy agitado y una tremenda erección.

—¡Que me lleve el diablo! —expresó frustrado.

Puesto que, en ninguna circunstancia, sería capaz de admitir, que, por un breve instante, había pensado en Sara Stone, como una mujer.



Capítulo 5
«Una chica muy lista»

Tres meses después, una muy elegante Sara se encaminaba a su primer día de trabajo. Nunca pensó que el hecho de tener buenos modales le garantizaría un puesto laboral en una de las empresas más famosas del país. Lennox Enterprise, era el sueño de todo recién graduado, y a pesar de que, no era el tipo de compañía para la que ella se hubiera postulado a principio, creyó que una multinacional como esta, tenía mucho potencial para hacer el bien.

Cuando se enteró por un compañero que había una vacante para ser asistente del CEO, ella inmediatamente aplicó. Pues, debido a su inexperiencia, no encontraría nada mejor, por ahora. Ya más adelante vería la manera de pasar a la división de Relaciones Internacionales, pensó.

Sara ingresó a la recepción de recursos humanos a fin de reportarse para su entrevista. Fueron muy amables, como si ya la conocieran. Ella les había enviado un currículo muy detallado por email. Sin embargo, igualmente trajo una copia en manos, por las dudas.

—Siéntese Sara, estamos impresionados con su currículo —comentó el hombre.

—¿De verdad? —espetó sorprendida.

—Sí, por supuesto. Tienes mucha experiencia en proyectos sociales, eso es un punto a su favor.

—Creí que el puesto era para ser asistente del CEO.

—Y lo es, pero aquí somos muy quisquillosos con las personas que serán contratadas. Además de la preparación académica, también nos interesa que los funcionarios estén en comunión con nuestras políticas sociales.

—Entiendo —respondió reflexiva.

—Tus profesores te han dado muy buenas referencias— espetó revisando su perfil en la computadora— Nuestro fundador también se graduó en esa universidad —le explicó.

—No tenía idea —dijo ella sorprendida.

—La empresa tiene un convenio con la universidad, así que nos envían sus mejores talentos. Por eso confiamos en que tú serás una excelente asistente para el CEO.

—No estaba segura de que mi perfil fuese el más adecuado —explicó con total sinceridad.

—Tienes todos los conocimientos requeridos para esta labor. Además, eres una experta en relaciones internacionales, es un plus que le vendría muy bien al jefe, que siempre está viajando —le explicó.

—Me alegra escucharlo —replicó aliviada.

—Necesito que llenes este formulario. Mientras tanto haremos unas copias de tus documentos personales.

—De acuerdo.

Media hora más tarde, ya le habían dado una credencial, oficializando así su contratación.

—¿Cuándo debo empezar?

—Puedes hacerlo mañana, pero hoy debes ir a la oficina del jefe para presentarte.

—Lo entiendo, muchas gracias.

Sara subió hasta el vigésimo quinto piso. Se sentía feliz, pero a la vez ansiosa. En teoría, este sería su primer empleo como profesional. No quería fallar de ninguna manera.

—Buenos días —saludó a la recepcionista en la entrada.

—Buenos días. ¿En qué puedo ayudarle?

—He venido para ver al señor Lennox, soy su nueva asistente.

—Ah, por supuesto, me avisaron que subirías. Puedes pasar, el jefe vendrá en unos minutos, sigue en una reunión.

—De acuerdo, muchas gracias —dijo Sara e ingresó a su oficina.

La estancia era enorme y muy bien decorada. Además del escritorio, el CEO tenía una sala para recibir visitas y muchos libros en la estantería. Ella se sentó para aguardar a que llegase su nuevo jefe.

Como era habitual, Duncan acababa de salir de una reunión estratégica. Seguía sin un asistente personal, puesto que despidió al último debido a una terrible imprudencia. El funcionario había omitido un detalle muy importante en el momento de presentarle una propuesta relacionada con la expansión de uno de los negocios.

El irresponsable se olvidó de mencionarle que el terreno que deseaban comprar le pertenecía a un orfanato que se encontraba en bancarrota. Cuya hipoteca, el banco aplicaría, y era la razón por la cual un predio tan bien ubicado estaba disponible. Por supuesto, tras descubrir que habían desalojado a niños huérfanos, Duncan lo despidió, dejándole a todos muy claro, que no

harían negocios a costa de inocentes.

Recordando este fatídico episodio, ingresó rápidamente a su oficina sin siquiera percatarse de la presencia de alguien más. Sara, al verlo, se irguió para saludar, pero el hombre la había ignorado como si ella fuese invisible. Unos segundos después, este finalmente se dignó a levantar la cabeza de los papeles para notar su existencia. Cuando Duncan la miró, ella quedó impactada.

Por un breve instante, Duncan creyó que estaba alucinando. Pues, tras ver a Sara en el semáforo, no paró de pensar en ella. Ya había soñado con la joven una vez, tras salvarla de la esclavitud. Sin embargo, en ese sueño, él actuaba heroicamente. Rompía el cristal y la rescataba como un guerrero medieval que salvaguardaba a su doncella de las garras de un cruel enemigo.

«Nada más lejos de la realidad», pensó moviendo la cabeza con la esperanza de que la visión de esa bella mujer desapareciera de su mente, pero no sucedió. Al contrario, su imaginación solo aumentó. Ya que, de pronto, escuchó una voz armoniosa decirle.

—Buenos días, señor Lennox —Duncan saltó de la silla.

—¿Qué?, pero ¿qué haces aquí? —expresó incrédulo.

—Soy Sara Stone, su nueva asistente personal —prosiguió ella tratando de explicarse, creyendo que el hombre se refería a la invasión de su escritorio.

—¿Mi asistente personal? —inquirió aun tratando de asimilar la realidad.

—Sí, me han contratado esta mañana.

—¿Quién? —quiso saber, pensando que esto era obra de Connor para presionarlo.

—Recursos Humanos. He respondido al anuncio que han ofertado en el sitio web —aclaró.

—Entiendo…—dijo reflexivo.

—Le he traído una copia de mi currículo, por si deseaba verlo.

—No será necesario —expresó automáticamente. *«Pues no hay nada que yo no sepa de ti»* pensó.

—De acuerdo…

—Siéntese —le dijo, y él hizo lo mismo. Sara se ubicó en una silla frente a su escritorio. Ambos quedaron en silencio por unos instantes, entonces, Duncan le preguntó— ¿Por qué se ha postulado para trabajar en Lennox Enterprise? —él conocía sus intereses personales, y una empresa que buscaba lucrar no encajaba en su perfil.

—He escuchado acerca de sus nuevos proyectos de ayuda sin fronteras. Llamó mi atención debido a que soy graduada en Relaciones Internacionales, y me interesa trabajar en ese

campo.

—Pero si lo que le interesa es trabajar en Relaciones Internacionales, ¿por qué no se postuló para trabajar en una ONG?

—Pensé que una empresa multinacional con recursos ilimitados tendría mayores probabilidades de invertir su dinero en causas sociales. Por supuesto, esto sería como parte de una gran estrategia para mejorar su imagen a nivel global. No obstante, este hecho no afectaría en nada los objetivos secundarios, es decir, la creación de un verdadero impacto social. Para mí sería como “matar 2 pájaros de un tiro”

—Es usted muy lista —comentó impulsivamente, sinceramente impresionado con su raciocinio.

—Es parte de mi trabajo buscar estrategias que se adapten a las necesidades de la organización —le explicó.

—Ya comprendo por qué recursos humanos la envió para ser mi asistente.

—Entonces, ¿estoy contratada? —él la miró por unos segundos antes de decir.

—Así es.



Capítulo 6

«A caballo regalado no se le mira los dientes»

Cuando Sara se marchó de su oficina, Duncan volvió a la realidad. Por un breve momento, se dejó embelesar por su perspicacia y se olvidó totalmente de quién era la mujer, y de que, jamás, debía enterarse de su secreto. *«¡Maldición!» «¿Cómo diablos seguiría ocultándole que era su benefactor?»*. En cuanto viera a Connor sería *«Game over»*, concluyó.

Llamó inmediatamente a su chofer, necesitaban hablar sobre su nueva asistente. Aún no tenía idea de cómo resolvería el asunto, pero no podía simplemente despedirla tras confirmarle la contratación.

—¿Cuál es la urgencia? —preguntó Connor al cerrar la puerta de la oficina.

—Necesitamos hablar sobre mi nueva asistente personal —él lo miró muy curioso.

—¿Y eso por qué? —preguntó. Fue entonces cuando Duncan supo que él no tenía nada que ver en el asunto.

—Porque es Sara Stone —dijo unos segundos después.

—¿Sara?

—Sí.

—¡Vaya! Sabía que en algún momento ibas a contactarla, pero jamás se me ocurrió que la contratarías como asistente —expresó Connor reflexivo.

—No fue idea mía —le aclaró Duncan.

—Ah, ¿no?

—Entonces, ¿de quién?

—No lo sé. Según ella, la contrató Recursos Humanos luego de que se postulara para el puesto.

—¿Es una mera coincidencia? —preguntó incrédulo.

—Eso parece.

—Entonces, ¿la aceptarás?

—Ya lo hice —dijo avergonzado, al recordar su comportamiento de joven embelesado.

—¿En serio? Creí que no deseabas tener nada que ver con ella.

—Y no lo deseo. Bueno, mejor dicho, no tenía planeado relacionarme con ella, pero ya que las cosas se dieron de esta manera, supongo que tendré que hacerlo —expresó conformista.

—Ah, ¿sí? —dijo Connor desconfiado.

—¿Qué quieres que haga? Ya es demasiado tarde para rechazarla. Además, por lo que vi es muy capaz y necesito a alguien como ella para apoyarme.

—Ya veo que lo tienes todo resuelto —dijo con condescendencia.

—No es así, por eso te llamé.

—¿Y bien? ¿Qué parte de tu plan aún no lo tienes resuelto?

—No sé cómo voy a excusar el hecho de que seas mi chofer.

—Por supuesto —expresó entendiendo su dilema— En cuanto ella se entere de que trabajo para ti, sabrá la verdad.

—Exacto.

—¿Y cómo piensas resolver este dilema? —inquirió Connor.

—Tendremos que mentirle.

—¿Por qué simplemente no le dices la verdad? —«*Porque me da vergüenza*» reflexionó, sin embargo, le contestó:

—No quiero que piense que nuestra relación será personal. Mientras crea que es una simple funcionaria, se atendrá a mantener una relación profesional, sin más complicaciones.

—Le tienes miedo, ¿verdad? —espetó Connor antes de reírse.

—¿Miedo?, ¿de qué? ¿De qué me dé un sermón con sus políticas altruistas? —respondió Duncan, indignado.

—De enamorarte de ella —especuló. Su jefe lo miró muy serio antes de decir:

—¡Eso no pasará! —le aseguró, pero Connor no tenía dudas de que sucedería. Pues, el mismo se habría enamorado de Sara si no le doblase la edad y si no la considerase como a una hija.

—¿Y qué le diremos cuando me vea?

—Quizás…—Duncan se tomó unos segundos para tener una idea relativamente verosímil —. Quizás le puedas decir que, en realidad, su benefactor es mi padre.

—¿Y piensas que lo creerá?

—¿Por qué no? Yo no llevo mucho tiempo como jefe de la familia. Además, soy muy joven para encajar en el perfil de benefactor. Estoy seguro de que pensará que todo fue obra del viejo.

—No lo sé, creo que en algún momento tendrás que decirle la verdad.

—Si ese es el caso, lo haré, pero mientras tanto, es mejor que suponga que no tengo nada que ver con ella.

—Está bien, será como tú digas.

«¿Miedo?» «¿Está loco?», reflexionó Duncan cuando su amigo lo dejó solo en su oficina. En ningún caso se enamoraría de nadie, y mucho menos de Sara, que, para él, era como un pequeño cachorro que había acogido para protegerlo de la lluvia. Esa era la manera en que la había catalogado dentro de su vida, pues, no se permitía pensar en ella como el hermoso e inteligente ser humano que, en realidad, era.

Al día siguiente, Sara despertó temprano para arreglarse. No quería llegar tarde en el primer día de trabajo. Pasó por una panadería para comprar unos bollos dulces, esperando que su jefe fuera de los clásicos y no un quisquilloso que no consumía carbohidratos.

Su oficina era agradable, abierta y a unos pasos de la puerta del jefe. Le daba la impresión de que fue construida estratégicamente para que nadie pasara por allí sin antes anunciarse correctamente. Bajó sus cosas y empezó a revisar su escritorio. Primero verificó la agenda del CEO, y los documentos pendientes.

A la media hora, ya tenía clasificado gran parte de lo que debía hacer en el día. Miró el reloj, en cualquier instante llegaría su jefe. Se apresuró a preparar un café fresco para llevarle a su oficina.

Sara aún intentaba ignorar la absurda atracción e interés que el sujeto había despertado en su ser, en el momento en que posó sus ojos sobre ella. No sería correcto, por no decir, que era de principiantes enamorarse del jefe, concluyó seriamente mientras se acercaba a su escritorio.

—No, no, no —expresó en voz alta descartando cualquier idea indecorosa.

—No, ¿qué? —dijo Duncan al ingresar a su oficina.

Sara giró para encararlo. Un metro noventa centímetros de altura de una masa tangible, se

alzaron sobre ella, quedando a tan solo medio metro de distancia de su cuerpo. Lo que la intimidó inmediatamente, puesto que, tras ser vendida y librarse milagrosamente de la esclavitud, ella había evitado a toda costa aproximarse de los hombres.

—Nada —respondió cuando recobró la compostura. Unos bellos ojos se posaron sobre su cuerpo, parando lentamente a la altura de su busto. Ella lo siguió intentando descifrar que es lo que estaba viendo. Entonces, se dio cuenta de que aún tenía el café en las manos—. Es para usted —le indicó extendiendo el brazo rápidamente. Duncan aceptó el vaso frunciendo el ceño.

—No le he pedido que me trajera café.

—Lo sé, solo se me ocurrió que tal vez le gustaría.

—Entiendo —dijo moviéndose para ubicarse tras su escritorio.

—También le compré unos bollos dulces —agregó esperanzada.

—¿Cómo supo que me gustaban los bollos dulces? —preguntó curioso.

—¿Acaso no le gustan a todo el mundo?

—Bien dicho —expresó Duncan cambiando de actitud, entonces supo que había acertado en su atrevimiento.

Unos minutos más tarde, Sara entró a la oficina con los bollos dulces y la agenda de su jefe. Era su primera vez como la asistente de un CEO, pero no como asistente.

—Señor, si le parece, me gustaría repasar su agenda para el día de hoy.

—Está bien —dijo él y se recostó cómodamente en su silla.

—A las 9 tiene una reunión para aprobar la nueva campaña publicitaria. A las 11 tiene un almuerzo con su padre.

—Ah, era hoy.

—En la tarde, revisión de documentos, y aprobación de presupuestos.

—Parece que lo tiene todo controlado —le dijo satisfecho.

—Eso, intento.

—Bien, a empezar el día entonces.

Duncan se reunió con su padre en la mansión familiar. Detestaba aquel lugar, pues, le traía muy malos recuerdos. No sabía qué deseaba su progenitor, pero de seguro, no serían buenas noticias.

—Ya estoy aquí, padre.

—Duncan, acércate. —él se sentó en la mesa para acompañarlo— ¿Cómo va todo? —preguntó casualmente.

—Bien, las cosas van bien —expresó reflexivo observando atentamente a su padre— ¿Qué hay de ti?

—Como puedes observar, hago lo mejor que puedo.

—Lo siento.

—No hay nada que lamentar, tuve una buena vida —le aseguró.

—Hablas como si tus días estuviesen contados —el hombre solo le sonrió desviando la mirada.

—Así es —respondió a duras penas.

—No hablas en serio, ¿verdad?

—Lo siento, hijo.

—¿Por qué no me dijiste nada?

—No quería preocuparte. Además, no había nada que pudieras hacer para mejorar mi situación. Sabíamos que esta enfermedad acabaría conmigo tarde o temprano —expresó tristemente refiriéndose al cáncer.

—Lo siento, padre.

—Ya basta de lamentarnos, no te he llamado para eso.

—¿Entonces?

—Solo quería tener un almuerzo con mi hijo, antes de que las cosas empeoren —le advirtió.

—Entiendo…

—También quería darte un último consejo.

—¿De qué se trata?

—Escúchame Duncan. Aunque yo viví como quería y creé un imperio comercial. Sé que no te di la vida que hubieras deseado tener.

—Padre…

—Me enfoqué en ser un buen empresario, cuando debí ser un mejor padre para ti. No sigas mi ejemplo, hijo… Vive tu vida, no dejes que las responsabilidades de la empresa te impidan de tener una vida plena, tener una familia —Duncan quiso decir algo, pero Russell levantó la mano para impedirle—. Sé que no piensas en tener una esposa o hijos, pero tengo la esperanza de que cambies de opinión cuando conozcas a la mujer correcta para ti. Prométeme que lo harás.

—No puedo prometerte eso —dijo conmovido.

— Prométeme que, al menos, lo intentarás.

—Está bien —dijo a duras penas.

—Sabiendo esto sé que podré descansar en paz —argumentó.

—No puedes morir antes de llevarme a pescar —le recordó.

—¿Aún lo recuerdas?

—Por supuesto. Fue el mejor día de mi vida.



Capítulo 7

«El frío que traspasa el alma»

Sara seguía adaptándose a sus nuevas responsabilidades. Trabajar para una empresa privada era más difícil de lo que había pensado. Por otro lado, esta nueva experiencia le brindaba mucha información desconocida. Por ejemplo, que la mayoría de las compañías tenían asignados los presupuestos de forma anual, por lo que, un fondo para causas humanitarias nunca sería improvisado.

El señor Lennox era muy organizado y puntual, lo que hacía que su vida fuese más simple, ya que, ambos trabajaban en perfecta sincronización. Algo muy raro, teniendo en cuenta que es su primer trabajo en el sector privado.

Infelizmente, la felicidad no duró mucho, pues, cuando cumplió 15 días en el puesto, recibió una llamada que lo cambiaría todo.

—Buenas tardes, oficina del CEO. ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Señorita Stone?

—Así es.

—¿Está disponible el señor Lennox?

—Me temo que en estos momentos está en una reunión, ¿desea dejarle un mensaje?

—Es de extrema urgencia que venga a la mansión de la familia.

—¿Sucedió algo? —preguntó por mera curiosidad.

—Sí, su padre ha fallecido hace unos minutos —*«¡Santo Dios!»*, pensó Sara, y para certificarse de que había escuchado correctamente, repitió.

—¿El padre del señor Lennox ha muerto?

—Infelizmente.

—Entiendo… ¿Podría indicarme por favor su nombre?

—Soy el abogado de la familia, Patrick Marrone.

—De acuerdo, se lo comunicaré inmediatamente.

—Gracias y, le agradecería si pudiera darle la noticia discretamente.

—Por supuesto.

Sara caminó por el pasillo intentando encontrar las palabras adecuadas. No conocía al fallecido, pero hasta donde sabía no eran particularmente cercanos. El anciano señor Lennox se había retirado hace unos meses, dejándole a su único heredero, la compañía, y a pesar de lo que decían las malas lenguas. De alguna manera, sabía que esto le pesaría a su nuevo jefe.

Golpeó la puerta antes de ingresar a la reunión. Duncan la miró esperando que ella le dijera el motivo de su impertinencia. Sara juntó las manos intentando armarse de valor para justificar su comportamiento.

—Señor, lamento interrumpirlos, pero debo hablarle a solas, es de suma importancia —agregó para persuadirlo. Duncan notó su expresión acongojada y supo que algo andaba mal.

—Continuaremos mañana —le indicó al equipo de marketing. Cuando todos se retiraron le preguntó.

—¿Qué sucede, señorita Stone?

—El señor Patrick Marrone ha llamado —la expresión de Duncan le dijo que ya sabía de qué se trataba, podía ver el impacto de sus palabras en su rostro— Me ha pedido que le comunique que su padre… que su padre acaba de fallecer —terminó Sara la frase a duras penas, tratando de contener sus lágrimas, pues, ella podía sentir su dolor— Lo siento, señor —agregó, por último.

—¿Hace cuánto? —preguntó su jefe unos segundos después.

—Dijo que hacía unos minutos. Requieren de su presencia en la mansión familiar.

—¿Quién más lo sabe?

—Solo usted, y yo.

—De acuerdo, por ahora, lo mantendremos así. Cancela todas mis reuniones de hoy y mañana.

—Por supuesto —dijo ella comprensiva.

—Necesitaré que me acompañe —le ordenó, pero ella lo percibió como una súplica.

—Desde luego. Iré por mis cosas.

—La veo en el estacionamiento —le indicó antes de marcharse.

Sara respiró inhalando el aire con mucha fuerza. Ya que, después de la muerte de su abuela, había evitado a toda costa acudir a los funerales. Pues hasta hoy día seguía muy fresca en su mente, la imagen sin vida de su familiar más querido. Juntó las manos y dio unas palmadas en su rostro para que le volviera el color. No era la ocasión más adecuada para entrar en pánico, pensó.

Duncan decidió que el mismo conduciría el automóvil hasta la mansión. No deseaba que Sara viera a Connor. De todas formas, era un tema personal, pero… *«¿por qué le había pedido a ella que viniera con él?» «¿Acaso temía enfrentar este momento a solas?»*.

Si lo analizaba objetivamente, ahora que su padre había fallecido, Sara era todo lo que le quedaba, incluso, si ella no tuviera la mínima idea al respecto. Ya no tenía a nadie más, excepto a Connor, pero no fue en él en quien pensó tras recibir la noticia.

Y si había una razón para ello, no quería saberlo en estos momentos. Lo último que le faltaba era depender emocionalmente de alguien, y mucho menos de una mujer, pensó mientras subía al automóvil.

Sara llegó unos minutos después, en cuanto se sentó a su lado, ambos se dirigieron a la mansión. La tensión era patente, ninguno dijo nada durante el trayecto, pues, no había nada que decir, nada era más apropiado que el silencio. Al ingresar al patio de la residencia, un extraño escalofrío recorrió la espina dorsal de Duncan. Y aunque, pasó gran parte de su infancia en la mansión, seguía rechazando la idea de llamarlo hogar.

Bajaron del vehículo para subir las escaleras principales. El corazón de Sara se encontraba acongojado. A cada paso, sentía una terrible opresión en el pecho, como si volviera al pasado y se dirigiera al funeral de su abuela.

—¿Estás bien? —preguntó Duncan.

—Sí, en todo caso debería ser yo la que pregunte tal cosa.

—No se preocupe por mí, estaré bien —*«eso espero»*, rogó ella en su interior.

Ambos cruzaron la puerta maciza que daba al dormitorio principal de la casa. Impulsivamente, Duncan se sujetó de la mano de Sara, quien al sentir su tacto se quedó inmóvil como una piedra.

—Lo siento —se disculpó al percibir lo que hacía.

—Todo está bien, no se preocupe —respondió ella y dio el primer paso para avanzar,

Duncan la siguió.

Cuando se acercaron a la cama, Sara quedó impresionada. No por ver un cadáver, sino más bien, por reconocerlo. El difunto, era el hombre que ella había conocido en los pasillos de la universidad, hacía unos meses. El anciano se veía muy demacrado, la enfermedad le causó estragos muy significantes a su apariencia.

Su jefe quedó allí inerte por unos minutos. Ella quería confortarlo, así que le dijo:

—Ahora ya descansa en paz —Duncan salió de su estupor catatónico al escuchar sus palabras.

—Sí… —afirmó segundos después, al recordar los últimos días de su padre. De cierta forma, que falleciera tan pronto, había sido una bendición, ya que, el cáncer lo estuvo carcomiendo vivo.

—¿Qué quiere hacer ahora? —le preguntó al ver que finalmente reaccionaba.

—Debo hablar con el abogado y hacer los arreglos para el funeral.

—Si quiere yo puedo ocuparme de los arreglos funerarios. ¿Su padre tenía alguna preferencia? —quiso saber, pues, era la primera vez que tendría que encargarse de un entierro.

—No lo sé, pero le gustaban las excentricidades —afirmó.

—De acuerdo, haré algunas llamadas y luego le presentaré algunas ideas, ¿le parece bien? —Duncan apenas movió la cabeza para mirarla antes de asentir.

Sara salió de la habitación para llamar a la única persona que podría ayudarla en estos momentos.

—Hola, ¿se encuentra la madre superiora?

—Sí, ¿de parte de quién?

—Dígale que es Sara Stone.

—De acuerdo, la comunico en unos instantes —la llamada fue transferida y la directora del internado contestó.

—¿Sara?

—Sí, soy yo madre, ¿cómo está?

—Bien, bien. Hace mucho que no sé nada de ti.

—Últimamente, ando muy enredada —afirmó.

—De acuerdo, lo entiendo.

—Disculpe que sea tan directa, pero le llamo por un tema muy urgente.

—Está bien, ¿de qué se trata?

—Necesito organizar un funeral y no tengo idea de cómo hacerlo.

—¿Ha fallecido un amigo?

—No. No se preocupe, no es ningún conocido mío, es el padre de mi jefe.

—Entiendo.

—No sé por dónde empezar —confesó.

—De acuerdo. Te mandaré un email con mis contactos. Puedes llamarlos y te ayudarán con lo que necesites.

—Muchas gracias, madre.

—De nada, espero que pronto puedas venir a visitarnos.

—Desde luego, haré lo posible —prometió antes de cortar la llamada.

Unos minutos después, recibió el email con los datos que necesitaba. Inmediatamente, empezó a llamar a los números de contacto. Treinta minutos más tarde, ya tenía todo arreglado y era hora de comunicarle a su jefe.

Duncan seguía hablando con el abogado, Patrick comentaba respecto a las últimas horas

de su padre. El médico también se encontraba allí dándole la certeza de que el viejo Lennox no había sufrido antes de morir. Sara los interrumpió para hablarle.

—Señor, ya tengo algunas propuestas para el entierro. Si se siente listo, podemos discutirlo ahora.

—Marrone seguiremos hablando después del entierro, por ahora, ocúpate de organizar la documentación.

—De acuerdo.

—Yo también me retiro —expresó el médico.

—Muchas gracias, por todo doctor.

—Siempre ha sido un honor servir a esta familia —aseguró el hombre.

Cuando todos se retiraron, Sara se acercó con su laptop para mostrarle la información. Duncan se sentó en el escritorio, ella puso el dispositivo en la mesa y empezó a explicarle las cosas. Sin embargo, su jefe parecía estar en otro planeta.

—Entonces, ¿cuál le gusta más?

—¿Qué? —dijo él volviendo a la realidad.

—¿Prefiere las rosas blancas o las margaritas en amarillo?

—Rosa blancas.

—Respecto al féretro me han dicho que este era el más refinado —le aseguró señalando la foto.

—De acuerdo —dijo él sin mucho ánimo.

—Sobre la música. ¿Prefiere instrumental o que contrate a un profesional?

—Mi padre amaba a Mozart.

—De acuerdo, instrumental entonces. Respecto al discurso, lo hará usted u otro familiar.

—Ya no queda nadie… —expresó automáticamente.

—Entiendo…—dijo ella al comprender la situación—. Según lo que he podido percibir en la casa, su padre era católico. Así que, solicité la asistencia de un sacerdote para una misa de réquiem, ¿le parece bien?

—Sí, a mi padre le hubiera gustado…

—¿Qué horario desea hacer la ceremonia?

—Creo que a las 8 de la mañana estará bien.

—Respecto a su lugar de descanso final. Supuse que lo enterrarían en el panteón familiar, así que, ya me he contactado con el cementerio.

—Está bien.

—Con eso ya tenemos todo cubierto.

—Muchas gracias, por hacer esto.

—No se preocupe, yo lo entiendo —dijo Sara con los ojos lagrimosos recordando su propia experiencia personal. Si la madre superiora no la hubiera ayudado en aquel entonces, su abuela jamás habría tenido un entierro decente.

Duncan la miró por primera vez a los ojos, entonces supo que ella podía sentir su dolor.

—Igualmente gracias —repitió.

—En unos minutos lo llevarán para prepararlo en la funeraria. Si desea despedirse, debe hacerlo ahora.

—Está bien.

—Debo confirmar los detalles, vuelvo dentro de un rato —dijo y se retiró de la biblioteca. Solo entonces Duncan tuvo el valor de llorar.

Sara seguía haciendo llamadas cuando repentinamente alguien abrió la puerta principal.

Ella giró para ver quién era. La sorpresa fue tanta que se quedó sin habla, mientras que, del otro lado de la línea, el agente funerario seguía parloteando.

—¿Sara?

—¿Connor?, ¿qué haces aquí?

—Yo…

—Él trabaja para mí —afirmó su jefe que se acercaba.

—¿Qué? —dijo ella sin comprender nada.

—Connor es mi chofer —le aclaró Duncan.

Sara no sabía qué decir o pensar, pues recordó que Connor le había dicho que trabajaba para su benefactor. *«¿Sería Duncan Lennox ese misterioso hombre?»,* se preguntó.

—Así es. Después de que el señor Lennox, que en paz descanse, dejó la empresa. Empecé a trabajar para su hijo —aclaró Connor.

—Ah —dijo ella como entendiendo su indirecta. Ya después le preguntaría para asegurarse, pensó Sara.

—Lamento presentarme de esta manera —dijo entonces Connor—. Creí que estaría solo y necesitaría de ayuda —argumentó.

Duncan no había tenido tiempo de llamarlo para advertirle de la presencia de Sara, entonces asintió comprendiendo su desliz.

—¿Marrone también te llamó?

—Sí, creyó que yo estaba contigo.

—Imagino que te llamó a ti cuando no le contesté el celular.

—Tampoco le contesté —confesó Connor— Me encontraba en el banco —se justificó—, pero luego le retorné la llamada y me enteré de lo que había sucedido.

—Entiendo.

—¿Alguien quiere un café? —preguntó Sara intentando ser de utilidad.

—Usted ya ha hecho suficiente por hoy, no tiene por qué molestarse —le indicó Duncan.

—Pero… —quiso argumentar ella. Sin embargo, él la interrumpió diciendo.

—Ya puede retirarse, señorita Stone.

—Está bien, me iré entonces, pero vendré mañana temprano… Si le parece bien —agregó, pues, como no era un familiar, no estaba obligada a presentarse en el funeral.

—De acuerdo, muchas gracias.



Capítulo 8
«Tormentos del pasado»

En la mañana, Duncan salió de la biblioteca algo desorientado. No había dormido nada, pues, la incertidumbre se apoderó de su ser al darse cuenta de que, desde ahora, se encontraba solo.

Todos los detalles para el funeral fueron arreglados apropiadamente. A su padre le hubiera encantado, pensó al ver la sala llena de rosas blancas. No obstante, aún no se sentía listo para enterrar al único familiar que le quedaba.

Si bien su infancia fue poco convencional, y se pasó gran parte de ella solo en la casa, no podía odiar a su padre, en especial por haber sido un hombre exitoso. Sabía que ese comportamiento obsesivo hacia el trabajo se debía al abandono de su esposa. En fin, no podía culparlo por querer ahogar sus penas en lo único que le daría satisfacción personal. Él mismo buscó la manera de paliar el dolor y el vacío que había dejado la ausencia de su madre.

Respiro hondo antes de caminar hacia el vestíbulo, Connor lo llevaría a la misa. La mano le tembló cuando la estrechó para tomar la manija de la puerta principal. Sabía que en cuanto la abriera, ya no podía fingir que todo había sido solo una pesadilla, y finalmente, tendría que enfrentarse a la realidad.

Por un breve instante, rogó por un milagro, a pesar de que, no era un hombre muy creyente. De pronto, la puerta se abrió y la luz del sol opacó su visión. Una sombra se dirigía hacia él con pasos firmes. A principió, creyó que era su padre, pero cuando su vista volvió a la normalidad, pudo distinguir a la persona que se le acercaba decididamente.

—¿Ya está listo, señor?

—¿Qué? —expresó aún desorientado.

—Si ya está listo para partir.

—Sí —respondió al reconocer a su asistente— Usted vino —agregó sorprendido.

—Claro, se lo prometí.

—Gracias —expresó Duncan tomándola repentinamente del brazo.

Sara no dijo nada, simplemente, se dejó guiar hasta el automóvil, en donde, Connor aguardaba pacientemente.

Durante el trayecto, ninguno dijo absolutamente nada. Pues no era una mañana alegre, era un día de duelo. Al llegar a la catedral, todos le dieron el pésame a Duncan, que solo asentía mecánicamente. Su mente se encontraba lejos de allí. En su interior, rondaban muchas preguntas: *«¿Había sido un buen hijo?» «Si hubiera pasado más tiempo con su padre, ¿habrían sido las cosas diferentes?»*

Sara, al percibir su estado catatónico, atendió a la gente indicándoles el programa de la ceremonia. Más tarde, ya en el cementerio, siguieron llegando personas para dar su último adiós al difunto.

Inesperadamente, apareció en la escena el jeque que años atrás intentó comprar a Sara. Al reconocerlo, Duncan se tensó, ya que, su asistente se encontraba a su lado, sin duda el hombre la reconocería. No sabía qué hacer, pues, lo último que deseaba era un alboroto en medio de tanta gente. Si dependía de él, lo expulsaría del lugar, pero no podía armar un escándalo en el entierro de su padre.

—Mis sentidos pésames —dijo el hombre acercándose a él.

—Agradezco que haya venido a despedirse de mi padre —expresó forzosamente intentando llamar su atención. Sin embargo, el muy miserable ya había posado sus ojos sobre Sara.

—No pensé que la conservarías —dijo sin más preámbulos.

Sara, al no tener idea de quién era el hombre, permaneció en silencio. Aunque, pudo notar la tensión entre ambos. Pronto, se dio cuenta de que el recién llegado no era bienvenido allí.

—No es el lugar, ni el momento para sacar el asunto —respondió Duncan secamente.

—Por supuesto —dijo el jeque cautelosamente, luego miró a Sara con lujuria antes de retirarse.

—¿Quién era ese?, no he podido reconocerle —preguntó ella muy curiosa.

—Nadie importante, y sin duda, no es alguien a quien quieras conocer.

—De acuerdo… —afirmó, luego agregó— Ya es hora del discurso final.

—Está bien —dijo él sin mucho ánimo, ya que, en unos minutos, todo se acabaría, y nunca volvería a ver a su padre.

Duncan fue breve, pero sus palabras fueron muy emotivas. Lo que sorprendió bastante a Sara, que siempre lo había considerado un hombre frío y racional. Sin duda su jefe albergaba sentimientos profundos hacia su difunto padre, concluyó al notar que temblaba levemente mientras la tierra cubría el féretro.

Todos se dirigieron a la mansión para la recepción posterior al funeral. Ni bien llegó al

lugar, Duncan se encerró en la biblioteca. No quería ver a nadie. Sara fue a buscarlo cuando las personas empezaron a despedirse.

—No puede esconderse aquí para siempre —expresó ella al verlo sentado en el escritorio.

—Creí que al menos valía la pena intentarlo —dijo poco animado.

—Sé que es difícil, pero debe hacerlo.

—Lo sé —aseguró antes de levantarse— Sara, no sé cómo agradecerte por todo lo que has hecho estos días.

—No hay nada que agradecer, ya se lo dije, yo entiendo lo que usted está pasando.

—Igualmente, gracias —dijo antes de abrir la puerta. *«¡Señor, dame fuerzas!»,* pensó ella antes de seguirlo.

Una hora más tarde, cuando todos se habían marchado, y solo quedaba el abogado de su padre, Duncan se acercó a él, pues el hombre dijo que quería hablarle de un tema muy importante.

—Lo lamento, muchacho —expresó Marrone al verlo acercarse.

—Sé que eran muy buenos amigos.

—¡Sí que lo éramos!

—¿Querías hablarme de algo? —preguntó Duncan.

—Sí, sobre el testamento.

—Lo siento, pero hoy no creo que pueda tratar sobre ese asunto.

—Lo entiendo, lo podemos dejar para la otra semana si te parece mejor. —sugirió el abogado.

—Tengo un viaje de negocios en unos días, lo hablaremos cuando vuelva.

—De acuerdo. Solo avísame.

—Está bien. Si no te importa, podemos hacer la lectura en la empresa, sinceramente, no tengo ganas de regresar a esta casa.

—Lo entiendo, llámame cuando vuelvas.

—Por supuesto, y gracias por todo.

—El funeral fue muy digno, estoy seguro de que le hubiera encantado.

—Todo fue idea de…—Duncan finalmente se acordó de su asistente.

—¿De…?

—Sara…

—Bien, también me retiro. Descansa un poco, muchacho, has hecho todo bien —le aseguró. Duncan solo asintió levemente y luego fue a buscar a Sara.

Ella se encontraba sentada en una esquina con la cabeza recostada en la pared, estaba dormida. «*Pobre*» pensó. Debía sentirse exhausta para dormirse en esa postura.

Intentó despertarla dándole pequeños toques en el hombro. Ella se desperezó lentamente, se veía adorable, pensó. Y de pronto, su corazón empezó a latir más fuerte. Un acto, bastante preocupante para él, pero racionalizó el hecho alegando que había tenido muchas emociones ese día.

—Es hora de ir a casa —dijo él tratando de orientarla. Al darse cuenta de que se había quedado dormida, ella saltó de la silla para disculparse.

—Lo siento, señor, le juró que solo me senté por 5 minutos. No sé en qué momento me he quedado dormida.

—Descuida, ya todos se han marchado. También es hora de que vayas a casa.

—Por supuesto. Tomaré mi bolso y me voy —aseguró, creyendo que él la estaba echando de la casa, pues, deseaba estar solo.

—Está bien, Connor te llevará.

—No es necesario —aseguró—. Puedo tomar el bus, o un taxi.

—Connor te llevará —expresó en un tono que le dio a entender de que no era una sugerencia.

—De acuerdo, muchas gracias —dijo tomando su bolso.

De camino a casa, Sara intentó controlar su curiosidad, pero era imposible. Se moría de ganas de saber quién era su misterioso benefactor, así que ni bien subió al auto, le preguntó a Connor.

—Ya dime quién era.

—¿Quién? —respondió el chofer haciéndose del tonto.

—Mi benefactor era el señor Lennox, ¿verdad?

—Hmm.

—Ya puedes decírmelo, el pobre hombre ya está muerto. Que en paz descanse —agregó rápidamente haciendo la señal de la cruz.

—Está bien. Sí, era él. El viejo Lennox era tu benefactor.

—¡Lo sabía! Cuando te vi cruzar por esa puerta, los números cuadraron.

—¿A qué te refieres?

—Pues, yo siempre me lo imaginé como un hombre poderoso y viejo. Además, me visitó antes de morir —le aseguró.

—Ah, ¿sí? —preguntó Connor muy intrigado.

—Sí. Obviamente, no me dijo quién era, pero por las preguntas que me hizo, debí imaginármelo. ¡Qué tonta fui!

—¿Qué preguntas?

—Nada importante, solo quiso saber sobre mi educación. ¡Qué pena! Murió antes de poder agradecerle por todo lo que ha hecho por mí.

—Créeme que tu benefactor está enterado de cuan agradecida estás por su ayuda.

—¿Estoy? —dijo ella confusa.

—Estabas, quise decir. Aún no me acostumbro a las últimas noticias —afirmó rápidamente para paliar su error.

—Lo entiendo. Debió ser muy difícil para ti.

—Sí, por supuesto —aseguró.

—Aunque, imagino que las cosas son más difíciles para el jefe.

—Era su padre, después de todo.

—Sí, aunque nunca hablaba de él.

—Su relación era complicada —afirmó Connor.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Por qué? El viejo parecía una persona amable.

—Era una persona amable, sin duda, pero era un padre bastante ausente.

—Entiendo…

—¿Por qué sigues viviendo en esta pocilga? —preguntó Connor al llegar a su pequeño departamento.

—Porque esta pocilga la puedo pagar yo.

—Sabes que el dinero no es un problema.

—Ahora que el señor Lennox ha muerto, Estoy segura de que las cosas cambiarán —aseguró ella.

—No lo sé —expresó Connor confuso, pues su jefe, no había pensado en ese detalle.

—Además, tengo un buen empleo. Ya no necesito de caridad —dijo ella sarcásticamente.

—Por supuesto, por eso mismo, creo que deberías mudarte a una zona mejor. Aquí no es muy seguro.

—Lo sé, pero por ahora es lo que puedo pagar.

—De acuerdo, te veo mañana —dijo Connor mientras ella descendía del automóvil.

—Por supuesto —respondió antes de marcharse, dio dos pasos y se detuvo para decirle algo más— Ah, Connor, creo que deberías volver a la mansión, tengo la impresión de que el jefe necesitará de un amigo.

—Entiendo, eso haré.



Capítulo 9

«No temas a las nuevas experiencias»

Al día siguiente, Sara acudió al trabajo como de costumbre. Duncan, en cambio, llegó tarde por primera vez, sorprendiendo a todos los empleados de la empresa. No obstante, terminaron por justificarlo, puesto que, su padre, acababa de morir.

Los dos siguientes días pasaron volando. Su jefe parecía distraído y muy triste. Aunque, trabajaba mecánicamente como si no hubiera acabado de perder a su padre. Sara no sabía qué hacer para apoyarlo en su duelo. Así que, al tercer día, decidió traerle unos donuts con relleno de chocolate para tratar de levantarle el ánimo.

Sin embargo, no tuvo la oportunidad, pues, ni bien ella entró a su oficina, Duncan le avisó respecto a un viaje de negocios que deberían hacer.

—¿Necesita que vaya con usted? —expresó muy sorprendida.

—Por supuesto, usted es mi asistente.

—Claro… —respondió recordando que trabajaba para él. Por un momento, había tenido extraños pensamientos acerca del asunto.

—Tienes un pasaporte, ¿verdad? —preguntó para asegurarse.

—Desde luego.

—Partimos esta tarde, puedes retirarte antes del mediodía para preparar tus maletas. Connor pasará a buscarte a las 13 h.

—De acuerdo —dijo tomando un par de documentos que su jefe acababa de firmar.

«¿Un viaje de negocios?, ¡Santo Dios!», pensó, pues si bien tenía un pasaporte, jamás lo había usado, ya que nunca había viajado al extranjero. La sola idea le daba pavor.

Desde aquel malévolo incidente en el que casi termina como una esclava sexual, apenas si se atrevía a viajar distancias cortas, y solo si iba acompañada por un gran número de personas.

—Ni siquiera tengo una maleta —expresó en voz alta.

—¿De verdad? —preguntó Connor que acababa de llegar.

—Bueno, no una para un viaje de larga distancia —confesó.

—Bueno, te compraré una en un rato.

—No es necesario —le aseguró.

—¡Por supuesto que lo es!

—Ya no tienes que cuidar de mí, Connor.

—Siempre cuidaré de ti. Ni siquiera lo dudes.

—Al parecer, a tus ojos, siempre seré una adolescente desamparada.

—No lo veas de esa manera, sabes que me preocupo por ti.

—Lo sé, siempre actúas como si fueras mi padre —él la miró de una manera extraña. Sara pensó que lo había ofendido creyendo que Connor lo tomaba como una crítica. Sin embargo, esa afirmación lo conmovió, pues tras perder a su único hijo, no creyó que otra persona lo llamaría de esa manera— No me estoy quejando —agregó ella entonces—. Más bien, estoy muy agradecida por eso. Tú me apoyaste cuando más lo necesité.

—Descuida niña —respondió para molestarla. Sara sacudió la cabeza con una sonrisa de incredulidad.

—Si quieres podemos ir de compras juntos —dijo ella para provocarlo.

—¡Ah no!

—¡Vamos!, anímate… ¿Por los viejos tiempos? —rogó.

Connor sonrió al recordar esos tiempos. Cuando Sara no era más que una adolescente a la que tenía que vestir y alimentar. Tuvieron muy buenos momentos juntos, pero ella nunca fue fácil de complacer.

—De acuerdo —afirmó de mala gana antes de pasar a ver al jefe.

Duncan revisaba unos documentos financieros cuando Connor ingresó a la oficina, muy curioso.

—¿Para qué Sara necesita de una maleta? —preguntó directamente.

—Vamos a viajar.

—¿Dijiste vamos?

—Sí, debo ir a Grecia por negocios.

—¿Y por qué ella debe ir contigo?

—¿Quizás sea porque Sara es mi asistente? —le recordó sarcásticamente.

—Por supuesto. Siempre se me olvida ese detalle.

—Ya lo noté.

—¿Irán solos? —Duncan lo miró incrédulo.

—Ya dime, ¿qué es lo que realmente te preocupa?

—Bueno, ella nunca ha salido del país.

—Descuida, no le quitaré los ojos de encima —*«Eso es lo que me preocupa»* pensó Connor, sin embargo, dijo:

—Con su pasado, ella tiene ciertos problemas con los viajes —afirmó.

—¿Qué tipo de problemas? —preguntó Duncan, curioso.

—Le da miedo viajar a lugares extraños. Teme que alguien la rapte.

—Pues es muy prudente de su parte considerar este asunto. Recientemente, ha subido el número de mujeres que desaparecen en el extranjero.

—No es necesario que me lo menciones —dijo alterado.

—No te preocupes, cuidaré bien de tu niña —dijo Duncan para molestarlo.

—¡Más te vale! —lo amenazó amistosamente.

Sara se apresuró a terminar de empacar sus artículos personales para el viaje. La ansiedad no la dejó siquiera comer apropiadamente en el almuerzo. A las 13 h llegó Connor, su jefe ya estaba en el auto aguardando.

El chofer la ayudó a subir el equipaje en el maletero. Como iban a Grecia en pleno verano, Sara empacó mucha ropa ligera. Aunque esperaba que sus gustos fueran compatibles con los eventos a los que tendría que asistir como acompañante de su jefe.

—¿Todo listo? —preguntó Connor cuando ella subió al automóvil.

—Sí.

—De acuerdo. Hora de irnos —le indicó al chofer.

En cuanto llegaron al aeropuerto, las manos de Sara empezaron a sudar. Cada vez que tenía que enfrentarse a un nuevo lugar, cierta inquietud nacía en su interior, pues, en su mente, ningún sitio era lo suficientemente seguro. Excepto el internado, allí ella se sentía en paz.

Esa era una de las razones por las que aún no se había mudado de su departamento. Ya que, mudarse de residencia implicaba nuevos vecinos, personas desconocidas y muchas

preocupaciones. Hasta hoy día, sufría de terrores nocturnos. Muchas veces despertaba empapada en sudor, por las pesadillas del pasado.

—¿Estás bien? —preguntó Duncan al notar que estaba inquieta.

—Sí, es que es mi primer viaje internacional —argumentó. Él aceptó su excusa, pues, no podía revelarle que conocía su secreto.

—Entiendo. Todo estará bien, iremos en mi avión.

—¿Su avión?

—Sí.

Más tarde, Sara ingresaba en un lujoso jet particular. Como no conocía los protocolos, esperó hasta el último instante para sentarse.

—Abróchate el cinturón —le dijo su jefe.

—Ok —respondió sin saber cómo hacerlo. Al ver su dilema, Duncan se levantó de su silla y la ayudó. La azafata se sorprendió por su gesto, pues, nunca lo había visto ser tan amable con sus asistentes. Sara quedó inmóvil por la situación.

—Gracias —respondió ella cuando él volvió a su postura original abrochándose su propio cinturón.

Minutos después, el avión despegó. Sara se sujetó del apoyabrazos como si estuviese en una montaña rusa. Duncan trató de no reírse de su pánico.

—Solo respira —le indicó. Ella movió la cabeza asintiendo. Cuando el avión alcanzó una altitud estable, la azafata se acercó muy curiosa.

—¿Les apetece beber algo?

—Agua para mí —pidió Duncan.

—¿Y usted señorita?

—Lo mismo, por favor.

—De acuerdo —respondió antes de retirarse.

—¿Todo bien? —preguntó su jefe.

—Sí, es que nunca había viajado en un avión.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—No hubo oportunidad —se excusó y cambió de tema—. No he recibido el itinerario. ¿Qué haremos en Grecia?

—Hoy tenemos una gala, mañana un almuerzo de negocios. Lo de siempre —expresó Duncan con indiferencia.

—Entiendo… —*«¡Maldición! Tendré que usar un vestido de gala esta noche»* pensó molesta. Ya que, debido a su trauma, odiaba acicalarse.

—Descansa mientras puedas. Esta noche será muy larga.

—De acuerdo —dijo reflexiva.

Duncan cerró los ojos para pensar. No tenía planeado hacer este viaje tan pronto, pero debido a la muerte de su padre y el asedio de la prensa, creyó que lo mejor sería alejarse de la ciudad para volver a encontrar su centro. Sin embargo, en su estupor se le olvidó el detalle de que Sara ahora era su asistente y, lo último que deseaba era pasar tiempo a solas con ella.

«Es el karma» pensó, pues, desde el día en que ella se convirtió en su responsabilidad, evitó deliberadamente acercase a ella, por obvias razones. Esa mujer le gustaba, y más de lo que era capaz de admitir. El destino los había unido de una manera muy dramática, y según él, una relación que inicia mal siempre termina mal. Además, esa joven se merecía amor. Algo que él no estaba dispuesto a darle a nadie.

Cuando llegaron al hotel, casi cuatro horas más tarde, Sara seguía algo indispuesta. El

viaje en avión, a pesar de glamurosa, no había podido ahorrarle el sufrimiento de las náuseas por la presión atmosférica. El lujoso hospedaje contaba con su propio campo de golf. Ella nunca había estado en un lugar así.

—Ten —Duncan le entregó una llave electrónica.

—¿Una tarjeta de crédito?

—No, esa es la llave de tu habitación.

—Ah… ya veo.

—Tu habitación está al lado de la mía, te mostraré cómo usarla.

—De acuerdo.

Usaron el ascensor para subir hasta el último piso. Su jefe se quedaría en la suite principal, mientras que ella en una habitación lujosa, pero no tan extravagante.

—Pasas la tarjeta así —le indicó para mostrarle cómo abrir la puerta.

—Entiendo.

—Bien, te dejo para que te arregles. Ya he pedido que suban a tu cuarto algunas opciones de prenda para esta noche. Nos veremos en el lobby a las 19 h.

—Está bien —respondió ella antes de ingresar a su habitación y dar saltos de alegría. *«Sara parece que has subido de categoría»*, pensó mientras revisaba los rincones de su recámara gigantesca.

Una hora más tarde. Sara bajada al lobby con un vestido rojo muy elegante. Su gusto sin duda era cuestionable. Sin embargo, al parecer, los de su jefe no. El diseño era discreto, aunque muy a la moda. Ella ingresó majestuosamente llamando la atención de todos los caballeros del lugar.

Duncan no quedó atrás en su admiración. La joven asistente se veía extremadamente bella. Al rato, se arrepintió de haberle elegido un atuendo tan llamativo.

—Ya estoy lista, señor —saludó con cierta modestia, pues, no quería sonar presumida.

—Eso veo —comentó Duncan raspando la garganta— ¿nos vamos? —preguntó ofreciéndole el brazo, ella lo aceptó y se encaminaron hacia la entrada para subir al automóvil.

El evento se llevó a cabo en una hermosa mansión a orillas del océano. La brisa fresca le daba un movimiento suave a su vestido. Haciéndola lucir exótica y muy llamativa. Caminaron hasta la recepción, donde Duncan saludó rápidamente al anfitrión para desplazarse a la fiesta.

Sara actuaba como escudo para evitar que las mujeres se abalanzaran sobre él. No le interesaba particularmente proteger a su jefe. Sin embargo, era muy molesto que ninguna tuviera la decencia de ocultar su interés personal por el hombre. Incluso viendo que venía acompañado. Cuando se apartaron por unos instantes para buscar unas bebidas, ella preguntó.

—¿No le molesta que las mujeres lo acosen descaradamente?

—¿Por qué cree que la traje? —contestó antes de beber un sorbo de champán. Sara se rio antes su respuesta.

—Pues, ahora creo que lo entiendo.

—Aún no ha visto lo peor —expresó Duncan viendo que su anfitrión se acercaba con dos bellas damas.

—Lennox, me sorprende verte acompañado de una mujer. Siempre supuse que las odiabas.

—Las cosas cambian, Christou —comentó sin muchos detalles

—Ya veo. Bien, supongo que esta noche, no necesitaras de mis servicios.

—Supones bien —afirmó.

Sara los observaba muy confundida. No entendía de qué diablos estaban hablando.

—En ese caso, me marchó con estas bellas damas.

—Como siempre, agradezco tu consideración —comentó Duncan.

—El placer siempre es mío. —respondió el hombre, antes de ofrecerle el brazo a las dos mujeres. Luego les informó— Lo siento, chicas. Esta noche, tendrán que conformarse conmigo.

Cuando se apartaron, Sara ya no pudo contener su curiosidad. Así que, preguntó directamente.

—¿De qué hablaba ese hombre? —Duncan la observó por un instante, no sabía si era una buena idea darle esa respuesta.

—Me temo que, si contesto a tu pregunta, podría herir tu sensibilidad.

—Ya veo…—contestó reflexiva— ¿A eso se refería antes?

—Sí.

—Entiendo.

—¿Estás cansada?

—Más o menos.

—Si quieres podemos marcharnos. Ya he hablado con todas las personas que me interesaba contactar.

—De acuerdo, pero antes. ¿Podríamos empacar un par de guarniciones? Con todo el ajetreo apenas tuve tiempo de comer algo. —Duncan rio antes de contestar.

—No te preocupes. Cuando lleguemos al hotel, podemos pedir servicio al cuarto. Yo tampoco he tenido tiempo para comer.

—¡Genial! Larguémonos de aquí antes de que aparezca alguna otra damisela en apuro. —comentó Sara bromeando. Duncan se rio antes de ofrecerle el brazo para que se marcharan de la fiesta.

Al llegar al hotel, pidieron algo para comer en la habitación. Sara no quiso ser una molestia. Sin embargo, Duncan insistió en que cenaran juntos. Puesto que, realmente odiaba comer solo.

Durante la cena, Duncan estuvo totalmente hipnotizado. Nunca le había interesado particularmente los apetitos de una mujer, pero ahora tenía mucha curiosidad respecto a los gustos de su asistente.

—Esto está genial, ¿cómo se llama? —expresó Sara sacándolo de su ensoñación.

—Es langosta. ¿Nunca lo habías comido antes?

—No. Mi infancia fue bastante moderada —comentó casualmente mientras comía otro bocado, luego lamió los dedos, dejando a Duncan al borde de la locura.

—Entiendo…—expresó tragando saliva, luego agregó— Si quiere puedo pedir más.

—¡No! Apenas si podré terminar esta porción —afirmó.

—De acuerdo. Yo ya estoy satisfecho —comentó antes de beber una copa de jugo, pues, de pronto, sentía mucho calor— Si no te importa, me retiro. —Sara tragó un bocado apresuradamente para responder.

—Por supuesto, que descanse.

Duncan se apresuró hacia la puerta. No veía la hora de largarse del recinto. Puesto que, cuando se le ocurrió cenar con su asistente, jamás imaginó que terminaría propiciándose un banquete de lo más erótico. Verla comer había sido una tortura.

Ingresó a su dormitorio, se desvistió rápidamente y fue directo al baño. Tenía la esperanza de que una ducha con agua fría menguara, mágicamente, su apremiante necesidad de poseerla.



Capítulo 10

«Un paseo para dos»

Por la mañana, Sara se atavió en un recatado y elegante vestido floreado para descender hasta el restaurante, en donde Duncan, ya la esperaba con el desayuno.

—Buenos días, señor Lennox —saludó acercándose. Duncan levantó la mirada de la *tablet* para saludarla. Al vislumbrar lo adorable que se veía tragó saliva.

—Buenos días, señorita Stone —respondió cuando se recobró de la impresión— Siéntese.

—¿Ya ha pedido el desayuno?

—Como no tenía certeza de lo que le gustaba. Le he pedido un café y unos panecillos. —explicó excusándose, pero la verdad era que deseaba evitar otra sesión erótica— Puede solicitar algo más si lo desea —agregó de todos modos, ya que, sus necesidades sexuales, no eran culpa de la pobre mujer.

—No, está bien así —respondió ella para su tranquilidad.

—Tome. Es nuestro programa para hoy —comentó entregándole la *tablet*. Sara lo revisó por un instante antes de decir.

—¿Desea que lo acompañe durante el almuerzo de negocios? Veo que será aquí en el hotel.

—No es necesario, será una reunión amistosa. Aunque, quizás, sea buena idea. Si estás conmigo, tendré una excusa válida para retirarme antes de que Xander me invite a beber. La última vez que bebimos juntos, tuve una resaca que duró tres días. —comentó lo último inquieto.

—Entiendo —expresó Sara con una media sonrisa— Cambiaré la reserva para tres personas.

—Esta noche no tenemos ninguna actividad, así que, puedes aprovechar para dar un recorrido por el pueblo.

—¿De verdad? —expresó animada, ya que, había pensado que no tendría la oportunidad.

—Sí, por supuesto. Como es tu primera visita en el país, creí que querrías verlo, al menos un poco.

Sara se puso muy contenta con la idea. Sin embargo, instantes después, cambió de opinión. Puesto que salir del hotel, implicaría visitar los lugares, ella sola.

—Es usted muy amable, pero… —respondió Sara con una voz dudosa.

Al recordar el trauma de la joven, Duncan sintió pena e intervino antes de que, continuara con su excusa.

—Me han dicho que hay muchos sitios interesantes en este pueblo. Como nunca tengo tiempo de ver nada, espero no te importe que me apunte al recorrido.

—¡Por supuesto que no! —contestó aliviada— Me alegrará tener compañía —afirmó.

—Entonces, está decidido.

Más tarde, se encontraron en el lobby con la intención de reunirse con el inversionista.

Mientras aguardaban, Duncan tuvo la brillante idea de rentar un par de bicicletas.

—Buenas tardes —saludó al recepcionista.

—Buenas tardes, señor Lennox.

—Quisiera reservar 2 bicicletas para esta tarde. —el recepcionista miró a Sara que se encontraba hablando por celular.

—¿Uno es para la señorita?

—Así es.

—De acuerdo. Los tendré listo para las 3 de la tarde.

—Perfecto.

Sara se acercó para hablarle. Ella se veía algo preocupada.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Duncan.

—Era Connor. Al parecer, la prensa ha estado asechando la mansión.

—Son unos buitres.

—Llamó para advertirme de que tuviéramos cuidado.

—De acuerdo. Hay que estar atentos.

Caminaron hasta el área de descanso para esperar al multimillonario y famoso inversionista Xander Nikolaou. Unos diez minutos más tarde, escucharon una voz grave decir.

—¡Duncan! Querido amigo ¡Cuánto lo lamento!

Un hombre muy atractivo se acercó a ambos. Sara se levantó automáticamente para saludar. Aunque no fue capaz de emitir una sola palabra. La piel bronceada y los ojos oscuros del hombre la tenían cautivada.

—¡Xander! —expresó Duncan. El inversionista se acercó para darle un abrazo a su jefe.

—Lo lamento mucho, amigo.

—Gracias —contestó Duncan conmovido. Cuando Xander se apartó, finalmente le prestó atención a Sara.

—¿Y quién es esta hermosa dama? —expresó.

—Xander, te presento a mi asistente. La señorita Sara Stone.

—¿Asistente? ¡Vaya! —comentó admirado.

—Mucho gusto, señor Nikolaou. —expresó ella extendiéndole la mano. El hombre la aceptó y luego del respectivo saludo la sostuvo por unos segundos.

—Xander, ya hemos reservado una mesa. —comentó Duncan para intervenir. Xander soltó la mano de Sara a duras penas.

—La señorita Stone, ¿nos acompañará? —preguntó muy interesado.

—Sí.

—¡Qué buena noticia! —comentó y le ofreció el brazo a Sara, que no tuvo otro remedio más que aceptar su gentileza.

Caminaron hasta el restaurante, a cada paso, Duncan sentía la necesidad de separarlos. Sin embargo, no había ningún motivo para hacerlo.

Se sentaron en un área muy reservada. Mientras comían, su jefe hablaba tranquilamente de negocios con su amigo. Sara, por otro lado, trataba de controlar su ansiedad. Los magnates como Xander la ponían muy nerviosa. Según su investigación, era el tipo de hombre que acostumbraba a tener esclavas sexuales.

—¿Desea más vino, señorita Stone? —preguntó Xander.

—No, gracias.

—¿Y tú? —le preguntó a Duncan.

—Lo siento Xander, pero le he prometido a la señorita Stone que le ofrecería un recorrido

por el pueblo, así que, infelizmente, esta vez no podré acompañarte.

—Entiendo…—respondió el hombre reflexivo— De acuerdo, ya en otra ocasión beberemos —sugirió.

—Bien, si ya terminamos por hoy, la señorita Stone y yo nos retiramos —Expresó Duncan levantándose— Después de todo, tenemos un recorrido que hacer.

—Por supuesto, que lo disfruten. Me alegró verte, amigo —Al comprender que ya se marchaban, Sara se levantó para despedirse.

—Fue un gusto conocerle, señor Nikolaou.

—El placer ha sido todo mío, señorita Stone.

Cuando volvieron a la recepción, Duncan se detuvo para hablar rápidamente con el recepcionista. Minutos después, el hombre les acercó 2 bicicletas en la entrada.

—¿Iremos en bicicleta? —inquirió sorprendida.

—Me han dicho que es la mejor opción para ver la puesta del sol.

—Entiendo.

—Hay que cambiarnos. Ponte algo cómodo, nos vemos aquí en 30 minutos.

—De acuerdo —contestó Sara y fue al ascensor.

Duncan se quedó con el recepcionista para encargarle otro detalle.

—¿Puede conseguirme un conductor?

—Por supuesto, señor. Deme un segundo. —solicitó el recepcionista y llamó por teléfono. Enseguida, apareció otro hombre— Este es Cícero, será su chofer esta noche.

—Mucho gusto, señor Lennox —saludó el conductor.

—Iremos en bicicleta a recorrer por unos sitios. Lo llamaré, en cuanto lo necesite. —le aclaró Duncan al chofer.

—Desde luego, señor. Estaré pendiente de usted.

—Gracias.

Duncan fue a su habitación para cambiarse. Después de todo, un traje italiano no era la mejor opción para andar en bicicleta. Cuando volvió a la recepción, Sara ya lo aguardaba muy inquieta. Sonrió al ver que vestía como una turista.

—¿Estás lista?

—Sí —afirmó con una sonrisa.

—Bien, es hora de irnos.

Subieron a las bicicletas y empezaron a recorrer el pintoresco pueblo. El paisaje y la arquitectura del lugar impactaron a Sara, que nunca tuvo la oportunidad de salir del país. Se detuvieron en la cima de una colina para ver el horizonte.

La vista era impresionante. El sol que aún seguía luciendo radiante en el cielo. Iluminaba el océano azul cristalino que se imponía delante de ellos.

Duncan le echó un vistazo a su asistente que observaba hipnotizada el horizonte. La joven sonreía alegremente, se veía relajada y muy feliz. Era toda una visión. De pronto, su corazón empezó a latir más fuerte. *«¿Qué diablos?»*, pensó al sentir que se oprimía.

—¿Está usted bien? —preguntó Sara al percatarse de su estado.

—Sí. Ha de ser el sol. No estoy acostumbrado a este clima caluroso —le explicó.

—Entiendo. Deberíamos detenernos en un bar para comprar agua mineral. Creo que he visto uno por el camino.

—Es buena idea. También podríamos comer algo —sugirió.

—De acuerdo.

Se detuvieron en un bar lleno de turistas, muy animados. Duncan pidió una mesa y se sentaron cerca de la ventana para observar el paisaje y a la gente que bailaba alegremente en el patio.

—¿Ya se siente mejor? —preguntó Sara.

—Sí. Aunque me vendría bien una bebida fría.

Sara levantó la mano para llamar la atención del mozo.

—Buenas tardes. ¿Quiere hacer su pedido?

—Sí. Quiero unos bocadillos salados y una soda con limón para mí.

—¿Algo más? —preguntó el mozo mirando a Duncan.

—Una cerveza —respondió.

—De acuerdo. Vuelvo enseguida.

Mientras aguardaban, Sara miró a la gente que seguía bailando muy animada.

—¿Quieres bailar? —le preguntó Duncan al verla tan interesada. Sara lo miró muy sorprendida. Cuando pudo reaccionar, contestó.

—No creo que sea apropiado… Considerando que usted está de luto —dijo como excusa.

—Por un momento, lo había olvidado —respondió Duncan igual de sorprendido.

—Lo siento, no quise recordarle…—expresó al darse cuenta de su error. Pues el semblante alegre de Duncan había desaparecido totalmente.

—No tiene que disculparse. En realidad, tiene razón.

El mesero volvió con el pedido interrumpiendo la conversación.

—Aquí tienen.

—Disculpe…—lo detuvo Duncan— Podría traerme una botella de vino, por favor.

—Por supuesto, señor.

—¿Beberá solo? —comentó Sara sorprendida.

—Puede beber conmigo si quiere.

—No creo que sea buena idea. —respondió preocupada.

—Está bien, entonces, beberé solo.

«¡Santo Dios!», pensó Sara. Sin embargo, no era quién para decirle qué hacer. Además, estaba segura de que su repentina disposición a beber tenía alguna relación con su desubicado comentario.

—De acuerdo, pero no exagere, ¿qué haré si se embriaga?

—Si lo hago, llame a este número. —comentó entregándole la tarjeta del chofer.

—Como diga, jefe —respondió y guardó la tarjeta.

Dos horas más tarde, Duncan ya había perdido toda inhibición. Se metió entre la gente que bailaba para divertirse. Luego, estiró a Sara de la mano para que bailara con él. Las personas del bar los animaron creyendo erróneamente que, eran una pareja de recién casados.

Como no deseaba arruinarle la alegría del momento. Sara se ocupó de cuidarlo para que no le sucediera nada en su estado de ebriedad. Para su suerte, la energía de su jefe no duro mucho y ella pudo llamar al conductor para que viniera a buscarlos.

—Buenas noches, señorita. —expresó el hombre acercándose a ella.

—Ayúdeme por favor, es muy pesado —le indicó Sara para que levantaran a Duncan del piso. Lo subieron en el asiento de atrás para que estuviese más cómodo. Sara se sentó al lado del conductor.

Cuando llegaron al hotel, el botones de la recepción auxilió a Sara para llevar a Duncan hasta su habitación. Lo depositaron delicadamente en la cama. Cuando el ayudante se retiró, ella le sacó los zapatos y le acomodó una almohada detrás de la cabeza. Al hacerlo, Duncan la sujetó

de la mano instintivamente y atrayéndola hasta su rostro, sin ninguna advertencia, la besó.

Sara quedó inmóvil; en realidad, se congeló. Era su primer beso, y no sabía qué hacer. Se sintió inevitablemente abrumada por la situación y las nuevas sensaciones que invadieron repentinamente su cuerpo. Infelizmente, el contacto duró muy poco, pues, Duncan se había quedado dormido, dejándola con un extraño anhelo y una terrible conmoción.



Capítulo 11

«La sorpresa del siglo»

Sara se despertó bastante inquieta esa mañana. Luego de tomarse un tiempo para acicalarse, bajó al lobby para esperar a Duncan. Ella se moría de la vergüenza y no sabía cómo encarar la situación. Después de todo, el hombre seguía siendo su jefe, y no deseaba complicar las cosas entre ellos. Ya era difícil ser la nueva en la empresa, no podía permitir que nadie se enterase de este asunto.

—Buenos días —saludó Duncan acercándose.

—Buenos días. ¿Cómo se encuentra hoy? —inquirió preocupada.

—Bien. Aunque tengo una terrible jaqueca.

—Entiendo. Pediré que le traigan un analgésico —expresó Sara antes de encaminarse hacia la recepción, pero Duncan la detuvo con una pregunta.

—Espere. ¿Cómo volvimos anoche al hotel?

—¿No lo recuerda?

—No. No recuerdo absolutamente nada. Creo que me sobrepasé con el vino —afirmó.

—¡Vaya! —expresó sin poder contenerse.

Sara lo observó a principio, muy frustrada. Pues no había esperado que Duncan olvidase por completo los incidentes de la noche anterior. Sin embargo, a sabiendas de que el hombre decía la verdad, ya que, ella misma fue testigo de su estado de embriaguez, no fue capaz de echarle en cara lo inapropiado de su comportamiento.

Ella respiró hondo, para controlar su irritación. Pues, por alguna razón que actualmente desconocía, se sintió decepcionada por cómo resultaron las cosas. No obstante, cambió de actitud al percatarse de que esta noticia, le venía como anillo al dedo. Puesto que, si él no recordaba el beso, ella no tenía razones para sentirse incómoda a su alrededor.

—Sara, ¿todo está bien?

—¡Sí, por supuesto! Lo que sucedió fue que usted se embriagó y lo traje al hotel —respondió rápidamente para que se olvidasen del asunto.

—Ya veo. ¿Estás lista para irnos?

—Sí, ya he bajado mis maletas.

—Perfecto, en unos instantes vendrá el chofer para llevarnos al aeropuerto —explicó Duncan.

—De acuerdo.

El vuelo a casa fue muy silencioso. Sara aprovechó la resaca de su jefe para mantenerse alejada de él. El hombre se durmió durante todo el vuelo, permitiéndole tener un tiempo a solas para reflexionar. Ella seguía pensando en el beso que compartieron. Cada tanto, observaba sus labios carnosos que, ahora, extrañamente se volvieron muy tentadores.

Cuando aterrizaron en el aeropuerto, Connor se encargó de llevarlos a casa. Dejaron a Duncan en la mansión y luego se dirigieron a su departamento. Ni bien llegaron al estacionamiento, ella se despidió rápidamente, sin darle oportunidad al chofer de hacerle ninguna

pregunta indiscreta. Conocía muy bien a su amigo, sabía que, en cuanto pudiera, empezaría con su interrogatorio.

—Gracias, Connor, nos vemos mañana en la empresa —expresó antes de tomar su maleta e ingresar al edificio.

Al día siguiente, Duncan fue a trabajar como era habitual, pues, tenía muchas pendencias tras su viaje de negocios. Extrañamente, esa mañana, no había visto a su asistente. Según Connor, la pobre se encontraba muy ocupada, resolviendo todos los problemas que causó la prensa en su breve ausencia.

Cerca de las 2 de la tarde, llegó el antiguo abogado de su padre, Patrick Marrone, que, venía a hacer lectura del testamento. Él no se encontraba especialmente de humor para lidiar con el papeleo. Sin embargo, no tenía otra opción más que recibirlo.

—Buenas tardes, señor Lennox.

—Patrick, eras un viejo amigo de mi padre, puedes llamarme Duncan.

—Gracias, aprecio el reconocimiento. Aún me cuesta aceptar que se ha ido.

—Lo entiendo. Siéntate, resolvamos este asunto cuanto antes.

—De acuerdo. —expresó el hombre antes de sentarse—. Bien, como sé que estás muy ocupado, simplificaré la lectura.

—Me parece bien.

—Como sabes, eres el único hijo de tu padre, y como tal, eres el heredero universal de sus bienes. Lo que incluye todas sus propiedades, fideicomisos y acciones de esta empresa.

—Ya me lo esperaba.

—Sin embargo, para acceder a la herencia que dejó tu padre, hay una cláusula condicional.

—¿Una cláusula? —preguntó confundido.

—Sí. Para que recibas tu herencia, debes estar legalmente casado.

—¿Qué? —expresó atónito—. ¿Debo casarme?

—Sí. El señor Lennox impuso esta condición como una cláusula obligatoria. Si no te casas en un mes. No tendrás derecho a tu herencia y el dinero será donado a instituciones de caridad una vez que se liquiden todos los bienes y activos.

—¿Un mes? ¿Solo tengo un mes? —espetó incrédulo.

—Así es.

—¿En dónde diablos encontraré una mujer dispuesta a casarse conmigo en menos de un mes?

—No se preocupe. El señor Lennox ya se encargó de escoger una esposa adecuada.

—Ah, ¿sí? ¿Y quién es la bendita mujer que mi padre consideró “adecuada” para mí? —comentó irónicamente.

—La mujer que su padre; designó como su futura esposa, es la señorita Stone.

Duncan se encontraba al borde un ataque de pánico. Su difunto padre, no solo pretendía obligarlo a contraer nupcias en menos de un mes. También se había encargado de seleccionar a la dama con quien debía casarse.

Y no eligió a cualquier mujer, sino que a la mismísima Sara Stone. La bella joven con quien, desde un principio, trató de evitar cualquier clase de relación. Y aún más, una de tipo sentimental.

«¡Maldición!, ¿qué diablos haría ahora?» Necesitaba de una solución, no podía casarse, y mucho menos con esa mujer.

—¿Estás seguro de que se trata de la señorita Stone?

—Así es. Su difunto padre dejó muy claro que se trataba de la señorita Sara Stone. Está dispuesto en una de las cláusulas.

—¿Qué?

—Además, en el inciso "c" se detalla lo siguiente: "El heredero deberá casarse con la persona designada; de lo contrario, no se considerará como cumplida la condición impuesta en esta cláusula" —expresó el abogado leyendo parte del testamento.

—Ósea, que, si no me caso con ella, perderé automáticamente la herencia.

—Precisamente.

—Ya veo —expresó reflexivo. Aún le constaba creer que su padre hubiera hecho semejante locura.

—Le daré unos días para que lo piense. Sin embargo, recuerde que solo tiene el periodo de un mes, consecuentes a la muerte de su difunto padre.

—Es decir, 3 semanas.

—Así es.

—¿Ya ha hablado con la señorita Stone? ¿Ella está de acuerdo con esto?

—No. Su padre creyó pertinente que usted se encargara de convencerla de este asunto. Él sentía que no tenía derecho a inmiscuirse en la vida personal de la dama.

—Sin embargo, no tuvo ningún problema en interferir en mi vida personal —expresó molesto.

—Bueno, sabe bien cómo era su padre. Le preocupaba que estuviese solo tras su partida. Esta es su última tentativa desesperada de brindarle una familia.

—¿Obligándome a contraer nupcias con una completa desconocida?

—Según tus registros financieros. La señorita Stone no es una extraña para usted. Ya lleva muchos años cuidando de ella.

—¿Qué? ¿Mi padre me estuvo investigando?

—Por supuesto. ¿Cómo cree que descubrió los detalles acerca de la señorita Stone?

—¡Maldito infierno! ¿Hay algo que pueda hacer para evitar esta locura?

—No. No existe ninguna laguna en el testamento. Su padre se encargó de que varios abogados lo verificaran para asegurarse de que usted, no tuviera otra opción más que casarse con ella. Bueno, si no está de acuerdo, siempre puede optar por renunciar a su herencia.

—Ya veo… ¿Qué sucede si me caso y luego decido divorciarme?

—Hay un inciso que se refiere a un plazo mínimo para la duración del matrimonio.

—Por qué no me sorprende. ¿Cuánto tiempo es?

—Un año. Si al cabo de un año desea divorciarse, su estatus como heredero universal no se vería afectado.

—Entiendo…

—¿Quiere que le informe a la señorita Stone?

—¡No! Creo que debo ser yo, el que se lo diga.

—De acuerdo. Avíseme cuando tenga una respuesta, pero recuerde. No tiene mucho tiempo.

—Está bien. Muchas gracias.

Ni bien el abogado se marchó, Duncan llamó a su chofer. Necesitaba hablar con él. Quizás Connor podría ayudarlo a librarse de la situación. Pues, él conocía muy bien a Sara.

—Hola, ¿qué sucedió? —preguntó Connor ingresando a su oficina.

—He hablado con el abogado de mi padre.

—¿Y?

—Soy el único heredero.

—Bueno, ya lo sabías, ¿no?

—Sí, pero hay un problema.

—¿Qué tipo de problema?

—Debo casarme.

—¿Qué? —expresó muy sorprendido.

—Está dispuesto en el testamento.

—No entiendo.

—Mi padre impuso una cláusula especial, que me obliga a casarme para poder recibir la herencia.

—¡Maldición! ¡No puedo creerlo!

—Y eso no es todo.

—¿No?

—No. Además de obligarme a contraer matrimonio, mi padre, me designó una esposa antes de morir.

—¿Es broma? —expresó Connor incrédulo.

—Ya quisiera.

—¿Quién es la mujer?

—La esposa designada, según el testamento de mi padre, es Sara Stone.



Capítulo 12

«El cuervo»

Connor quedó extremadamente impactado como para ser capaz de emitir una sola palabra a modo de objeción. De todas las mujeres en el mundo, el viejo Lennox *«¿tuvo que haber elegido justamente a Sara?»* No podía creerlo. Duncan lo observaba como si esperase algún tipo de respuesta milagrosa a su dilema. Sin embargo, él se sentía igual de perdido.

—¿Estás seguro de que se trata de ella? ¿No será otra Sara Stone?

—No. El abogado dejó claro que se trataba de ella.

—¡Maldición! ¡No puedes casarte con ella, Duncan!

—Lo sé, pero me temo que no tengo otra opción.

—¿Qué quieres decir?

—Si no me caso con ella, no hay herencia.

—No lo entiendo.

—Está estipulado que debo casarme con Sara, si elijo a otra mujer, pierdo automáticamente mi derecho a reclamar la herencia.

—¡Maldito infierno! ¿Por qué tu padre elegiría a Sara?

—No tengo la más mínima idea. Creí que tú podrías decírmelo.

—Yo me siento igual de perdido que tú. Ni siquiera sabía que se conocían. Y no sé por qué razón Sara aceptaría su voluntad.

—Según el abogado, ella no sabe nada. Yo debo decírselo.

—¿Y qué pasará si Sara dice que no?

—Entonces, lo pierdo todo.

—¡Maldición! Esto no es justo para ella y mucho menos para ti. ¿Qué diablos vamos a hacer?

—No sé, creo que no me queda de otra que pedírselo.

—¡No puedes obligarla! —expresó indignado.

—No quiero hacerlo, pero no tengo otra opción, Connor.

—Por favor, debería haber algo que puedas hacer.

—Hay una pequeña brecha, pero de todas formas necesitaré la ayuda de Sara.

—¿De qué se trata? —preguntó interesado.

—Según el testamento, solo debo permanecer casado por un año. Tras ese periodo puedo divorciarme y conservar la herencia.

—¿Entonces?

—Mi plan es casarme con ella “en el papel” y al cabo de un año pedirle el divorcio para devolverle su libertad.

—Suena razonable, pero conozco a Sara. Es una romántica, ella no lo aceptará.

—Si no lo acepta, no me dejará otra alternativa más que decirle quién soy en realidad.

Cerca de las 4 de la tarde, mientras Duncan aún buscaba las palabras adecuadas para explicarle a Sara la situación. Ella lo llamó por el interfono a fin de comunicarle que tenía una

visita.

—Señor…

—¿Sí?

—Tiene una visita.

—¿Quién es?

—Es una dama, dice que viene de parte de los abogados.

—De acuerdo, dile que pase.

Un momento después, ingresó una mujer a su oficina.

—Mi adorado niño, has crecido mucho.

—¿Madre? —expresó muy sorprendido, pues, no había visto a la mujer en los últimos 20 años— ¿Qué diablos haces aquí?

—He venido a darte mis pésames.

—¿Pésames? Debe ser una broma —comentó incrédulo.

—Duncan, sé que tu padre y yo teníamos nuestras diferencias, aun así, yo lo respetaba.

—¿En serio? Lo respetabas tanto que lo dejaste por otro hombre. Sin mencionar que abandonaste a tu único hijo en el proceso.

—Tu padre y yo teníamos un acuerdo.

—¿Te refieres a la multimillonaria pensión que te enviaba todos los meses para sustentarte?

—¿Tú lo sabías?

—Por supuesto. No soy idiota.

—Lo siento, Duncan. Creí que era lo mejor para ti. Tu padre tenía mejores recursos para criarte.

—Pudiste al menos visitarme una vez.

—No quería que te ilusionaras con la idea de que permanecería a tu lado.

—Por lo que decidiste ignorar mi existencia por completo.

—Duncan, no importa el tiempo que estuvimos separados, aún sigo siendo tu madre —él quiso creerle, pero conocía a esa mujer. La había mantenido vigilada por muchos años. Sabía que se traía algo entre manos, de modo que, respondió.

—Lo siento, pero me es muy difícil creer que, de pronto, te has convertido en una buena madre. Así que dime Cora. ¿Qué es lo que quieres?

—No es necesario que seas tan hostil. Solo he venido a darte mi apoyo.

—Llegas un poco tarde. ¿No crees?

—Nunca es tarde para ocuparse de un hijo.

—¿Qué quieres decir?

—Escuché acerca del testamento de tu padre.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Tengo mis contactos.

—Ya veo. ¿Y qué es lo que escuchaste?

—Que mi hijo necesita una esposa. Por eso estoy aquí, quiero ayudarte.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Conozco a un par de candidatas que podrían servir a tu propósito.

—¡Vaya! —expresó muy sorprendido— Y yo que pensaba que mi padre era un hombre frío.

—¿A qué te refieres?

—Nada…—respondió Duncan, puesto que no quería revelarle detalles del testamento—

Agradezco tu interés en este asunto Cora, pero soy más que capaz de conseguir una esposa por mis propios medios.

—No tengo ninguna duda al respecto, querido. Sin embargo, teniendo en cuenta las razones por las que debes casarte, mi ayuda te vendría bien.

—No comprendo.

—Necesitas a una esposa maleable. Una que esté dispuesta a hacer lo que sea por ti. No puedes permitir que cualquier mujer acceda a tu fortuna.

—Y supongo que tú conoces a muchas mujeres de ese tipo.

—Digamos que en mi círculo son muy populares.

—Ya veo. Igualmente, no me interesa tu ayuda.

Cora hizo una mueca y, a sabiendas de que Duncan no cedería a la primera, le dijo:

—De acuerdo, pero si cambias de opinión, llámame —comentó antes de dejarle una tarjeta en el escritorio para marcharse por donde vino.

«¿Qué diablos sucede hoy?», se preguntó Duncan, muy confundido. Pues no comprendía cómo de repente todo el mundo se había puesto en su contra. La repentina aparición de su madre no era de buen augurio, conocía sus andanzas.

Esa mujer tenía el instinto de un cuervo. Siempre buscando un alma desfallecida de quien alimentarse. Cora podía oler la desesperación de la gente y no perdía la oportunidad de aprovecharse de ella para obtener lo que quería. *«Sin duda, tiene segundas intenciones»*, pensó antes de tomar el interfono y llamar a su asistente.

—Señorita Stone, pase a mi oficina, debemos hablar.

Su asistente no se hizo demorar. Ingresó rápidamente y tras cerrar la puerta preguntó.

—¿Quién era la mujer? No quiso darme su nombre.

—Mi madre.

—¿Su madre? Creí que estaba muerta.

—Ya me gustaría —expresó irónicamente.

—¿De qué quería hablarme?

—Siéntate, lo que tengo que decir es algo de lo más impactante.

—De acuerdo —comentó Sara sentándose en frente de su escritorio.

—El abogado de mi padre estuvo aquí.

—Eso me dijo Connor, pero no me dio detalles. ¿Le trajo buenas noticias?

—Más o menos.

—¿Sucede algo malo?

—Eso depende.

—¿De qué?

—De tu siguiente respuesta.

Sara sentía mucha curiosidad, su jefe se veía muy serio y nervioso. Como si lo que tuviera que decirle fuese algo muy grave y preocupante.

—¿Y cuál sería la pregunta?

—¿Te casarías conmigo?



Capítulo 13

«¿Te casas conmigo?»

Sara no sabía si se encontraba en un extraño sueño en el que su jefe le declaraba su amor o si el hombre realmente le acababa de proponer matrimonio. Duncan observó la expresión de su asistente, ella parecía pasmada ante la idea de casarse con él.

—¿Qué? —expresó finalmente.

—¿Te casarías conmigo? —repitió.

—No entiendo —comentó muy confundida y agregó— ¿Por qué quiere casarse conmigo?

—A ver, te explicaré…

—De acuerdo —Duncan respiró hondo antes de decir.

—Mi padre… Mi padre te ha designado en su testamento como la futura señora Lennox. —respondió tratando de suavizar el asunto.

—¿Qué? ¿Por qué haría algo así? —preguntó incrédula.

—Eso es precisamente lo que quisiera saber. ¿Ustedes se conocían?

—¡No! —afirmó vehemente, pero luego lo pensó mejor y agregó— Bueno, lo vi una vez, en la universidad.

—¿Qué hacía mi padre en la universidad?

—No lo sé. Nos encontramos casualmente, le compré un café, hablamos por unos minutos y luego se fue.

—¿De qué hablaron?

—De nada, en especial —al ver su expresión insatisfecha, ella agregó—. De la vida, de mi benefactor.

—Entiendo… —expresó Duncan, reflexivo, pues, ahora comprendía mejor el razonamiento de su padre.

—¿Por qué su padre me habría designado como su futura esposa?

—No lo sé, pero así está dispuesto en su testamento —Sara se rio debido al nerviosismo. Luego contestó.

—No debe casarse conmigo, solo porque era la voluntad de su padre —afirmó vehemente.

—Ojalá fuera tan simple.

—¿Qué quiere decir?

—Si no me caso contigo, perderé mi herencia.

—¿Qué? ¿Cómo que perderá su herencia? —inquirió extrañada.

—Mi padre ha impuesto una cláusula condicional en su testamento. Si no me caso contigo en menos de un mes, debo decirle adiós a mi herencia.

—¡No puedo creerlo! —expresó incrédula.

—Toma, léelo tú misma. El abogado me ha dejado una copia del testamento —le comunicó Duncan otorgándole el papel. Sara lo tomó y empezó a leer. Unos minutos después, contestó.

—¡Debió estar loco!

—En eso estoy de acuerdo, pero no hay nada que pueda hacer al respecto.

—¡Debe haber alguna forma de impugnarlo! —afirmó.

—Eso fue lo primero que pensé, pero tras revisarlo con mucho cuidado, me di cuenta de que mi padre cubrió todos los huecos. El documento es válido. Lo que significa que, si no me caso contigo, perderé toda mi fortuna.

—¡Dios mío! —expresó Sara muy nerviosa. Ella empezó a masajear su cuello tratando de controlar su estrés. Luego agregó— ¿Qué vamos a hacer?

—Lo he pensado mucho y la única solución viable, al menos para mí, es casarnos.

—¡Esto no está bien! —respondió exasperada, soltando la copia del documento en el escritorio.

—Sara… —expresó Duncan tratando de tranquilizarla—. Sé que todo esto es una locura, pero trata de entender. Si no te casas conmigo, perderé toda mi herencia. —Ella lo observó con nerviosismo. Juntó las manos intentando mantener la calma, luego contestó.

—Lo siento, señor Lennox, pero en verdad no puedo hacerlo. No puedo casarme con un completo extraño —afirmó exaltada.

Al escuchar su respuesta, Duncan percibió que no le quedaba otra opción más que usar el As que tenía bajo la manga.

—Yo no soy un extraño Sara. Te conozco desde hace muchos años, sé todo sobre ti.

—¿Qué? Eso no es posible, nos conocimos hace poco tiempo. En la entrevista de trabajo —afirmó extrañada.

—Eso no es del todo cierto. Yo te conocí en una subasta cuando tenías 18 años.

«¿Subasta? ¿Dieciocho años? ¡Dios mío!», reflexionó Sara, pues, comprendió a qué momento de su vida se refería. Entonces una idea absurda broto en su mente. *«¡No!, ¡no puede ser!»*, pensó, intentando negar lo obvio.

—¿Tú eres mi benefactor? —preguntó finalmente con una voz temblorosa.

—Sí —afirmó Duncan sin más remedio.

—¡No! —respondió dando un traspié— Mi benefactor era tu padre. Connor me lo dijo —afirmó.

—Él te mintió para cubrirme. Fui yo quien te rescató de esa subasta.

Sara permaneció en silencio tratando de procesar la novedad y todo lo que implicaba. Cuando pudo aceptar la realidad, expresó.

—Entonces, ese día en la entrevista. ¿Sabías perfectamente quién era?

—Sí.

—¿Y fingiste no conocerme? —preguntó indignada.

—No tenía opción. Tú no me conocías. No quería asustarte.

—Este trabajo, ser tu asistente. ¿Era parte de tu plan para convencerme de aceptar este matrimonio?

—¡No! Todo esto fue obra de mi padre. Yo no tenía idea de que aparecerías por esa puerta. Tampoco de esta maldita cláusula —aseveró vehemente.

—¿Por qué debería creerte? —expresó desconfiada.

—Sé que no tienes razones para creerme. Sin embargo, puedes corroborar cada palabra con Connor. Él te confirmará la verdad.

—Él es otro mentiroso.

—No lo culpes, Connor solo seguía mis órdenes.

—Ya veo. Ambos me engañaron —afirmó irritada.

—Sara, nunca fue mi intención herirte. Solo quería lo mejor para ti.

Sus palabras la conmovieron, pues, recordó ese momento en el que se encontraba arrodillada, totalmente a merced de extraños, rogando por ser liberada. Su rescate no fue un evento milagroso. No fue una obra del destino, sino la misericordia de un hombre, su misterioso benefactor, Duncan Lennox.

—Está bien, hablaré con él.

—¡Hazlo! Cuando aclares todas tus dudas, vuelve para darme una respuesta. Prometo que aceptaré tu decisión —respondió con seriedad.

—De acuerdo —afirmó más tranquila y se dio la vuelta para salir.

Tras cerrar la puerta, Sara tomó su celular y llamó a Connor. El hombre no le contestó la llamada, por lo que, expresó muy molesta.

—¡Maldición! ¿Dónde diablos te has metido?

Connor seguía hablando muy entretenido con una oficinista, cuando Sara lo abordó en el lobby de la empresa.

—Connor, tenemos que hablar —enunció muy seria. Al ver su expresión, el chofer supo inmediatamente de qué se trataba.

—Está bien, vayamos a la cafetería —sugirió indicándole el camino.

Sara lo siguió en silencio. Cuando se sentaron en una de las mesas, preguntó sin preámbulos.

—¿Es cierto que Duncan es mi benefactor?

—Así es.

—¡Me has mentido! —expresó indignada.

—No quise mentirte, pero el jefe creyó que lo mejor sería mantenerlo en secreto. Duncan jamás tuvo intención de interferir en tu vida, fue cosa de su padre.

—¿En serio? —expresó riéndose irónicamente— Entonces ¿Por qué diablos debo casarme con él?

—Sara, debes entender que él no tiene otra opción —afirmó.

—¿Estás de su parte? —preguntó decepcionada.

—¿Acaso no te explicó el plan?

—No le di la oportunidad —confesó sinceramente.

—Debes escucharlo Sara —rogó suavemente.

—¡No me casaré con él solo porque me pagó los estudios, Connor! —afirmó susceptible.

—Sé que es demasiado, pero te necesita. Si no te casas con él, lo perderá todo.

—Lo sé —afirmó con tristeza. Sara cubrió su rostro para ocultar las lágrimas que empezaban a caer involuntariamente— No sé qué hacer Connor. Quiero ayudarlo, pero no puedo casarme con él.

—¿Por qué no?

—Tú conoces mis razones —expresó con severidad.

—Sara, debes dejar el pasado atrás. No puedes seguir viviendo a medias, debido a lo que te hizo tu madre. Debes empezar a confiar en las personas.

—No lo conozco, Connor. Para mí es un extraño.

—Lo entiendo, pero confía en mí. Duncan es un buen hombre, y necesita de tu ayuda. No pienses en él como tu jefe, sino tu benefactor. Él se ocupó de ti todo este tiempo y no te ha pedido nada, a cambio, confía en sus acciones, Sara.

—Es verdad que no me ha pedido nada, al menos, hasta ahora —comentó reflexiva.

—Exacto. Además, me ha dicho que será solo por un año y no será una relación real.

Todo será fingido, lo único que debes hacer es firmar un papel y listo.

Sara reflexionó sobre sus palabras. Connor tenía razón, le debía mucho a Duncan, ayudarlo en su momento de necesidad, era lo mínimo que podía hacer para compensar su buena acción y compasión hacia ella. El hombre no le había hecho ningún daño jamás, no había razones para desconfiar de él.

—De acuerdo, lo escucharé.



Capítulo 14

«Acepto»

Sara volvió a la oficina de su jefe. Duncan aguardaba ansioso su respuesta. Sin embargo, cuando ella ingresó por la puerta, no demostró su nerviosismo. Permaneció sentado en su escritorio, fingiendo que seguía leyendo unos informes. Ella se acercó y juntando las manos expresó.

—Connor dijo que tienes un plan. Deseo escucharlo antes de decidir.

—Está bien, siéntate.

—Estoy bien de pie.

—De acuerdo. Como leíste en el testamento, no hay ninguna cláusula que impida el divorcio. Sin embargo, hay un periodo obligatorio con respecto a la durabilidad del matrimonio. Es de un año. Mi plan es casarnos en el papel, y al cabo de un año, divorciarnos.

—¿Y todo volverá a ser como antes?

—Ese es el plan. Para facilitar las cosas tendrás que firmar un acuerdo prenupcial. Espero no te moleste.

—Estoy plenamente de acuerdo, no me interesa para nada tu dinero —respondió con una cara de pocos amigos.

—Lo suponía, pero hay algo que debes saber. Mi padre ha dejado una dote para ti. Es de 10 millones de dólares. Lo recibirás una vez que nos casemos.

—¿Qué? —expresó sorprendida.

—Imagino que lo hizo a modo de incentivo.

—¡Tampoco quiero su dinero! —afirmó vehemente.

—Lo siento, pero esto no es opcional, está en una cláusula del testamento. Considéralo como un regalo de bodas.

—¿Hay algo más que deba saber? —inquirió molesta.

—Durante el periodo del matrimonio, debemos vivir bajo el mismo techo. Por supuesto, esto no significa que deba suceder algo entre nosotros. Quiero que tengas muy claro que este matrimonio será de conveniencia y totalmente ficticio. No tengo ningún interés en iniciar una relación amorosa contigo, incluso si es temporal.

—Ya veo…—expresó reflexiva.

—Entonces, ¿cuál es tu respuesta?

—Lo haré. Sin embargo, debemos acordar algunas reglas de convivencia.

—Me parece bien.

—Considero oportuno elaborar un acuerdo en el que se establezcan las normativas de convivencia.

—Está bien. Me agrada la idea de dejar las cosas en claro.

—Lo tendré listo para mañana —comunicó Sara con la intención de retirarse.

—Espera.

—¿Sí?

—Agrega una cláusula de confidencialidad. No podemos permitir que nadie se entere de este asunto.

—Como usted diga, jefe.

Sara salió de la oficina algo aturdida. Descubrir que Duncan era el hombre que la había salvado de un destino tan atroz, cambió totalmente la opinión que tenía acerca del hombre. Al principio, creyó que era un truco, para convencerla de casarse con él. Por lo que, no quiso ver la verdad. Sin embargo, tras la confirmación de Connor, supo que no podía seguir negando lo obvio.

«¡Dios mío! Duncan era su benefactor. ¿Cómo diablos lo miraría a los ojos ahora?» Él conocía su secreto más oscuro. Este simple hecho la hacía sentir avergonzada, incluso, a sabiendas de que no tenía ninguna razón para ello, pues, ella fue una inocente víctima en este asunto. Sin embargo, no deseaba que nadie supiera la verdad acerca de su madre y mucho menos sobre su pasado.

Además, la sola idea de casarse le daba pánico. Nunca pudo tener una relación amorosa debido a su trauma. Después de la traición de su madre, dejó de confiar en las personas y el matrimonio pasó a ser un sueño muy lejano. Sin embargo, 10 millones de dólares era mucho dinero. Quizás podría usarlo para ayudar al internado. Ella siempre había querido ofrecerle mejores recursos a esos niños. Esta sería una gran oportunidad para hacerlo.

Al llegar a casa preparó un sándwich y se sentó en su escritorio para encender la notebook. Empezó a redactar el acuerdo. Y a pesar de que Duncan le dejó claro que no tenía ninguna intención de seducirla. Le pareció importante ponerlo por escrito. Cuando terminó de agregar todas sus exigencias. Apagó el aparato electrónico y fue a tomarse una ducha antes de dormir.

Al otro lado de la ciudad, en un lujoso *penthouse* situado en el centro de la metrópoli, un Duncan preocupado seguía muy despierto. Aún le costaba aceptar la realidad. En unos días estaría casado con Sara. Se sirvió un vaso de coñac antes de acercarse a la ventana para mirar la ciudad.

—¿En qué diablos estabas pensando? —expresó reflexionando acerca de la última voluntad de su padre. Pues, no comprendía por qué había decido obligarlo a casarse, y justamente con Sara. Una inocente mujer que, según Connor, deseaba amor.

Algo de lo que él honestamente carecía. No quería herirla, Sara era una buena persona, que merecía un hombre que pudiera amarla. Por lo que mantendría las cosas simples. Vivirían juntos, pero separados.

Bebió el último trago de su coñac y se recostó en la cama. Debía dormir, mañana le esperaba una jornada muy larga.

Al día siguiente, ambos llegaron a la oficina puntualmente. Sara ingresó con un café fresco y media docena de donuts. Duncan la observó muy extrañado.

—¿Qué? —preguntó ella al ver su expresión.

—Nada. Creí que estarías molesta conmigo.

—Bueno, después de analizarlo con cuidado, me di cuenta de que esta peculiar situación no es culpa tuya. Además, debería estar agradecida contigo, no lo contrario.

—Sara, no me debes nada —le aclaró.

—Lo sé, pero considerando nuestro pasado y todo lo que has hecho por mí. No veo razón para enemistarnos debido a la extraña voluntad de tu padre.

—Entiendo.

—Este es el acuerdo —expresó entregándole una carpeta. Duncan la tomó y empezó a

leer.

—¡Vaya!, ¡qué minucioso! Debiste ser abogada.

—Redactar acuerdos es parte de mi trabajo —aclaró.

—Estoy de acuerdo en mantener una relación profesional. Sin embargo, hay un pequeño detalle.

—¿Cuál?

—Ante el público, debemos actuar como una pareja de casados.

—¿Es realmente necesario?

—Sí. Una vez que registre el matrimonio. La prensa se enterará y entonces empezarán a especular acerca de nosotros. Lo mejor será ofrecerles la información que desean. Así solo sabrán las cosas que deseas desvelar.

—Entiendo.

—Eso podría implicar cierto contacto físico —aclaró.

—¿Cómo de qué tipo?

—Bueno, tal vez tendrías que darme la mano, un abrazo, un beso. —Al ver su rostro sonrojado, agregó—. Solo a modo de consolidar nuestra relación. Si se enteran de que es falsa, podrían descubrir la verdad acerca del testamento de mi padre. No puedo permitir que ese tipo de escándalo salga a la luz.

—Entiendo…

—¿Estás de acuerdo?

—Está bien. —*«Todo sea por un bien mayor»*, pensó recordando los 10 millones de dólares— Haré los ajustes necesarios.

—De acuerdo. Mientras tanto llamaré al abogado para que haga los arreglos. Nos casamos en dos días.



Capítulo 15

«Las deudas deben ser pagadas»

Tras corregir el documento, Duncan firmó el acuerdo que Sara había elaborado. Aún le sorprendía la astucia de su asistente. Además de establecer reglas muy explícitas acerca del contacto físico. Ella había impuesto políticas para controlar su vida libertina. Al parecer, no le agradaba mucho la idea de que Duncan trajera mujeres a la casa.

No la culpaba, tampoco le gustaba mucho la idea de involucrarse casualmente con las mujeres. Sin embargo, era el único tipo de relación que le interesaba tener.

En la mañana siguiente, apareció en la oficina una misteriosa dama. Al ver a Sara, la mujer sonrió alegremente y acercándose rápidamente a ella la abrazó, tomándola totalmente desprevenida.

—Me alegra mucho al fin poder conocerte, he escuchado mucho acerca de ti —expresó la joven.

—¿Usted me conoce?

—Por supuesto, eres la prometida de Duncan.

—Ruby, ¿qué haces aquí? —intervino el mismísimo.

—¿Creíste que me perdería tu boda? —preguntó la mujer aproximándose de Duncan para abrazarlo.

—No pensé que llegarías a tiempo.

—Bueno, digamos que le pedí un favor a Patrick.

—Entiendo. Me alegra que estés aquí. Veo que ya conociste a Sara.

—Sí. Nunca mencionaste que era tan bonita —comentó alegremente.

—No lo preguntaste.

—No importa. Ven Sara, debemos ponernos al día —mencionó Ruby antes de tomarla del brazo y arrastrarla hasta el ascensor.

Duncan solo movió la cabeza en señal de incredulidad. Pues, su prima no había cambiado absolutamente nada en los últimos años.

Cuando llegaron a la cafetería, Ruby empezó con su interrogatorio. Sara se sentía muy inquieta, ella no quería dar muchos detalles acerca de su relación. Pues, si revelaba por accidente la verdad, se metería en problemas con Duncan.

—Dime, ¿cómo se conocieron?

—Bueno, fue hace mucho tiempo. Duncan me ayudó a pagar la universidad. Luego me postulé para un trabajo y me pusieron como su asistente.

—Suena como la historia de una novela.

—Sí, es verdad —admitió a duras penas.

—Duncan me dijo que no harían una ceremonia a lo loco, pero ¿qué hay del vestido? ¿Es elegante o tradicional?

—En realidad aún no lo he comprado, pero quería usar algo discreto.

—Ya veo. No hay problema. Lo podemos solucionar ahora mismo.

—¿Qué?

—Ve por tu bolso. Nos iremos de compras.

—¿Ahora? —expresó sorprendida.

—Sí.

—Pero sigo en el trabajo.

—No te preocupes. Estoy segura de que, a mi primo, no le importará.

Una hora más tarde, Sara se encontraba en una tienda de novias. Ruby estaba muy emocionada con la idea de comprarle un vestido.

—¿Qué te parece este? —preguntó tomando un vestido largo de satín.

—No lo sé, no me gusta el escote —afirmó Sara.

—De acuerdo, encontraremos algo más discreto.

—Disculpa que sea tan directa, pero, si eres prima de Duncan, ¿por qué no estuviste en el entierro de su padre?

—Digamos que soy parte del lado oscuro de la familia. —Sara parecía confundida, así que Ruby le aclaró— Soy la sobrina de Cora, la madre de Duncan, por eso no pude venir. Quise respetar hasta el último instante la voluntad del viejo Lennox que nunca ha querido tener nada que ver con nosotros.

—Entiendo… Tú y Duncan parecen cercanos —afirmó.

—Lo somos. Últimamente, no he podido venir debido a mis estudios, pero siempre lo llamo para saber cómo va su vida. Fue así como me enteré de la boda.

—Me alegra escuchar eso.

—Ahora que vamos a ser familia, deberías darme tu número de teléfono.

—Por supuesto.

—Supe que la tía volvió —expresó Ruby cambiando de tema.

—Sí, apareció de la nada.

—¿Qué quería?

—No lo sé. Duncan no me dijo nada.

—Imagino que no está invitada para la ceremonia.

—Lo dudo. A Duncan no le alegró mucho verla.

—Por supuesto. No tiene razones para alegrarse. Lo que le hizo su madre no tiene perdón.

—Duncan nunca me ha dado detalles acerca de ella —respondió Sara intentando sondear a la prima de su jefe.

—Bueno, no hay mucho que decir. Ella lo abandonó cuando era un niño.

—¡Eso suena terrible! —afirmó indignada.

—Ni siquiera es lo peor.

—¿A qué te refieres?

—La razón por la que lo abandonó fue porque quería huir con su amante. Al parecer, un niño no encajaba en su ecuación amorosa.

—No lo sabía.

—El divorcio “técnicamente” fue consensual. El viejo Lennox no deseaba un escándalo, así que negociaron una cuantía muy jugosa a modo de compensación.

—Entiendo…

—No me sorprende que Duncan esté tan escéptico acerca de su visita. Sin duda, mi tía quiere algo de él.

—¿Te refieres a dinero?

—Es lo más probable, pero dejemos de hablar de cosas tristes. Debes escoger un vestido. Luego veremos el zapato.

Sara forzó una sonrisa para no decepcionar a la joven. Sin embargo, por dentro sentía mucha pena, pues, finalmente había comprendido la razón de la profunda tristeza que percibía en los ojos de su jefe.

Esa tarde, cuando volvió a la oficina, estuvo segura más que nunca de que debía ayudarlo. No podía permitir que ese hombre perdiera lo poco que le quedaba de su difunto padre.

—¿Todo bien? —preguntó Duncan al verla tan distraída.

—Sí, le he traído unos papeles.

—¿Qué te dijo Ruby?

—Nada, solo hablamos de cosas de chicas y fuimos de compras.

—Ya veo. Connor pasará a buscarte a las 8. Debes estar lista para ir al juzgado.

—Está bien.

—Sara, esta es tu última oportunidad. ¿Estás segura de que quieres hacer esto? —Ella sonrió por primera vez después de mucho tiempo. Luego respondió.

—Sí, hay que hacerlo.

En la mañana, mientras se miraba al espejo, Sara respiró hondo. Ruby había elegido un vestido discreto, pero muy hermoso. La tela era de encaje con un escote V bastante decente. Las mangas eran cortas con detalles en perlas. *«Sin duda, la madre superiora lo habría aprobado»*, pensó admirando su reflejo por última vez antes de apresurarse a bajar por las escaleras.

Connor descendió del vehículo para saludarla. Cuando ella se acercó, le dijo:

—Te ves muy hermosa, Sara.

—Gracias… —contestó tímidamente.

El hombre le abrió la puerta para que se sentara en el asiento de atrás. Al ingresar en el automóvil vio a Ruby. Ella tenía un ramo de flores en la mano.

—¡Estás preciosa! —afirmó con una bella sonrisa.

—Gracias.

—Me emociona mucho la idea de tener una prima. En la familia, todos son hombres. Desde hoy seremos las mejores amigas —prometió.

—También me alegrará tener una prima —comentó Sara aceptando su nueva realidad. Pues, recordó que ya no sería una huérfana. Al menos por un año.

—Ten, esto es para ti. Lo he recogido esta mañana.

—Muchas gracias, ni siquiera lo había pensado.

—Me lo imaginé —respondió la joven y agregó—No te preocupes. Ya me encargué de todo.

Sara la observó muy confundida sin comprender a qué se refería. Sin embargo, tuvo la impresión de que pronto lo iba a descubrir.

Llegaron al predio del registro civil. Ruby descendió primero para ayudar a su nueva prima a subir las escaleras mientras Connor estacionaba el vehículo.

Ingresaron por la entrada principal. Duncan ya aguardaba en la recepción. Al ver a Sara, quedó sin palabras.

—Primo, ¿acaso no es la novia más hermosa que hayas visto?

—Sin duda lo es —contestó a duras penas.

—¿Estás listo? —preguntó Ruby.

—Sí.

—Entonces vamos —agregó Sara que ya se había puesto muy ansiosa.

Duncan quedó muy sorprendido cuando pasaron a la sala en la que se llevaría a cabo la ceremonia. Aparentemente, su prima no había tomado en serio su solicitud de mantener las cosas simples. El recinto estaba lleno de flores y velas.

—Ruby…—expresó llamando su atención.

—Lo siento, Duncan, es que no pude contenerme. Eres mi primo favorito, y deseaba que este día fuese muy especial para ti.

—¿En qué momento hallaste tiempo para hacer todo esto?

—¿Quién necesita de tiempo cuando se tiene mucho dinero? —comentó, indicándole que había costado mucho.

—Ya veo… ——respondió Duncan—. Muchas gracias.

—En verdad, es hermoso —agregó Sara agradecida.

—Me alegra mucho que les haya, gustado. Ahora, apresurémonos, el juez ya está esperando —comentó señalando al hombre.

La ceremonia no duró mucho tiempo. Sara trató de lucir alegre, pero su corazón estaba muy afligido. El matrimonio siempre había sido un sueño muy lejano para ella. Sin embargo, ahora estaba casada, y aunque todo fuese falso, no podía evitar sentirse emocionada.

Duncan se veía muy serio. Como si estuviese sufriendo un dolor terrible. Ruby, por otro lado, no paraba de sonreír.

—¡Felicidades, les deseo un futuro lleno de amor! —expresó abrazando a ambos. Connor, que se encontraba presente, hizo lo mismo, a duras penas, pues, él conocía la verdad.

—¡Felicitaciones! —expresó.

—¡Gracias! —contestó Sara y apretó el brazo de su esposo para hacerlo reaccionar.

—Gracias —respondió Duncan unos segundos después.

—Bien, ahora que están casados, debemos celebrar —comentó Ruby muy animada.

—¿Qué? —expresó Duncan como despertándose de una ensoñación.

—Sé que no querías una fiesta, pero hice reservas en un restaurante para, al menos, tener un desayuno de celebración —explicó Ruby.

—No debiste, molestarte —mencionó Sara.

—No es molestia, prima —contestó Ruby, tomándola del brazo.

Todos fueron a disfrutar de un delicioso desayuno. Más tarde, Duncan fue a la empresa como si nada hubiera sucedido. Sara, por otro lado, volvió a casa para empacar sus cosas. Esta misma noche se mudaría a vivir con su esposo.

Connor se veía preocupado con toda la situación. No le había alegrado mucho la idea del matrimonio falso. Sin embargo, sabía que su jefe no tenía otra opción.

—Subiré a empacar el resto de las cosas —le indicó Sara.

—Está bien, vendré al final de la tarde —contestó Connor antes de subir al vehículo y marcharse. Sara al darse cuenta de que, a partir de hoy, tendría que vivir con un hombre, elevó una plegaria.

—¡Dios dame fuerzas!



Capítulo 16
«Bajo el mismo techo»

Duncan se encontraba muy inquieto. No lograba borrar de su mente la impresionante imagen de Sara en ese vestido blanco. Se sentía terriblemente culpable. La pobre merecía más, alguien mejor. No obstante, de todas formas, la había obligado a casarse con él.

Pasó el resto del día encerrado en la oficina. Buscaba cualquier cosa para hacer, a modo de olvidarse de que una bella mujer la esperaba en casa. Incluso deseó tener una reunión de negocios para esta noche. Así podría evitar verla en cuanto llegara en el *penthouse.*

—¿Estás bien? —preguntó Connor que había ingresado a su oficina.

—Sí, ¿por qué?

—Es que llevo más de cinco minutos aquí, y ni siquiera me habías notado.

—Lo siento. Ando muy distraído últimamente. Tengo mucho en qué pensar.

—Imagino que sí.

—¿Todo salió bien? ¿Sara ya está en el *penthouse*?

—Sí. Acabo de llevarla.

—De acuerdo. ¿Le diste una copia de la llave?

—Sí. Dime una cosa. ¿Por qué no quisiste mudarte a la mansión de tu padre?

—No me trae buenos recuerdos.

—Entiendo. ¿Estás listo para irte?

—Puedes retirarte, aún tengo algunas cosas que hacer, iré por mi cuenta.

—Está bien, como quieras, pero no te tardes. Que no se te olvide que ahora tienes una mujer —comentó Connor antes de marcharse. Cuando cerró la puerta, Duncan se expresó frustrado.

—Ya quisiera olvidarla.

Sara terminaba de desempacar cuando escuchó que alguien acababa de ingresar por la puerta. Fue rápidamente a la sala con la esperanza de que fuera Duncan. Llevaba horas esperándolo. Quería conversar con él antes de ir a dormir. En la noche anterior, había reflexionado seriamente sobre la situación de su esposo. Connor tenía razón, ella le debía mucho y era el momento de agradecerle.

—Ya estás aquí —comentó ansiosa.

—Sigues despierta.

—Sí, pensé que querrías hablar.

—Lo siento. No creí que estarías esperándome.

—Está bien —respondió incómoda, pues, era obvio que él la estaba evitando—. Me imaginé que no llegarías para la cena, pero te he preparado algo de comer.

—¿Cocinaste?

—Sí, algo sencillo. No estoy al tanto de tus gustos, pero he hecho un guisado y una ensalada.

—Suena delicioso.

—Si quieres te preparo la mesa.

—No es necesario, comeré en la cocina, gracias.

—Duncan…

—¿Sí?

—¿Podemos hablar?

—Por supuesto, siéntate.

—Calentaré la cena y lo hacemos mientras comes.

—De acuerdo —contestó con una media sonrisa.

Veinte minutos más tarde, un Duncan hambriento devoraba el guisado.

—No sabía que eras tan buena cocinera —comentó mientras se tragaba otro bocado.

—En el internado, las monjas me enseñaron muchas cosas.

—Ya veo. ¿De qué querías hablarme?

—Yo, nunca tuve la oportunidad de agradecerte por lo que hiciste, ese día… —Sara no fue capaz de terminar la frase.

—Entiendo…

—Quiero que sepas que, ese día, salvaste mi vida. Solo Dios sabe dónde estaría en este momento si no fuera por ti.

—Yo solo hice lo que me pareció correcto.

—Lo sé, pero igualmente quiero agradecerte. Cuidaste de mí todo este tiempo y nunca me pediste nada a cambio.

—Bueno, eso no es del todo cierto. Después de todo, Te pedí que te casaras conmigo —afirmó Duncan.

—Es verdad, pero no tenías otra opción.

—Eso es cierto —*«Sin embargo, hubiera preferido no hacerlo»*, pensó recordando que ahora tendrían que vivir bajo el mismo techo.

—De todas formas, es algo temporal —le recordó.

—Sí, terminará incluso antes de que nos demos cuenta —*«Eso espero»*, pensó Sara. En cambio, contestó.

—De eso quería hablarte. Como no estabas en casa, no sabía en qué habitación instalarme, elegí la habitación contigua. Espero que no sea un problema.

—Hiciste bien. Las otras son para visitas, son muy pequeñas.

—Bien, dejaré que termines la cena, tomaré una ducha.

—De acuerdo —contestó tragando forzosamente—. Mañana Patrick vendrá en la oficina para que firmes unos papeles relacionados con el testamento.

—Entiendo —contestó antes de marcharse. Sin embargo, Duncan volvió a llamarla.

—Sara…

—¿Sí?

—Gracias…

—¿Por qué? —preguntó curiosa.

—Por haberte casado conmigo.

Cuando Sara se marchó, Duncan terminó de comer a toda prisa el delicioso guisado que su adorable esposa había preparado. Aún le costaba creer que se había casado con ella. El destino era sin duda muy irónico, pues, desde la primera vez que la vio, inconscientemente la había deseado, pero su honor y sentido de justicia, nunca le permitió siquiera pensar en ella de manera lujuriosa. Incluso a sabiendas de que, ella le debía todo. Respiró hondo, antes de ir a su

habitación, muy frustrado. Pues, tenía la certeza de que no sería capaz de pegar un ojo.

En la mañana, cuando Duncan se desperezó a duras penas, después de haber pasado casi toda la noche dando vueltas, por un instante creyó que empezaba a alucinar por el cansancio. Una voz melodiosa se oía a lo lejos. Pronto recordó que Sara se encontraba en la casa, y de que ahora, estaba casado. Se vistió rápidamente antes de salir de su habitación para ir a la cocina.

Sara preparaba unos huevos fritos cuando escuchó la voz de su esposo.

—Huele muy bien, ¿qué estás cocinando?

—¡Duncan, ya estás despierto! —expresó sorprendida.

—Tu canto me ha despertado —contestó alegremente.

—Perdón, olvidé que no estaba sola.

—No tienes que disculparte. No sabía que cantabas.

—En el internado, teníamos un coro.

—Entiendo. Aprendiste muchas cosas allí.

—Teníamos mucho tiempo libre, por las tardes.

—¿Viviste muchos años allí? —preguntó para hacer conversación, pues ya conocía toda la historia.

—Sí. Mi abuela me dejó al cuidado de las monjas, cuando mi madre se marchó —comentó Sara mientras le servía una taza de café fresco— ¿Café?

—Sí, gracias —contestó Duncan. Conmovido, agregó— Debió ser muy difícil para ti.

—Al principio sí, pero luego me acostumbré a vivir en el internado. Aunque no teníamos mucho, éramos felices. Además, gracias a las otras niñas, no me sentí sola.

—Entiendo. Aún me cuesta creer que tu madre fue capaz de venderte, es una mujer sin corazón —su comentario llamó la atención de Sara. Al ver su expresión abatida, supo inmediatamente que ese recuerdo aún era muy doloroso para ella—. Lo siento, no quise… —expresó intentando disculparse.

—No has dicho nada que no fuese verdad. Además, para mí ella está muerta. Desde hace mucho me he considerado como una persona huérfana.

—Sara, sé que nuestra relación es bastante peculiar, pero si alguna vez necesitas algo, solo debes decírmelo.

—Gracias, Duncan, pero ya has hecho suficiente por mí.

«Nunca será suficiente», pensó él. En cambio, dijo:

—A estas alturas ya no llevo la cuenta —comentó juguetón. Sara le echó una mirada asesina, pero luego sonrió y expresó reflexiva.

—Supongo que no fue fácil ocuparte de una adolescente.

—Admito que, a principio, no fue fácil. Mi padre prácticamente me obligó a cuidar de ti —confesó.

—¿De verdad? —espetó muy sorprendida.

—Sí. Fue el precio que tuve que pagar por salvarte.

—No tenía idea…—respondió admirada.

—Yo nunca quise interferir en tu vida. Por eso no entiendo, por qué mi padre te eligió para ser mi esposa.

—Ni siquiera lo conocía bien. Tampoco sé por qué me eligió.

—Es un gran misterio —comentó reflexivo.

—Duncan…

—¿Sí?

—Si nos hubiéramos conocido en otras circunstancias, ¿crees que habríamos sido

amigos?

—Por supuesto que sí. A pesar de todo lo que ha sucedido, nos convertimos en amigos, ¿no?

—¿Me consideras una amiga? —preguntó incrédula.

—Sara, organizaste el funeral de mi padre. Desde luego que somos amigos —le aseguró. Sara sonrió antes de contestar mirándolo a los ojos.

—Me alegra escuchar eso —segundos después se sintió incómoda por la intimidad del momento, así que agregó— Bien, ahora que todo está resuelto, démonos prisa para desayunar. No podemos llegar tarde en la oficina.



Capítulo 17

«Si tú no la quieres, ¡dámela!»

Llegaron a la oficina en el horario habitual. No deseaban que nadie se enterara de la noticia antes del tiempo. Por lo que Sara le pidió a Duncan que la bajase en una esquina, antes de llegar al predio de la empresa. Connor ya la esperaba en la recepción. Ni bien entró, se acercó a ella para hacerle preguntas.

—¿Cómo estás?

—Bien, ¿por qué?

—Nada —contestó rápidamente incómodo.

—¿El jefe ya subió?

—Sí. Creí que vendrías con él.

—Y lo hice, pero no quise llegar a la empresa en el automóvil del jefe. La gente podría sospechar.

—Entiendo. ¿Cuándo se dará la noticia a la prensa?

—Supongo que una vez que se resuelva lo del testamento, todo el mundo se enterará —expresó Sara poco animada.

—No te preocupes, Duncan prometió que se ocuparía de ello, personalmente, él te protegerá.

—Eso espero. Lo último que deseo es aparecer en la portada de una revista de chismes.

—Eso será inevitable.

—¡Gracias por darme ánimos! —expresó indignada.

—Lo siento, pero prefiero que tengas las cosas bien claras. Esto no será fácil.

—Lo sé. Bien, ya debo subir. No puedo retrasarme, después de todo, aún sigo siendo su asistente —afirmó irónicamente antes de dirigirse al ascensor.

—De acuerdo. Buena suerte.

Sara fue hasta su escritorio para trabajar como si fuese cualquier otro día. Cerca de las 10 de la mañana llegó Patrick, el abogado de su esposo.

—Buenos días, señora Lennox —al escuchar sus palabras Sara saltó de la silla.

—Señor Marrone, por favor, no me llame así en la oficina. Aún no hemos revelado la verdad ante nadie.

—Entiendo, lo siento. Está Duncan en su oficina.

—Sí, ya lo está esperando.

—Bien. Necesito que firme unos papeles.

—De acuerdo. Sígame.

Sara abrió la puerta e ingresó con el abogado. Duncan, que leía unos informes, se levantó rápidamente de la silla para saludar.

—Patrick, ya estás aquí.

—Sí. Creí que cuanto antes lo resolviésemos era mejor.

—Por supuesto, siéntate. Sara tú también.

—Bien, he traído los documentos que necesitas firmar para iniciar con la transferencia de las acciones de la empresa y el fideicomiso. ¿Tienes el certificado de matrimonio? —preguntó el abogado.

—Sí, aquí lo tengo —contestó Duncan y le entregó el documento. Patrick lo verificó, luego dijo.

—Al parecer todo está bien. Ahora solo debo proceder con la transferencia de las acciones y el resto de la herencia. En cuanto a la señora Lennox, necesito que firme estos papeles para recibir su dote.

—¿Dote?

—Sí, el dinero que le dejó el señor Lennox, los 10 millones.

—Ah, por supuesto —contestó Sara tomando los documentos para firmarlos.

—Es probable que, para mañana, ya disponga de los fondos —le explicó.

—¿Qué más debemos hacer? —inquirió Duncan.

—Nada. Haré todos los trámites. En una semana tendrá acceso a toda su herencia.

—De acuerdo. ¡Muchas gracias, Patrick! Estaré al pendiente.

—De nada. Ha sido un placer.

Cuando el abogado se marchó de la oficina, Sara volvió a su puesto de trabajo pretendiendo que la vida continuase como si nada hubiese cambiado. Pronto todos se enterarían de la verdad. Esperaba que no fuese de inmediato. Duncan le había prometido que retrasaría todo lo posible la divulgación de la noticia, a fin de que ella tuviese algo de tiempo para acostumbrarse a la idea de que, ahora, era la señora Lennox.

El día transcurrió rápidamente, y mientras se encargaba de actualizar la agenda electrónica de su jefe, llegó un misterioso visitante. Un hombre que era extremadamente atractivo se acercó a ella, deslizándose naturalmente como si fuese un elegante felino. De frente a su escritorio le sonrió pícaramente sin decir una sola palabra. Al sentirse incómoda, preguntó inmediatamente.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenas tardes. ¿Está Duncan? Vine a visitarlo.

—¿Tiene una cita, señor…? —inquirió intentando obtener información acerca del misterioso hombre.

—Andrew Carter, y no. No tengo una cita. He venido en calidad de amigo.

—Entiendo. Un momento, por favor —expresó Sara y llamó a su jefe por el interfono— Señor, tiene una visita.

—¿Quién es?

—Un señor llamado Andrew Carter.

—¿Qué? ¿Andy está aquí? —preguntó sorprendido.

—Sí.

—Hazlo pasar, inmediatamente.

—De acuerdo —contestó Sara antes de colgar, luego dijo— Pase señor.

—Gracias, señorita… Sara Stone —completó al leer la credencial que tenía colgada del cuello.

Cuando su mejor amigo ingresó a la oficina, Duncan se adelantó para saludarlo. Llevaba un par de meses sin ver a Andrew, quien, andaba muy ocupado debido a sus responsabilidades como CEO de una cadena de hoteles.

—Andy, cuanto tiempo. Creí que seguías por Francia.

—Me tomé unos días para pasar a saludarte personalmente antes de la inauguración del

hotel. Lamento no haber venido al funeral de tu padre.

—Lo entiendo, sé que estabas muy liado. Fue tan repentino que incluso a mí me sorprendió.

—Lo sé, pero como dicen, más vale tarde que nunca —expresó antes de abrazarlo, luego agregó—. Por cierto, tengo entendido que debo felicitarte por tu reciente unión. Eso sí que no me lo esperaba, ni siquiera sabía que tenías una novia —agregó aún de cierto modo incrédulo.

—¿Cómo…?

—¿Me enteré?

—Sí.

—Ruby, por supuesto.

—¡Esa niña! Nunca puede mantener la boca cerrada.

—Ya conoces a tu prima. Además, ya no es una niña y tomó la decisión correcta. Debiste contármelo tú mismo.

—Lo sé, pero tenía planeado decírtelo personalmente para explicarte las razones. Las cosas no son lo que parecen. —le advirtió.

—¿A qué te refieres?

—No me casé, bueno, sí, pero el matrimonio no es real.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir? —expresó confuso.

—Es una larga historia. Mejor siéntate.

—De acuerdo.

Duncan le contó con lujos de detalles la trampa que su padre le había puesto para obligarlo a casarse. Su amigo parecía realmente sorprendido con el descaro del difunto señor Lennox.

—¡Por Dios! ¿Ruby lo sabe?

—¡No! Y es mejor que no lo sepa. A ella se le da muy mal guardar los secretos.

—Es verdad. ¿Entonces tu plan es permanecer casado por un año?

—No me queda de otra. Sara es una persona adorable, pero no tengo ninguna intención de tomar en serio este matrimonio.

—Espera… ¿Dijiste Sara?

—Sí. Sara Stone.

—¿Te casaste con esa bella mujer que está en la recepción? —expresó admirado— Creí que era tu asistente.

—Y lo es. Fue la voluntad de mi padre.

—¡Vaya suerte tienes! ¿Estás seguro de que no la quieres? Esa chica es un bombón, yo mismo no hubiera escogido mejor esposa para ti.

—Lo sé, pero yo nunca tuve intenciones de casarme. Lo hice únicamente para obtener la herencia de mi padre.

—Bueno, si tú no la quieres, ¡dámela! —expresó bromeando. No obstante, en el fondo deseaba tener una oportunidad con aquella mujer. Pues, desde el mismo instante en que la vio, sintió una terrible atracción hacia ella.

—¿No hablarás en serio? —expresó sorprendido.

—Quizás… o quizás no —respondió juguetón. Sin embargo, tras reflexionarlo por un segundo, agregó— Para ser sincero, ella es totalmente mi tipo.

Duncan instintivamente quiso gritarle que no podía, que Sara era suya. Sin embargo, *«¿qué derecho tenía de entrometerse en su vida personal y arruinarle sus oportunidades amorosas?»* Al fin de cuentas, su relación con ella no era real y él no podía ofrecerle lo que ella

se merecía. Así que, tras rasparse la garganta, forzosamente respondió.

—La verdad es que no tengo nada con ella, solo somos amigos. Si te interesa no me opondré. Sin embargo, debo advertirte que ella no es de tu tipo habitual.

—¿Te refieres a que no es una modelo?

—No. Me refiero a que ella, es una mujer real, y una muy buena persona. Así que, si solo pretendes divertirte con ella, es mejor que ni siquiera lo intentes —le advirtió. Después de todo, no quería que nadie la lastimase.

—Entiendo…—expresó reflexivo, analizando cuidadosamente sus palabras— No tenía pensado divertirme con ella. Solo quería conocerla mejor, parece muy interesante.

«No tienes idea», pensó Duncan, pero no quería revelarle más de lo necesario. Por lo que simplemente respondió.

—Desde luego. Ahora, cambiemos de tema, tengo mucha curiosidad acerca de las últimas innovaciones implementadas en el hotel.

Al final de la tarde, cuando Sara estuvo a punto de irse a casa. Duncan salió de la oficina con su misterioso amigo. Ellos se acercaron a ella para hablar.

—Sara, este es mi amigo Andrew. Estará en la ciudad por unos días. Quiero que lo agregues a los eventos sociales que tenemos en la agenda.

—Como usted diga, señor.

—Por cierto. Andy está enterado de nuestra relación.

—Entiendo…—contestó sorprendida.

—Es un placer conocerte oficialmente, Sara —expresó Andrew extendiéndole la mano. Ella respondió al gesto antes de decir.

—Es un gusto conocerlo, señor Carter.

—Puedes llamarme Andy. Después de todo, eres la esposa de mi mejor amigo.

—Como desee, Andy —contestó ofreciéndole una genuina sonrisa.

Duncan, que observaba la escena de primera mano, sintió una repentina acidez en el estómago. Como si lo que acabara de hacer, hubiera cambiado las reglas del juego.



Capítulo 18

«Las alegrías del matrimonio»

Esa noche, cuando volvieron a casa, Duncan se veía muy contento. Al ver que su semblante se había vuelto alegre, ella supo que Andy era una persona muy importante para él. Connor se encargó de llevarlos al *penthouse*. Ni bien llegaron, ella se metió en la cocina para preparar la cena.

—¿Qué haces? —preguntó Duncan acercándose a ella.

—La cena.

—No tienes que cocinar todos los días. Podemos pedir algo para comer.

—No me gusta la comida rápida.

—Jamás dije que sería comida rápida.

—¿Entonces?

—Por lo general como fuera de casa o pido la cena en un restaurante cinco estrellas.

—No sabía que tenían *delivery* —expresó sorprendida.

—No lo tienen, pero soy un cliente importante, así que me dan trato especial.

—Ya veo. Entonces supongo que mi comida será demasiado simple para ti. Pidamos algo. —contestó sacándose el delantal, pero Duncan intervino.

—No quise menospreciar tu talento culinario, solo era una sugerencia. ¿Qué estabas cocinando?

—Pensaba hacer espaguetis a la carbonara.

—Suena delicioso. Comamos eso —afirmó con una sonrisa.

—Está bien —contestó Sara de mala gana—, pero tendrás que ayudarme —agregó entregándole el delantal. Duncan la miró, muy sorprendido con la sugerencia. Él no quería ser grosero; sin embargo, lo mejor sería que le contase la verdad, así que dijo rápidamente.

—¡Yo no sé cocinar!

—Me lo imaginé, pero si puedes entender informes financieros tan complejos, estoy segura de que puedes cortar 300 gramos de panceta ahumada, sin ningún inconveniente.

Duncan quedó pasmado con su atrevimiento. Sara nunca lo había tratado como a su igual, era obvio que no lo dejaría irse fácilmente, por lo que respondió.

—Está bien, dime que debo hacer.

Mientras Duncan cortaba la panceta, Sara se encargó de lo demás. Treinta minutos más tarde, ya habían hecho la cena, juntos.

—Nada mal para una primera vez —expresó ella irónicamente mientras acomodaba los platos.

—Me alegra saber que no soy un perfecto inútil.

—Jamás insinué tal cosa, pero me di cuenta de que nunca habías cocinado nada en tu vida. Y pensé que, era una buena oportunidad para mostrarte cómo usar una espátula. Además, cocinar con otra persona es mucho más divertido —se excusó Sara alegremente.

—Entiendo, y no estoy reclamando. Ahora vivimos juntos y supongo que tendré que

ayudarte con algunas cosas de la casa.

—Creí que tenías servicio de limpieza.

—Lo tengo, pero, como has notado, no viven aquí. Solo vienen durante el día para limpiar. Si quieres algún servicio adicional, deberás hacérmelo saber de antemano para que se los pida.

—Entiendo. No hay problema, creo que podré sobrevivir sin el servicio cinco estrellas —contestó irónicamente.

—No sabía que tenías sentido del humor.

—Ya ves. Y ahora, sentémonos para comer antes de que se enfríe la comida.

Durante la cena, Sara aprovechó la oportunidad para indagar acerca del misterioso amigo que había aparecido en la oficina.

—¿Desde hace cuánto tiempo conoce al señor Carter?

—Andy y yo estudiamos juntos en el colegio. Desde entonces somos muy amigos.

—¿También es un CEO?

—Sí. Maneja una de las cadenas de hoteles más famosas del mundo.

—¿Acaso todos tus amigos son exitosos hombres de negocios? —expresó incrédula.

—Creo que sí. Me crie en un grupo muy selecto. Mi padre era muy riguroso con mi educación y la gente que me rodeaba.

—Entiendo…

—¿Te agrada Andy?

—Parece encantador… Aunque me incomodan un poco los de su tipo.

—¿A qué te refieres?

—A hombres millonarios y atractivos —Duncan casi se atragantó con la pasta. Bebió un trago de vino para procesar su respuesta y contestar algo coherente.

—¿Por qué?

—Puede sonar discriminativo, pero siempre me dan la impresión de que son personas posesivas y poco escrupulosas.

—Tal vez piensas de esa manera por lo que te sucedió en el pasado.

—Es lo más probable. Me he vuelto muy cautelosa con las personas debido a ese incidente.

—Lo entiendo, pero te aseguro de que Andy es totalmente inofensivo —expresó con una media sonrisa tratando de calmar los ánimos.

—Me alegra escuchar eso. Por cierto, ¿irá con nosotros a la fiesta de beneficencia? Es mañana por la noche.

—Sí, quiero que se distraiga mientras está en la ciudad. Anda muy estresado últimamente.

—Bien. Espero que le guste el arte.

—Es bastante ecléctico. Aunque le aburren mucho este tipo de eventos. Detesta el protocolo y la formalidad.

—Entonces, ¿por qué lo invitaste a la gala de beneficencia? —Duncan quiso decirle la verdad, que el hombre quería conocerla, pero no deseaba asustar a la muchacha, así que contestó.

—Se quedará unos días en la ciudad y como sabes, no dispongo de mucho tiempo libre para salir con mis amigos.

—Es verdad. Bueno, de todas formas, siempre puede escaparse del evento si está aburrido —Duncan sonrió antes de decir.

—No sería la primera vez.

En la mañana, Sara despertó muy temprano, puesto que deseaba tener listo el desayuno y la vestimenta que usaría en la noche antes de ir al trabajo. Salió de su habitación silenciosamente, tratando de no despertar a su “esposo”. Mientras iba hacia el cuarto de lavado con su atuendo en manos, Duncan se atravesó en su frente.

—¡Por Dios! ¿Qué haces despierto tan temprano? —expresó muerta del susto.

—Iba a preguntarte lo mismo.

—Debo ocuparme de este vestido antes de ir al trabajo.

—Ya veo.

—¿Y tú qué hacías?

—Desperté temprano para hacer ejercicio.

—¿A las 6 de la mañana?

—Es el mejor horario.

—Si tú lo dices.

—Bien, sigue con lo tuyo, me daré una ducha —indicó. En ese preciso instante, Sara percibió que tenía gotas de sudor deslizándose por su cuello. Su camiseta estaba totalmente pegada a su torso, lo que le permitió ver vagamente sus apretados músculos. Ella tragó en seco antes de contestar.

—De acuerdo.

Más tarde, mientras comían en el desayuno. Duncan comentó casualmente lo siguiente:

—Connor estará ausente por unos días. Así que tendrás que ir y venir al trabajo conmigo.

—No es necesario. Sé que siempre tienes mucho que hacer en la oficina. No quiero ser una molestia —expresó intentando mantener las distancias, ya era mucho tener que vivir con él. Lo último que deseaba era tenerlo como chofer para ir a todos lados.

—No te preocupes, solo estará ausente por dos días. Así que no será una gran molestia —comentó sarcásticamente.

—Está bien, como quieras, jefe —comentó antes de brindarle una media sonrisa.

El día transcurrió como era habitual. Cerca de las 5 de la tarde, Duncan se acercó al escritorio de Sara para hablarle.

—¿Estás lista?

—¿Lista? ¿Para qué?

—Para irnos.

—Creí que usted tenía una reunión.

—Ya la cancelé.

—No era necesario, bien podría haber tomado un taxi.

—Sara, ya hablamos de esto. Además, también debo arreglarme antes de ir a la gala.

—Por supuesto. Lo siento. Ya estoy lista —confirmó tomando su bolso.



Capítulo 19

«No se desperdicia a un buen partido»

Cerca de las 19 horas Sara salió de su habitación muy arreglada. Duncan ya la esperaba ansioso en la sala. No quería retrasarse, puesto que era uno de los anfitriones.

—Ya estoy lista —expresó expectante.

—¡Vaya!

—¿Qué te parece? ¿Estoy a la altura? —comentó con una sonrisa.

—Ese color te queda espléndido —comentó Duncan refiriéndose a su vestido rosa limonada.

Eso, sin duda, no era todo lo que pensaba. Pues, ella se veía muy hermosa, como si fuese el hada de un bosque encantado. No obstante, decirlo demostraría cierto nivel de interés y no quería confundir a la dama.

—Gracias, usted también se ve fantástico —respondió Sara amablemente a Duncan, que vestía un traje italiano de lo más refinado en un tono burdeos.

—¿Vamos? —preguntó extendiéndole el brazo. Sara lo aceptó y caminaron hasta la puerta.

Más tarde, ya en el salón de la gala de beneficencia, Duncan hacía de anfitrión al lado de una famosa benefactora. Sara se distrajo con el servicio de catering y algunas pinturas exhibidas para una subasta.

—¿Le agrada la fiesta? —preguntó Andy acercándose sorpresivamente.

—Señor Carter…—contestó Sara encarándolo. El hombre se aproximó y besándole la mano dijo:

—Por favor, llámeme, Andrew. Después de todo, ahora somos familia.

—¿Familia? —expresó extrañada.

—Sí, ahora que está casada con Duncan, tendrá que aceptarme quiera o no como parte de su familia —le aclaró.

—Usted sabe perfectamente que mi matrimonio con el señor Lennox, no es real.

—¿A usted no le interesa Duncan? —preguntó sorprendido, pues, a la mayoría de las mujeres le gustaba su mejor amigo.

—¡No! ¡Por supuesto que no! —afirmó vehemente— Lo nuestro es simplemente contractual —agregó para eliminar cualquier duda.

—Entonces tengo el camino libre —afirmó con una sonrisa.

—¿Qué quiere decir? —preguntó confundida.

—Es que, usted tampoco le interesa a Duncan —aseveró con tal seguridad, que hizo que el corazón de Sara se contrajera.

—Por supuesto…—contestó a duras penas. Y como no deseaba que Andrew percibiera su tristeza, agregó— El señor Lennox y yo somos amigos, eso es todo.

—Me alegra escuchar eso —respondió con sinceridad.

—¿Por qué? —preguntó curiosa.

—Porque usted me interesa —afirmó descaradamente el hombre, dejándola muda. Ella no sabía qué contestar a semejante declaración. Para su buena suerte, en ese preciso instante apareció su jefe.

—¡Qué bueno que los encuentro! Señorita Stone, acompáñeme por favor.

—Por supuesto —contestó y siguió a su jefe.

Duncan arrastró a su asistente para que lo ayudara a mantener entretenido a los invitados. Ella se prestó para la ocasión, ya que debían recaudar fondos para un orfanato. Este proyecto en especial era una iniciativa de Sara, por lo que gustosa hizo lo que le correspondía.

Más tarde mientras tomaban un refrigerio. Duncan aprovechó para interrogarla.

—¿De qué hablabas con Andy?

—De nuestro matrimonio —contestó Sara bebiendo su copa de champán.

—Ah, ¿sí?

—Sí —expresó cortante. La verdad era que estaba molesta con su falta de consideración. *«¿Por qué diablos tuvo que contarle la verdad a su amigo?»*, quiso saber.

—¿Qué quería saber sobre nuestro matrimonio? —inquirió curioso.

—Nada, aparentemente, ya lo sabe todo —respondió sarcásticamente. Ella miró hacia el horizonte, puesto que no era capaz de encararlo.

—¿Te molesta que le haya dicho la verdad?

—No —mintió y agregó para fastidiarlo— A decir verdad, creo que me hiciste un favor.

—¿Por qué lo dices?

—Porque, al parecer, está interesado en mí. —contestó antes de beber el último trago de su bebida.

A Duncan no debió extrañarle tamaña revelación, puesto que su amigo nunca perdía el tiempo. Sin embargo, igualmente lo impacto.

—Ah, ¿sí? —expresó pretendiendo total ignorancia sobre el asunto.

—Sí, me lo acaba de confesar —respondió Sara mirándole directamente a los ojos— ¿Qué piensas hacer al respecto?

Duncan quedó pasmado. No esperaba que ella le hiciese semejante pregunta. Si dependiera de él, Andy nunca tendría una oportunidad con Sara. Sin embargo, no podía ser tan egoísta. Así que contestó.

—Nada. Si te apetece salir con él, hazlo.

«¿Estás seguro?», quiso preguntarle, pero no se atrevía. Andrew ya le había dicho que a su jefe ella no le interesaba.

—De acuerdo —respondió Sara para su sorpresa. Duncan abrió la boca para protestar, pero ya era muy tarde. Por lo que, contestó.

—Solo deben ser discretos. No quiero escándalos con la prensa.

De cierta forma, ese comentario la indignó. No comprendía la razón, solo sabía que le había dolido escuchar su respuesta.

—No te preocupes, no causaré problemas —contestó antes de que Andrew se acercara a invitarla a bailar.

—Señorita Stone —expresó extendiéndole la mano. Ella lo aceptó sin dudarlo y ambos se encaminaron a la pista de baile.

Duncan, sin tener otra alternativa, se quedó solo, mirando cómo la mujer más bella que había conocido se le escapaba de las manos.

Mientras bailaban una canción de lo más romántica. Andrew aprovechó para indagar

acerca de la vida de Sara.

—Dígame, señorita Stone, ¿le gusta el arte?

—Por supuesto, a quien no le gusta —respondió mecánicamente.

—Estaba pensando, ya que Duncan no podrá asistir a la inauguración de mi nuevo hotel en París, pensé que usted podría hacerlo en su nombre.

—¿Qué? —respondió sorprendida.

—Usted es su asistente. Además, tengo entendido que es muy versada en relaciones públicas, por eso me pareció apropiado invitarla para representarlo.

—No lo sé. Estamos muy enredados con el trabajo —se justificó automáticamente, puesto que no quería viajar sola de ningún modo.

—Lo sé, pero estoy seguro de que Duncan puede prescindir de ti por unos días —*«Lo dudo mucho»,* pensó. Sin embargo, no quería insultar las habilidades de organización de su jefe, por ello dijo:

—Tendría que consultarlo con él antes de aceptar su invitación.

—No hay problema, lo averiguamos ahora mismo —contestó y arrastró a Sara junto a su jefe—. Duncan, tenemos un asunto urgente que discutir contigo —expresó interrumpiendo su conversación con unos invitados.

—De acuerdo —contestó Duncan—. Me disculpan un momento —agregó para apartarse de sus invitados—. Y bien, ¿de qué quieren hablarme?

—He invitado a Sara para que actúe como tu representante en la inauguración del hotel, pero me dijo que no puede ir sin tu permiso.

Sara, que se sintió mortalmente avergonzada por el atrevimiento de Andrew, intervino diciendo.

—Le expliqué al señor Carter que estamos muy enredados con el trabajo… —Andy agitó la cabeza mirando a Duncan, era una clara señal de que no debía oponerse a su invitación.

—Yo no podré ir debido a la reunión con los accionistas. Sin embargo, estoy seguro de que, si reagendas tus actividades, puedes tomarte unos días para ir en mi representación —respondió Duncan.

—¿Está seguro? —preguntó ella como último recurso.

—Sí. Puedo apañármelas solo por un par de días.

—Ya ves, todo está resuelto —expresó Andy con una sonrisa. Mientras Sara le tiraba a su jefe una mirada mortífera.



Capítulo 20

«Entrometido»

La vuelta a casa fue muy silenciosa. Sara no volvió a dirigirle la palabra a Duncan. La verdad era que esperaba más de él. Se supone que el hombre la conocía. *«¿Cómo diablos se le ocurre enviarme sola en un viaje?»,* pensó echándole miradas asesinas. Cuando llegaron al *penthouse*, ella ingresó a toda prisa, pero antes de que se marchara a su habitación él preguntó.

—Sara, ¿estás bien? —*«¿Se estará haciendo del ingenuo?»,* quiso saber. Sin embargo, contestó.

—Por supuesto que sí, ¿qué podría estar mal? Iré a París después de todo —expresó irónicamente.

—Creí que te alegraría ir a este viaje, es París —respondió Duncan, sorprendido.

—Claro, como soy una mujer, debería estar encantada con la idea, ¿no?

—No quise decir eso.

—¡Debiste preguntarme primero! —expresó molesta.

—Ya veo… Lo siento, lamento no haber considerado tu opinión. Si quieres lo cancelamos.

—Ya es tarde. Le aseguré al señor Carter que estaría en su inauguración.

—Bien, entonces tendrás que ir…—expresó desanimado

—Así es —contestó muy fría.

—Sara… ¿Te preocupa hacer este viaje por lo que dijo Andy? Pues si es eso, yo puedo hablar con él para que te deje en paz. —expresó esperanzado. Si cortaba el mal desde la raíz, ya no tendría que preocuparse de que su mejor amigo intentase cortejar a su esposa.

—No es eso —le aseguró.

—¿No?

—No.

—¿Entonces? —insistió Duncan, curioso.

—No me gusta viajar sola. Me aterroriza la idea de que me suceda algo en un lugar desconocido —admitió con sinceridad.

—Entiendo…—expresó Duncan muy arrepentido de su imprudencia. Connor ya le había hablado de este tema anteriormente. Debió pensar en ella, antes de ceder a los caprichos de su amigo— Lo siento —se disculpó.

—Está bien. Es mi culpa, debí decírtelo antes. En general viajo en grupo, de alguna manera me hace sentir segura.

—Por supuesto. Lo lamento. Mañana hablaré con Andy y le explicaré todo.

—¡No por favor! No quiero que nadie se entere de mi pasado.

—Está bien, pero si crees que es demasiado, encontraré a una persona que te remplace.

—Descuida. Hallaré una manera de soportarlo. No sería la primera vez.

—De acuerdo. Deberías descansar, mañana trabajamos.

—Buenas noches, Duncan.

—Buenas noches, Sara.

En la mañana, ambos actuaron como si nada hubiera sucedido. Sara preparó el desayuno y Duncan leyó las noticias mientras bebía su café. A decir verdad, ninguno quiso hablar del asunto.

Sara tenía mucho en que pensar. Debía hacer las maletas y prepararse para su viaje. Duncan, por otro lado, necesitaba hallar la manera de tranquilizar a su asistente. Después de todo, fue él quien la metió en semejante lío. Decidió que llamar a Connor era la mejor opción y su única esperanza de resolver el asunto.

—¿Estás lista? —le preguntó a Sara antes de levantarse de la silla.

—Sí, solo debo tomar mi bolso.

—Te espero en la sala.

«Por favor, que Connor regrese pronto», pensó Sara antes de forzar una sonrisa y contestar.

—De acuerdo, jefe.

En la empresa, Sara trató de evitar a toda costa a su jefe durante todo el día. La noche anterior le había revelado algo muy vergonzoso. Según el terapeuta, ya era hora de que ella superase esos miedos consecuentes al incidente de su pasado. Después de todo, nada le había sucedido.

En la tarde, Duncan revisó unos documentos urgentes. Luego tomó un descanso para llamar a Connor. No quería interrumpirlo, pero era un mal necesario.

—Connor, perdón por llamarte, pero es una emergencia.

—¿Qué sucedió?

—Es Sara.

—¿Qué le ha pasado?

—Nada, aún…

—¿Qué quieres decir?

—Tiene que viajar a París, sola —aclaró.

—¡Santo Dios!

—Precisamente. Fue de última hora y no puedo ir con ella. Sé que es mucho pedir, pero pensé que tal vez podrías acompañarla.

—¿Cuándo es el viaje?

—Mañana a las 9.

—De acuerdo, volveré esta noche.

—Lo siento, amigo. Sé que es tu momento de reflexión anual, en verdad no quería interrumpirte —le aseguró.

—De todas formas, iba a volver mañana. No te preocupes, esto es más importante.

—Gracias. Nos vemos mañana.

Más tarde, cuando su asistente entró para entregarle unos documentos, Duncan aprovechó para comentarle la novedad.

—Señor, le traje los documentos que faltaban. ¿Ya ha terminado de revisar el informe?

—Sí, aquí tiene.

—Gracias. Me ocuparé de actualizar los datos en el sistema —le informó con la intención de retirarse, pero Duncan la detuvo.

—Espere…

—Sí.

—Sobre el viaje a París, no tendrá que ir sola.

—¿Usted vendrá conmigo? —preguntó esperanzada.

—No. Lo hará Connor.

—¿Connor?

—Sí. Me pareció lo más acertado. A fin de cuentas, necesitarás un chofer.

—Claro… Gracias, señor.

—Descuida, Sara. Todo irá bien —le aseguró tratando de tranquilizarla. Ella respiró hondo antes de decir.

—Eso espero.

Más tranquila, Sara volvió a ocuparse de sus asuntos. Si uno necesitaba de un caballero con armadura brillante, Connor sin lugar a duda era la persona adecuada para ese puesto. Le confiaría incluso su propia vida a ese hombre.

Esa misma noche, mientras empacaba un par de ropas. Duncan ingresó a su habitación.

—¿Todo listo?

—Sí, o eso creo. La verdad es que nunca he estado en París, me preocupa un poco que mis atuendos sean demasiado modestos para la ciudad.

—No te preocupes. Si necesitas algo, solo debes comprarlo con la tarjeta que te di.

—¿En serio? —respondió entusiasmada.

—Sí.

—Está bien, pero solo lo haré si es extremadamente necesario —prometió.

En la mañana, Sara salió de su habitación con una maleta extragrande. No sabía qué escoger, así que al final, llevaría casi todo su guardarropa.

—¿Acaso piensas mudarte? —inquirió Duncan al verla.

—Más vale prevenir que remediar —contestó encogiendo los hombros.

—Entiendo. ¿Café? —le preguntó para cambiar de tema.

—¿Hiciste el desayuno?

—Lo intenté. Por cierto, me disculpo de antemano.

Sara lo observó muy confundida, pero cuando ingresaron a la cocina Sara lo comprendió a la perfección.

—¡Santo Dios! ¿Qué ha sucedido aquí?

—Un accidente tras otro —contestó Duncan intentando disculparse.

—Eso veo.

—Al final, solo conseguí freír unos huevos.

—Entiendo… Haré unas tostadas —respondió vistiendo el delantal.

Unos minutos más tarde ya tenían el desayuno listo. Duncan quedó muy admirado con su talento para improvisar.

—¿Cuándo llegará Connor?

—Dijo que a las 8.

—Entiendo…

—¿Quieres que te acompañe al aeropuerto?

—No será necesario. De todas formas, Connor estará allí —le recordó.

—Por supuesto, lo había olvidado. En ese caso, iré a la oficina en cuanto termine el desayuno.

«No hay prisa», quiso decirle Sara, pero no quería sonar esperanzada. Al fin de cuentas, su relación no era real.

—De acuerdo, ¿quieres una taza de café para llevar? —preguntó intentando cambiar de tema.

—Por supuesto, tengo la impresión de que lo necesitaré.

Cerca de las 8 de la mañana llegó Connor para buscarla. De camino al aeropuerto, Sara le explicó toda la situación. La noticia le cayó muy mal a su querido amigo.

—¡Debiste decir que no! Andy puede ser muy amigo de Duncan, pero no es un santo.

—No te preocupes, es inofensivo —prometió.

—Eso ya veremos.

Tres horas más tarde, ambos se encontraban en el lujoso hotel de Andrew Carter. Fueron recibidos por el mismísimo dueño, que no pudo ocultar su alegría tras ver a Sara cruzar por la

puerta principal.

—Mi querida señorita Stone, me alegra que haya llegado a justo tiempo.

—A tiempo, ¿para qué?

—Para nuestro tour.

Capítulo 21

«Nadie sabe lo que tiene hasta que lo pierde»

Sara, que siempre había sido una mujer de lo más modesta, detestaba ser el centro de atención. En especial cuando esta venía de un hombre. Trató de sonreír para disimular la incomodidad, pero Connor, que la conocía mejor, supo inmediatamente que se sentía acorralada. Por lo que no tuvo más otro remedio que intervenir.

—¿Qué tipo de tour? —preguntó, llamando la atención de Andrew.

—¡Connor! Por un momento olvidé que vendrías —expresó sorprendido.

—Solo he venido para hacer guardia —aclaró directamente.

—Entiendo. Bien, en ese caso, también estás invitado para el tour.

—¿Qué tipo de tour haremos? —preguntó Sara, que al fin reaccionaba.

—El tour que te prometí. Agendé los mejores lugares de París, incluido el Louvre.

—¿El Louvre? —expresó emocionada.

—Así es. ¿Vamos?

—Pero aún no he hecho el *check-in.*

—Y también están las maletas —agregó Connor.

—No te preocupes. Ya confirmé sus habitaciones y sobre las maletas, este joven se encargará de llevarlas —comentó señalando al mozo del equipaje.

—Bueno, en ese caso… —expresó Sara muy sorprendida.

—Vamos, el carro ya está esperando —interrumpió tomándola de la mano. Gesto que no le cayó muy bien a Connor.

Dos horas más tarde se encontraban sentados en frente de la torre Eiffel haciendo un maravilloso pícnic. Connor seguía admirado con las técnicas de seducción del mejor amigo de su jefe. Sin duda, el hombre estaba interesado en Sara. Lo que empezó a preocuparle, puesto que tenía la impresión de que a Duncan le gustaba su protegida.

Mientras ambos conversaban muy distraídos, decidió sacar una fotografía para enviársela

a Duncan con el objetivo de llamar su atención. Unos minutos después este lo llamó muy alterado.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó sin preámbulos.

—¿Qué crees? —respondió muy poco paciente, pues, la situación era bastante obvia.

—¿Es una cita?

—En teoría, no.

—¿Qué quieres decir?

—Que la invitó a un tour. Sin embargo, hemos recorrido por los lugares más románticos de París, y no para de hacerle elogios. Creo que a Andy le gusta mucho nuestra querida Sara.

—Ya veo.

—Sé que no te agrada mucho la idea de que me meta en tus asuntos, pero si te gusta esta muchacha, pienso que deberías hacer algo. Antes de que sea muy tarde —señaló.

—Incluso si quisiera hacer algo, me encuentro a miles de kilómetros de distancia —le recordó.

—De acuerdo, pero cuando la pierdas, no será por falta de advertencia.

Al colgar la llamada, Duncan empezó a caminar de un lado a otro. Se sentía muy inquieto, le preocupaba que Sara cayera fácilmente en los encantos de Andy, que era una verdadera leyenda de la seducción. No en vano lo llamaban don Juan. Y la razón era que todas las mujeres de una u otra manera caían rendidas en sus brazos.

No lo juzgaba, Andy no era un mal hombre. No era su culpa que todas se murieran por estar en su cama. Ni siquiera se esforzaba, simplemente sucedía. Tampoco lo envidiaba, solo que, deseaba que Sara tuviese a alguien que se mantuviera a su lado para siempre. No a un hombre que aún no había decidido sentar cabeza.

—¡Maldición! No puedo quedarme sin hacer nada —expresó en voz alta antes de tomar su chaqueta y salir volando de la oficina.

Al final de la tarde, volvieron al hotel. Sara se encontraba exhausta y deseaba descansar al menos un par de horas antes de la inauguración.

—Muchas gracias por el tour, señor Carter —le indicó a Andrew.

—Andy…—la corrigió.

—Por supuesto, Andy.

—Ha sido un placer, es una pena que no pueda quedarse más tiempo.

—Lo sé, ya habrá otra oportunidad.

—Desde luego. Suba para descansar, la veo en la noche.

Cuando Andrew se apartó de ambos, Connor dijo sin ningún pelo en la lengua.

—Al fin, creí que nunca íbamos a librarnos de él.

—¡No seas así! Ha sido muy amable con nosotros.

—Contigo, más bien. Sabes que lo hace con segundas intenciones, ¿no?

—Por supuesto, ya no soy una niña. Que él siga con sus encantos, mientras podamos disfrutar gratuitamente de París —aclaró y Connor se rio a carcajadas.

A las 8 de la noche, Sara ingresó a la sala de eventos del hotel colgada del brazo de Connor. Ella se esmeró mucho para lucir elegante en un vestido rojo corte sirena con un escote V poco profundo. En la espalda caían dos tiras de tela que se unían a un corsé que ajustaba en la parte inferior de la cintura con unas tiras entrelazadas.

El cabello lo llevaba suelto con unas ondas bien definidas. Su maquillaje era natural. No obstante, se había puesto un labial en tono cereza bastante llamativo.

—¿Estás lista para entrar?

—Sí, eso creo —contestó apresando su brazo con fuerza.

Ni bien ingresaron por la puerta principal, Andrew se acercó para saludarlos.

—*¡Mademoiselle!* ¡Estás bellísima, querida mía!

—Gracias, Andy —contestó muy incómoda por su exageración, y agregó para cambiar de tema—. Hay mucha gente aquí, ¿todos son empresarios?

—Sí, y unos amigos, por supuesto.

—Entiendo… No conozco a nadie —expresó preocupada.

—Yo conozco de vista a la mayoría —expresó Connor ingresando en la conversación.

—¿Me acompañas? —preguntó Andrew, ignorando totalmente a Connor.

—Pero, ya estoy acompañada… —se excusó esperando a que Connor saliese en su defensa.

—Descuida, a Connor no le gusta bailar —contestó y la arrastró a la pista de baile antes de que el aludido protestase.

Una música suave y melódica empezó a sonar, ni bien pusieron los pies en la pista. Como si lo hubiese planeado. *«¡Maldición!»,* pensó Connor, muy disgustado, pues, no podía hacer nada para impedir al hombre. Necesitaba de un verdadero milagro para desalentar las atenciones de Andrew Carter. En ese preciso momento, escuchó una voz conocida.

—¿Dónde, diablos, está Sara?



Capítulo 22

«Que no se te olvide que tienes un marido»

Duncan miró en la dirección a la que apuntó Connor para darle una respuesta. Vio a su bella y maravillosa esposa sonriendo alegremente en los brazos de otro hombre. De pronto, un extraño dolor brotó en su interior, como si un cristal acabase de romperse y estuviese oprimiendo su corazón.

«¡Gracias a Dios!» «Llegó justo a tiempo», pensó Connor al ver a su jefe en la fiesta. Sin embargo, el hombre no movió un solo músculo, parecía en shock.

—¿A qué esperas? —espetó Connor para que su jefe hiciera algo. Si se tardaba, las personas empezarían a especular acerca de la pareja.

Duncan finalmente reaccionó al escuchar su comentario. Empezó a caminar muy decidido hacia la pista. Cuando se acercó lo suficiente, dijo con una voz relativamente alta.

—¿Puedo bailar con mi esposa?

Su comentario llamó la atención de todos, en especial la de los reporteros presentes en la fiesta. Andy se detuvo al instante en que escuchó su voz. Ambos estaban muy sorprendidos con su presencia. Su amigo giró para encararlo y, al ver su expresión sombría, respondió.

—¡Duncan! No sabía que vendrías, creí que estarías ocupado.

—Cancelaron mi reunión a última hora —se excusó.

—¡Qué bueno! Me alegra que estés aquí.

—Ah, ¿sí? —comentó mirando a Sara, que aún seguía en shock.

—Por supuesto —contestó Andy apartándose. Duncan tomó la mano de Sara y la atrajo inesperadamente para pegarla a su cuerpo. El gesto la sorprendió mucho, pero disimuló su incomodidad con una sonrisa.

—Veo que París te ha sentado muy bien, apenas pude reconocerte —comentó Duncan instantes después mientras bailaban. Todos los presentes los observaban muy atentos, como si aún estuviesen impactados con la noticia.

—Así es —respondió inquieta y agregó—. El señor Carter ha sido muy amable conmigo. Me ha proporcionado un recorrido completo por la ciudad.

—Eso me dijeron. Me alegra que tu estancia en la ciudad haya sido provechosa.

—¿Por qué estás aquí? —preguntó finalmente. Sabía que la reunión de accionistas no se habría cancelado tan fácilmente. Debió haber pasado algo muy grave, pensó.

—¿Acaso un esposo no puede acompañar a su mujer en un evento tan importante?

—No he venido a esta inauguración como tu esposa, sino como tu asistente —aclaró.

—Es verdad. Aun así, no deberías olvidar que tienes un marido.

—No lo he olvidado —inquirió ofendida.

—Entonces debiste ser más cuidadosa.

—¿Qué estás insinuando? —respondió preocupada.

—Nada. Sin embargo, me preocupa lo que pensará la prensa si ve a mi esposa teniendo una cita con mi mejor amigo.

—¡No fue una cita! Solo tuvimos un pícnic —aclaró rápidamente. La música ya se había detenido, pero ambos seguían en medio de la pista.

—Entiendo, pero la realidad no interesa, Sara. Lo que realmente importa, es lo que la gente creerá al ver esta fotografía —comentó mostrándole rápidamente su celular.

—¡Santo Dios! ¿De dónde lo sacaste? —respondió alterada.

—Connor me lo envió.

—¿Por qué? —inquirió sorprendida.

—Estaba muy preocupado con nuestra reputación —respondió ocultando sus verdaderas razones.

—Ya veo, pero tenía entendido de que la noticia de nuestro matrimonio aún no se había revelado a la prensa.

—Es verdad. Sin embargo, este secreto no durará para siempre. Si este tipo de situación vuelve a repetirse, nos acarreará muchos problemas.

—No se preocupe. No pienso armar un escándalo —le aclaró.

—¡Por supuesto que no! Aunque si sigues saliendo en público con otros hombres, sin duda habrá especulaciones.

—Entiendo… La próxima vez tendré más cuidado —respondió irónicamente, pues, se sentía muy ofendida.

Andrew, que los observaba desde la distancia, percibió la tensión en el ambiente. Así que se acercó para tratar de amenizar la situación.

—¿Sucede algo?

—No. Solo le recordaba a Sara que ahora es la señora Lennox. Y que sus acciones pueden afectar a la compañía.

—Ya veo. ¿Lo dices por nuestra pequeña aventura? —respondió Andrew para molestarlo.

—Andy… —expresó seriamente a modo de advertencia. Al ver la expresión de su amigo, él contestó.

—¡Cálmate! Solo estoy bromeando. Fue un recorrido de lo más inofensivo —le aseguró y agregó—. Nunca me atrevería a coquetear con la esposa de un amigo. *«Al menos no en público»,* pensó Andrew.

—¡Qué alivio! —respondió Duncan irónicamente.

—¡Ya basta! Por favor… —expresó Sara muy incómoda—. Las personas nos están observando —les recordó.

Al comprender lo que su esposa insinuaba, Duncan cambió de expresión. Tomó a Sara de la cintura y dijo:

—¡Felicitaciones por la inauguración de tu nuevo hotel! Es verdaderamente lujoso.

—Gracias, amigo, me alegra que llegaras a tiempo para la fiesta.

—¡Brindemos por tu nuevo logro, amigo! —insistió Duncan tomando dos copas de la bandeja de un mesero. Luego se la dio a Andrew. Todos los presentes tomaron una copa y se unieron al brindis.

—¡Por Carter Enterprise! —exclamó Duncan.

—¡Por Carter Enterprise! —respondieron todos.

Cuando finalizó el brindis, Duncan quiso apartarse de la gente para hablar a solas con su esposa. Sin embargo, la prensa los sorprendió cercándolos por todos lados.

—Señor Lennox, ¿en verdad esta dama es su esposa? —inquirió un periodista.

—Sí —contestó Duncan a duras penas.

—¿Cómo se llama la señora Lennox? —preguntó otro personaje muy interesado. Al comprender lo que sucedía, Andrew intervino.

—¡Por favor! ¡Por favor! No perturben a mis invitados. Han venido desde muy lejos para apoyarme en este nuevo emprendimiento.

Connor se interpuso entre la gente para ayudar a su jefe. Duncan tomó la mano de Sara y se dirigió rápidamente a la puerta de salida. Un par de periodistas se dieron cuenta de su fuga y empezaron a seguirlos. Cuando estuvieron en el pasillo, ella dijo:

—¡Por aquí!

—De acuerdo —contestó Duncan y la siguió hasta el ascensor. Connor se quedó en el pasillo intentando detener a los periodistas que los seguían.

Llegaron a la habitación de Sara a las prisas. No hubo tiempo de especular o preguntar, simplemente ingresaron y cerraron la puerta.

—¿Estás bien? —preguntó Duncan al ver que el vestido de Sara se había roto en la manga.

—Sí, no es nada, alguien me agarró del brazo mientras huíamos —respondió restándole importancia.

—¡Qué locura! Andy estará muy molesto.

—¿Por qué?

—Armé un escándalo en su inauguración. Se supone que la noticia debía ser acerca de su nuevo hotel, no mi reciente matrimonio.

—Entiendo… —expresó reflexiva—. Quizás deberíamos marcharnos esta noche.

—No podemos salir ahora. Seguramente vigilarán el hotel con la esperanza de captarnos con sus cámaras.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Pediré una habitación.

—¡No puedes! —expresó Sara sorprendiéndolo.

—¿Por qué no?

—Acabas de decir que estamos casados. Si duermes en otra habitación, sospecharán que nuestro matrimonio es falso.

—Es verdad, no lo había pensado. Dormiré en la habitación de Connor —afirmó.

—Le dieron una habitación *single*. No creo que puedas dormir en la misma cama que él.

—Entonces, ¿qué sugieres?

—Duerme aquí.

—Pero…

—La cama es grande —afirmó—. Además, si descubren que no dormimos juntos, sería otro escándalo, ¿no? —expresó irónicamente.

—Así es y uno bastante peor…

—Bien, entonces está resuelto. Iré a cambiarme —afirmó Sara dirigiéndose al baño, pero unos instantes más tarde volvió diciendo—. Lo siento, ¿podrías ayudarme con el vestido?



Capítulo 23

«Les presento a la señora Lennox»

La respiración de Duncan se detuvo en el instante en que ella le mostró su espalda desnuda. Ella había removido la parte superior de la tela de su vestido, dejando a la vista un corsé muy bajo con tiras muy llamativas. El impulso de tocar su piel era casi sofocante. Respiró hondo antes de contestar.

—Está bien.

Sara se acercó a él y presionó la cintura con ambas manos con la intención de facilitarle el trabajo. Duncan empezó a aflojar su corsé para que pudiera removerlo fácilmente. Con cada centímetro de piel que se revelaba ante sus ojos, su corazón palpitaba más fuerte.

Al notar que se aflojaba su vestuario, Sara sostuvo el corsé, presionándolo en contra de su busto para mantenerse relativamente menos expuesta. Luego giró para decir.

—Muchas gracias. Ahora puedo ocuparme yo.

Cuando su esposa desapareció tras la puerta del baño. Una extraña sensación recorrió todo su cuerpo. Como si una corriente eléctrica lo hubiera atravesado. Se sentó en la cama tratando de controlar los agitados latidos de su corazón.

Unos minutos más tarde, ella salió del baño, vestida con un pijama de seda. Era casual, incluso decente, pero de momento revelaba demasiada piel para la sensible condición en que se encontraba Duncan, a quien aún le temblaban las manos.

—¿Quieres una soda? —preguntó Sara, despertándolo de su estado catatónico.

—¿Qué?

—¿Quieres una soda? —repitió—. También hay agua.

—Sí, agua, por favor —contestó a duras penas.

—Bien —respondió ella y le acercó una botella. Duncan la bebió inmediatamente como si acabase de volver del desierto.— ¿Estás bien?

—Sí, solo un poco molesto.

—¿Por qué?

—Porque ahora todo el mundo se enterará de nuestro matrimonio.

—Lamento que casarte conmigo sea motivo de escándalo —expresó incómoda.

—No se trata de eso. El problema no eres tú —afirmó con mucha convicción.

—¿Entonces?

—No me agrada estar en las portadas de las revistas por motivos personales. He tratado de llevar una vida tranquila para destacar por motivos profesionales.

—Entiendo… Supongo que es inevitable, ya que tú eres un hombre importante.

—Lamento la escena de hoy, no quise ser grosero contigo —comentó Duncan disculpándose.

—Debí ser más cuidadosa. Lo siento, aún no estoy acostumbrada a convivir con personas de tu clase social —afirmó.

—Conozco a Andy desde hace mucho tiempo, sé que puede ser encantador. No es culpa

tuya, debió planearlo para molestarme.

—Seré más atenta. Lo prometo.

—Deberíamos descansar, nuestro vuelo es en la mañana.

—Sí, es verdad.

—Dormiré en el sofá —explicó Duncan tratando de ser caballeroso.

—Es muy pequeño para ti. Si tanto te molesta dormir en la misma cama que yo, dormiré en el sofá —afirmó tomando una almohada y una colcha.

—Espera… No es que me moleste dormir en la misma cama que tú, es que, no quiero complicar las cosas. Deseo que cuando esto se acabe, nuestra amistad siga intacta.

—Entiendo. Está bien, dormiré en el sofá —respondió Sara con una leve sonrisa antes de dirigirse a la pequeña sala.

Duncan se recostó en la cama, apoyando la cabeza en la almohada. Hubiera preferido dormir en la habitación de Connor, pero su esposa tenía razón. En un hotel los chismes eran muy fáciles de difundirse. Si alguien sospechase que su relación era falsa, se armaría otro escándalo. Debía mantener un perfil bajo y discreto si deseaba tener una buena reputación en el mercado empresarial.

En la mañana descendieron para desayunar en el restaurante. Andrew ya los esperaba con un bufé muy selectivo.

—Buenos días —saludó con una sonrisa deslumbrante.

—Buenos días, señor Carter —contestó Sara.

—Veo que tu humor sigue intacto —comentó Duncan.

—¿Por qué no lo estaría?

—Por el escándalo de ayer —afirmó.

—¡Tonterías! Eso no fue nada. Hice cosas peores la semana pasada. Si quieren arruinarme un evento, deben ser más audaces —afirmó sonriendo.

—Ya veo —respondió Sara con una sonrisa cómplice.

—Desayunemos, nuestro vuelo es en dos horas —interrumpió Duncan.

Todos se sentaron para comer. Pronto se olvidaron del incidente del día anterior. Andrew le contó a Sara anécdotas de la infancia de Duncan. Del tiempo en que pasaron en el colegio. Luego se dirigieron al aeropuerto como estaba programado, pero antes de marcharse, Duncan habló a solas con su amigo.

—¿Cuándo vuelves al país?

—En una semana. Debo asegurarme de que el hotel esté funcionando a la perfección antes de volver a casa.

—Entiendo… ¿Sabes? Tu abuelo me invita a cenar de vez en cuando y, aunque siempre se queja de ti, en el fondo sé que te extraña. Tal vez deberías visitarlo.

—Lo pensaré…

—Bien, me marcho entonces.

—Espera…

—¿Sí?

—¿Estás molesto por lo que sucedió con Sara?

—¿A qué te refieres?

—Sé que dijiste que tu relación con ella es solo de amistad, pero me dio la impresión de que estabas celoso.

—Andy…

—He pasado muy poco tiempo con ella. Sin embargo, ya sé lo mucho que vale. ¿Estás

seguro de que no la quieres?

Las palabras de su amigo hicieron eco en su mente. Sara podría ser su esposa, pero no era su mujer. Y si no se atrevía a hacerla suya, otro sin duda lo haría. Ella era especial. No obstante, si admitía sus sentimientos por ella, estaría obligado a amarla, a tener un matrimonio real. Y eso era algo que no deseaba.

—Hombre, no soy de hierro. Cualquiera se sentiría tentado por ella, es solo atracción —afirmó casualmente.

Andrew le brindó una sonrisa sínica. Dudaba mucho que Duncan solo sintiera atracción sexual por Sara, pero era obvio que de momento no estaba dispuesto a aceptarlo, por lo que decidió que lo presionaría hasta que se atreviese a admitir la verdad.

—Está bien. Entonces no tengo razones para darme por vencido.

La noticia acerca de la unión del heredero de Lennox Enterprise recorrió rápidamente. Cuando aterrizaron en el aeropuerto, una banda de periodistas ya los esperaba para entrevistarlos.

—Señor Lennox, ¿es verdad que se ha casado?

—¿Quién es la mujer que lo acompaña?

Preguntaron inmediatamente los periodistas sin darles un solo respiro.

—Esta bella dama es mi esposa, la señora Sara Lennox —afirmó tras pensar brevemente acerca del asunto. A fin de cuentas, no podrían ocultar la verdad para siempre. *«¿Por qué no hacerlo en este preciso momento?»* La prensa ya estaba allí de todas formas.

Ni bien escucharon su respuesta, los periodistas empezaron a sacar miles de fotografías de Sara, que, prevenidamente, llevaba unos lentes oscuros. Duncan la tomó de la mano y la ayudó a pasar a través de la oleada de reporteros. Connor recogió el vehículo y los esperó en la terminal de llegada. Subieron al automóvil con miles de flashes apuntando a sus caras.

Se dirigieron al *penthouse,* pues Duncan sugirió que se tomasen el día libre, ya que, en la empresa, todos se enterarían de la verdad y deseaba evitarle el momento desagradable a Sara.

—¿Todo bien? —preguntó Duncan ingresando en la cocina. Sara preparaba agua para hacer un té.

—Sí, aunque me siento algo mareada con tantos flashes.

—Lo lamento. No se supone que se enterasen de esta manera.

—Ya está, ahora debes emitir un comunicado oficial, para que dejen de especular acerca de mi pasado. —respondió mientras leía las noticias en el celular. Duncan tomó el aparato electrónico y lo puso a un lado antes de decir.

—Sara, lo siento. Haré todo lo que esté en mis manos para ocultar la verdad acerca de tu madre —prometió.

—Gracias. Eso significa mucho para mí.

—Todo esto es culpa de mi padre. Sigo sin entender por qué te metió en este lío.

—¿Él conocía toda la verdad acerca de mí?

—Sí.

—¿Y, aun así, creyó que era la mujer indicada para ti?

—Tengo la impresión de que te conocía incluso mejor que yo. Tal vez eso influyó en su decisión.

—Solo espero que la gente no tenga ideas absurdas acerca de nosotros.

—¿Qué tipo de ideas crees que tendrán? —inquirió curioso.

—La típica sería que soy una cazafortunas. Que te seduje descaradamente para quedarme con tu dinero.

—Nada más lejos de la verdad —afirmó vehemente.

—Como bien dijiste, la verdad no importa. Lo único que interesa a la gente es lo que ellos ven. Y lo que verán es a una mujer pobre casada con un hombre rico.

—Entiendo… Si deseas, podemos cambiar las circunstancias de tu nacimiento.

—Mentir solo complicará las cosas.

—Entonces omitiremos, así no tendremos que dar detalles.

—Es una buena estrategia, pero no estoy segura de que vaya a funcionar con los periodistas.

—Me encargaré de darles una explicación plausible. Así dejarán de investigar —prometió. Sara asintió con la cabeza antes de decir con una media sonrisa.

—¿Quieres cocinar?



Capítulo 24

«Circunstancias atenuantes»

Esa misma tarde, mientras disfrutaban de una película juntos. El timbre del *penthouse* sonó sorprendiendo a ambos. Sara miró a Duncan antes de preguntar.

—¿Esperas a alguien?

—No.

—¿Quién será?

—Tal vez sea Connor con alguna noticia de la empresa.

—Veré quién es —respondió y se levantó del sofá rápidamente.

Cuando abrió la puerta, reconoció a su visita inmediatamente. Era la madre de su jefe.

—¿Tú qué haces aquí? —preguntó la mujer desconfiada. Sara se asustó y dio un paso atrás. Duncan se acercó para ver quién era.

—¿Madre? ¿Qué haces en mi casa? —preguntó a ver a Cora.

—¿Tú qué crees? Acabo de enterarme de que te has casado. ¿Cómo pudiste casarte sin siquiera presentarme a la mujer? Creí que habíamos acordado que yo la aprobaría.

—¿Es una broma? ¿Desde cuándo tú decides algo acerca de mi vida?

—Hijo…

—¡No me llames así! —contestó Duncan dándole la espalda.

—¿Qué hace esta mujer aquí? Pídele que se vaya, esta conversación es personal —insistió Cora.

—¿Querías conocer a mi esposa? Pues la tienes en frente.

—¿Qué? ¿Te casaste con tu asistente? ¿Acaso estás loco? —expresó indignada.

Sara aún no había dicho una sola palabra. A decir verdad, no quería meterse en el asunto. Era evidente que Duncan detestaba a Cora y ella no quería ser parte del conflicto. A ella le daba igual, esa mujer, después de todo, era peor que su propia madre.

—Márchate antes de que pierda la paciencia —le advirtió.

—Duncan, por favor, escúchame —rogó Cora y agregó—. No puedes casarte con una mujer como ella. Esto arruinará la reputación de la empresa.

—Lo que arruinaría la reputación de la empresa es tener a una mujer como tú. ¡Lárgate, Cora! —insistió Duncan.

—Hijo, por favor, hablemos…

Por un instante, Sara llegó a sentir pena por la mujer. Sin embargo, recordó que ella había abandonado a su único hijo para fugarse con otro hombre. Por lo que intervino diciendo.

—Señora, por favor, márchese, es lo mejor.

—¿Te atreves a echarme, pequeña zorra? —expresó la mujer avanzando hacia Sara con la obvia intención de lastimarla. No obstante, Duncan se interpuso entre ellas.

—¡Ni siquiera lo pienses! Si alguna vez le tocas un solo pelo, acabaré contigo —prometió con una voz sombría. Su amenaza asustó a Cora, que retrocedió un paso.

—Está bien, me marcho, pero esto aún no se ha acabado.

Cuando ambos quedaron solos, Duncan empezó a hiperventilar. Se sentó en el sofá intentando concentrarse en su propia respiración.

—¿Estás bien? —le preguntó Sara, poniéndose de rodillas en su frente. Al percibir su condición, agregó— Te traeré agua.

Sara corrió hasta la cocina y trajo un vaso de agua fresca. Se la dio a Duncan. Mientras aguardaba a que se recompusiera, ella se sentó a su lado y le tomó de la mano. Él no dijo nada, ni siquiera se movió, permanecieron allí por unos minutos.

De pronto empezó a sentir un extraño calor, como si una llama se estuviese extendiendo por todo su cuerpo. Ella deseaba apoyarlo, pero el contacto físico no era lo suyo. Se sentía nerviosa cada vez que un hombre se acercaba a ella, pero igualmente, permaneció allí hasta que él reaccionó, entregándole el vaso vació.

—Gracias —contestó Duncan finalmente.

—¿Qué te sucedió? ¿Tienes problemas de salud? —inquirió preocupada, pues sabía muy poco acerca de su marido.

—No, bueno. Ya no. Solía tener ataques de pánico de pequeño —afirmó.

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó curiosa.

—Cuando mi madre se marchó. Mi padre creyó que, aislándome de su familia y de la gente que la conocía, yo me olvidaría de ella, pero su plan no funcionó. Me volví retraído y, debido a la ansiedad, sufría de ataques de pánico cada vez que escuchaba hablar de ella. Estúpidamente, seguía teniendo esperanzas de que ella volviera a buscarme.

—Lo siento mucho… —expresó verdaderamente conmovida. Pues, ella conocía ese dolor.

—Esto no me sucedía desde que era pequeño.

—Debió ser el impacto. Verla nuevamente debe ser muy duro para ti —afirmó Sara, tratando de encontrarle una explicación a su ataque repentino.

—Debió ser eso. Sé que mi padre solo quería protegerme, pero ciertas actitudes suyas solo empeoraron las cosas para mí. Si me hubiera dejado verla, no habría sufrido tanto por la ansiedad y habría comprendido mejor la situación de mi padre.

—Te entiendo. Yo también sufrí mucho cuando me dejaron en el internado. No comprendía por qué mi madre no quería criarme sola. Y lloré muchas noches hasta llegar a la conclusión de que ella no me amaba.

—¡Qué irónico! Ambos nacimos de mujeres que no nos aman —expresó Duncan, dolido.

—Es verdad. Al menos yo ya me libré de ella —contestó reflexiva.

—Ojalá yo tuviera esa suerte. —respondió poco esperanzado. Al escuchar su respuesta, ella intentó animarlo diciendo.

—Bueno, nunca debemos perder las esperanzas… —respondió Sara con una media sonrisa.

—Tienes razón.

—Deberías recostarte un poco. Descansa, mañana volveremos al trabajo y ya no habrá momento para lamentarse.

—Cierto. Te veo más tarde —respondió Duncan antes de retirarse a su habitación.

Luego de reflexionar por un buen tiempo, Duncan decidió que ya era hora de salir de la cueva y enfrentar al mundo. Después de todo, no habían cometido ningún crimen.

—Sara, alístate.

—¿Para qué? —inquirió curiosa.

—Iremos a cenar.



Capítulo 25

«Debemos mantener las apariencias»

Una hora más tarde, ingresaron a un lujoso restaurante de cinco estrellas. Duncan fue recibido por el mismísimo gerente que lo felicitó por la reciente boda. Luego lo encaminó al área vip, dónde ya habían preparado la mesa con mejor vista a la ciudad.

—¡Qué bello! —expresó Sara al ver las luces de la metrópoli a través del vitral.

—Solo lo mejor para mi querida esposa —expresó Duncan delante del gerente.

—Si necesita de algo más. Hágamelo saber —comentó el hombre antes de retirarse.

—No sabía que era del tipo romántico —expresó Sara una vez que estuvieron solos.

—Debemos mantener las apariencias, cariño.

—Por supuesto —expresó Sara con una media sonrisa, luego visualizó el menú— ¿Qué vamos a comer?

—Elije lo que quieras, aunque, este restaurante es famoso por su lasaña.

—Suena muy apetitoso, lo probaré.

—Yo pediré lo mismo, hace tiempo que no como una buena lasaña.

—Por cierto, ¿qué piensa hacer acerca de su madre? —inquirió Sara, curiosa, y agregó—. Creo que no le caigo muy bien.

—No te preocupes. La opinión de esa mujer es lo último que me importa.

—Me dio la impresión de que crearía problemas.

—Que lo intente. Si trata de meterse en mi vida, le daré en donde más le duele.

—¿Y eso sería?

—Su jugosa pensión. Si amenazo con quitarle el dinero que le asignó de por vida mi padre, dejará de molestarme.

—Entiendo…

—Cambiemos de tema, cuéntame cómo fue tener una cita con Andy.

—¿Qué? —respondió muy sorprendida, pues sinceramente no había esperado semejante pregunta.

—Tengo curiosidad —agregó, pero la verdad era que quería conocer sus gustos.

—Fue interesante, recorrimos muchos lugares bonitos. Vimos obras de arte, comimos debajo de la torre Eiffel.

—¡Vaya! Veo que no ha perdido el toque.

—Admito que quedé impresionada. Aunque, no tenía idea de que era una cita —expresó a modo de excusa.

—¿Así que tu cita ideal es tener un almuerzo romántico bajo la torre de París?

—La verdad es que no. Nunca habría imaginado que tendría una cita en la ciudad de París.

—Entonces, ¿cuál sería tu cita ideal?

—No lo sé. Quizás ver las estrellas en un campo abierto mientras tengo una cena a luz de velas.

—Suena más creativo que ir a un museo —expresó Duncan burlándose de las tácticas de seducción de su amigo.

Sara se rio, el sonido de su risa hizo que el corazón de Duncan se acelerara inesperadamente.

—En eso sí tiene razón —respondió Sara finalmente tras beber un trago de agua.

—¿Pedimos? —preguntó Duncan llamando a un mesero.

—Sí, ya muero de hambre.

Al día siguiente, ambos volvieron a la empresa como si nada hubiera sucedido. Sara trató de actuar con normalidad, a fin de cuentas, seguía siendo la asistente de Duncan. Los funcionarios, por otro lado, no dejaban de mirarla, como si de pronto dos enormes cuernos le hubieran crecido en la frente.

En la tarde, mientras hacía unas copias, uno de los secretarios de administración se acercó a ella para hablarle.

—Señorita Stone, quiero decir señora Lennox, ¿desea que le haga la copia?

—Gracias, Peter, pero ya casi termino.

—Déjemelo, usted no debería hacer estas cosas.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, ahora usted es la esposa del Ceo, imagino que tiene cosas más importantes de que ocuparse.

—Peter, aunque me casé con el jefe, sigo siendo su asistente —le aclaró.

—Por supuesto, yo nada más sugería que siempre puede pedirle a alguien más que se ocupe de este tipo de trivialidades, ya que resultan bastante agobiantes.

—Entiendo. Sin embargo, no veo por qué molestar a los demás, cuando cuento con el tiempo y la disposición para hacerlo yo misma. El matrimonio no me convirtió en una inepta, Peter —contestó con una sonrisa forzada.

—Lo lamento, señora, no quise insinuar que usted no era capaz —respondió asustado.

—Por supuesto que no, y agradezco tu amabilidad, pero ya he terminado. Puedes usar la máquina —le indicó antes de marcharse elegantemente con sus copias.

—¡Vaya! Ahora que es la jefa, se cree la gran cosa —expresó una de las secretarias que se encontraba preparando un café en la misma sala.

—A mí me pareció lo contrario. Me dio la impresión de que no quería que la tratásemos de manera distinta —comentó Peter.

—Eres un ingenuo —expresó la mujer desdeñosa.

—¿Por qué lo dices?

—Ella se casó con el jefe por alguna razón, y te aseguro que no fue para que la tratasen como de costumbre. ¡Abre los ojos, Peter! —agregó haciendo un gesto despectivo con la mano.

En su oficina, Duncan seguía ocupándose de las pendencias, sin tener idea del alboroto que se había armado en la empresa a causa de su reciente boda. Al parecer, estaban impactados con el hecho de que se hubiera casado, ya que era bien conocido su deseo de permanecer en la soltería por siempre.

En los pasillos discutían acerca de las razones que lo forzaron a contraer matrimonio. Algunos argumentaban que un embarazo accidental habría sido el motivo que lo llevó a casarse con su asistente. Otros que lo había hecho para mostrarse estable ante los accionistas, pero ninguno estuvo siquiera cerca de sospechar la verdad.

Sara ingresó a su oficina para recoger unos documentos y de paso actualizarlo con los chismes.

—Señor, le traje un café.

—Gracias, Sara. Sabes que ahora debes llamarme Duncan —le recordó.

—No me parece apropiado en la oficina. A fin de cuentas, aquí soy meramente su asistente.

—Entiendo tu punto. Sin embargo, debemos ser precavidos. Si siempre eres extremadamente formal, los funcionarios podrían sospechar.

—No se preocupe. De momento, creen que soy una cazafortunas y que podría estar embarazada —Al escuchar la última parte de su declaración, Duncan casi escupió su café.

—¿Qué? ¿Por qué creen que estás embarazada?

—Según ellos, esa sería la única razón por la cual tú estarías dispuesto a casarte con cualquier mujer.

—Ya veo… Si quieres, puedo aclarar el asunto.

—¡No! Déjalo así. Mientras no sospechen de la verdad, pueden pensar lo que quieran. Con el tiempo igualmente se darán cuenta de que no estoy embarazada.

—Tienes razón. Además, no les debo ninguna explicación, y tú tampoco —le aclaró—. Si alguien es grosero contigo, házmelo saber. Los echaré a patadas.

—En ese caso tendrías que echar a medio edificio —expresó irónicamente.

—Ya veo… No te preocupes, el comunicado saldrá hoy. En cuanto lo lean, te dejarán en paz —le aseguró.

—Está bien… —respondió Sara, más tranquila, pero de pronto se preguntó qué excusa le habría dado a su inesperado matrimonio, así que inquirió preocupada— Espera, ¿qué escribiste en el comunicado?



Capítulo 26

«El riesgo del amor inesperado»

Por alguna razón que desconocía, Duncan se sintió muy complacido al percibir su inquietud. De alguna manera, anunciar oficialmente que ella era suya había sido un acto muy placentero para él. No obstante, como había esperado, para Sara, la nueva situación era aterradora. La pobre no podía ocultarle sus sentimientos. Comprobar que la conocía tan íntimamente a modo de predecir sus emociones, lo hizo muy feliz.

—No te preocupes, les dije que hemos estado comprometidos desde hace mucho tiempo. Y que el hecho de que nos casáramos de manera discreta fue simplemente para no afectar tu vida profesional.

—Entiendo, ¿y piensas que se lo creerán? —expresó poco crédula.

—Deben hacerlo, no les daré otra explicación —respondió Duncan con una expresión presuntuosa.

—De acuerdo. ¿Tienes planes para esta noche?

—No, ¿por qué? —inquirió muy curioso.

—Pensé que podría cocinar algo para ti, ya que anoche me sacaste a cenar.

—Por mi encantado.

—Bien, en ese caso me retiraré una hora antes para ir al supermercado.

—¿Quieres que te acompañe?

—No es necesario, Connor puede llevarme. Luego pasará por ti, así no arruinas la sorpresa.

—De acuerdo, esposa —agregó irónicamente.

Sara quedó sorprendida con su declaración. No se había esperado que interpretase su papel de marido tan vívidamente mientras estuvieran a solas. Una sensación extraña brotó en su interior, y sinceramente, no deseaba saber de qué se trataba. Debía mantener la cabeza fría, no podía dejarse embelesar por palabras bonitas o expresiones íntimas, su matrimonio no era real.

Como era habitual, mientras recorrían en el supermercado, Connor aprovechó la ocasión para hacerle muchas preguntas, pero ella no quería darle detalles de su vida matrimonial. Duncan también era su amigo, y se merecía como mínimo algo de discreción. Si él deseaba saber algo, que se lo preguntase él mismo, pensó.

—Todo está bien, Connor. No te preocupes —contestó tratando de tranquilizarlo.

—Los rumores en la oficina, ¿no te molestan? —inquirió Connor preocupado.

—Un poco, pero no hay nada que pueda hacer al respecto.

—Lo siento Sara, prometí que te protegería, pero esto está fuera de mi alcance.

—Duncan está haciendo todo lo posible para protegerme. Así que descuida, estaré bien.

—Parece que has aprendido a confiar en él.

—No me ha dado razones para no hacerlo. Además, él siempre me ha protegido, desde la distancia. Incluso cuando yo no lo sabía.

—Es verdad, se hace del duro, pero tiene un corazón de oro.

—Dime una cosa. ¿Por qué está tan en contra del matrimonio? ¿Es por su madre?

—Sí, debido a esa víbora, nunca ha confiado en ninguna mujer.

—Apareció en el *penthouse* el otro día.

—¿Qué? ¿Qué quería?

—Estaba molesta con él.

—¿Por qué?

—Se ofendió porque no la invitaron a la boda.

—¡Qué descarada! ¿En verdad esperaba que Duncan la tratase como a una madre?

—Eso parece.

—Es una sinvergüenza.

—Sin duda. Además, se enfureció cuando se enteró de que se casó conmigo.

—¿Te hizo daño?

—Lo intentó, pero Duncan me defendió.

—¡Esa maldita loca! —expresó iracundo, y agregó— Duncan no lo sabe, pero cuando recién empezaba a trabajar para él, su madre apareció en la mansión.

—¿Qué quería?

—Dinero, por supuesto. Al parecer, su pensión no le alcanzaba para sustentar a su nuevo amante.

—¿El señor Lennox le dio lo que quería?

—Sí. Tuvo que hacerlo para proteger a Duncan. Ella amenazó con visitar a su hijo en la universidad para armar un escándalo.

—Entiendo, realmente no tiene escrúpulos. Usar a su hijo de esa manera. No puede ser peor.

—Ella se aprovechaba de cualquier circunstancia para sacarle dinero al viejo Lennox.

—Y ahora intenta hacerle lo mismo a su hijo.

—Como dice Duncan, ella es como un cuervo —afirmó Connor.

—Espero que no cree ningún drama debido a mi pasado.

—Jamás se enterará. Duncan se encargó de cubrir todos los cabos sueltos.

—Mi madre sigue desaparecida. Si alguna vez vuelve a nuestras vidas, no sé qué podría hacer —respondió preocupada. Connor la tomó de los hombros y mirándola directamente a los ojos, afirmó sin ninguna duda.

—Si alguna vez vuelve, la enviaré a la cárcel por lo que te hizo.

Más tarde Sara se encontraba muy distraída cocinando la cena en el *penthouse*. Quería preparar algo especial para su querido esposo. No pretendía armar una cena romántica. Solo deseaba agradecerle por tanta amabilidad. Ahora más que nunca comprendía lo mucho que él la había ayudado desde el día en que la rescató.

Todo estaba listo, la mesa, las velas, las flores, la cena. Solo faltaba el vino. Necesitaba un vino tinto para acompañar la carne asada. Ingresó a la bodega personal de Duncan y empezó a verificar los estantes. Ella no era una experta, pero buscó la información en internet y deseaba encontrar un vino Malbec.

Como era un poco baja, no podía visualizar la parte superior de los estantes. Obviamente, Duncan no tenía ese inconveniente, ya que no había dispuesto una escalera en la habitación. Ella fue hasta el comedor a buscar una silla, la puso delante de la estante y empezó a leer las etiquetas.

Unos minutos después encontró la sección de los vinos Malbec. Supuso que cualquiera de ellos era tan bueno como el otro, puesto que su querido esposo tenía gustos muy sofisticados.

Trató de alcanzar una de las botellas, pero seguía siendo muy baja para hacerlo. Entonces levantó los talones para ganar algo de altura, pero aún le quedaba unos centímetros para poder alcanzar una botella. Así que empezó a dar pequeños saltos.

Unos segundos después, finalmente, pudo atrapar una botella. Sin embargo, al hacerlo su pie izquierdo aterrizó en el borde de la silla, desequilibrándola. Sara se desplomó inevitablemente en el piso.

Duncan acababa de llegar al *penthouse*, ni siquiera le dio tiempo de bajar el maletín en el vestíbulo cuando escuchó el ruido estrepitoso que provenía de la bodega. Corrió inmediatamente a comprobar lo que sucedía. Al ingresar vio a Sara tirada en el piso con los ojos cerrados.

Su primera impresión fue *«¡Santo Dios! Está muerta»*, pues debido al líquido escarlata desparramado en el piso, creyó que se había desangrado. Por un breve segundo, su corazón se detuvo, y un terrible dolor lo avasalló. Felizmente, enseguida percibió que el líquido debía ser vino, ya que vio una botella rota en el piso.

—¡Santo Dios! —expresó aliviado— Sara, ¿estás bien? ¿Qué sucedió? —preguntó arrodillándose para revisarla.

Ella abrió los ojos lentamente. Se había dado un golpe duro en la cabeza, por lo que estaba bastante desorientada.

—Me caí —afirmó avergonzada— Estoy bien —agregó para tranquilizarlo, luego intentó levantarse.

—Espera, te ayudaré —afirmó tomándola de la cintura, ella rodeó su cuello con un brazo para sostenerse mejor. Al apoyar el pie izquierdo, rugió de dolor.

—¡Ay!

—¿Qué sucede?

—Creo que me he torcido el pie.

—Déjame verlo —comentó sentándola en la silla. Duncan levantó unos centímetros el dobladillo de su pantalón, solo para descubrir que había sufrido un esguince— Creo que tendré que llevarte al médico —afirmó preocupado.

—¿Por qué? ¿Se ve muy mal?

—Más o menos, pero deberías hacerte un chequeo por las dudas.

—¡Rayos! ¿Por qué siempre arruino todo? —expresó frustrada.

—¿De qué hablas? —inquirió confundido.

—Preparé una cena para ti, pero no podrás disfrutarla debido a mi torpeza. —Duncan la tomó de los hombros antes de contestar con una voz tranquilizante.

—No te preocupes, volveremos antes de que se enfríe la cena.

Duncan la cargó en brazos hasta el automóvil. Condujo el vehículo como alma que lleva el diablo a fin de cumplir con su promesa de volver lo antes posible. Ingresaron en la sala de urgencias. Sara se sentía avergonzada por toda la situación. Duncan actuaba como si ella se estuviese muriendo.

—¡Doctor! —expresó con una voz alarmante.

—¿Qué sucede? —preguntó el médico acercándose.

—Se ha caído, se ha lastimado el pie izquierdo y tal vez algo más —afirmó.

—De acuerdo, siéntela en esta camilla, los enfermeros la llevarán a la sala de revisión. —Duncan hizo lo que el médico había solicitado. Al darse cuenta de que se quedaría sola con extraños, Sara atrapó su antebrazo indicándole que no quería ir sola. Él la miró por un segundo a los ojos, luego preguntó.

—¿Puedo acompañarla?

—¿Es usted un familiar? —inquirió el médico.

—Soy su esposo —afirmó tajante.

—De acuerdo, puede acompañarla.

Unos enfermeros transportaron a Sara hasta una sala para empezar el chequeo médico. El doctor le hizo un chequeo físico completo antes de revisar su tobillo. Duncan se mantuvo a su lado mientras le removían el pantalón para tener mejor acceso a su pierna.

Ella lo sostenía del brazo tan fuerte, que podía sentir sus uñas clavándose en su piel. Para tranquilizarla, él le cubrió más las piernas con la sábana que le habían puesto encima, luego apoyó su mano en la suya para brindarle mayor seguridad.

—¿Cómo está? —preguntó al médico que examinaba su tobillo.

—A simple vista no parece tan grave, pero le haremos una radiografía para comprobar la gravedad de la lesión.

—De acuerdo —respondió Duncan.

Media hora más tarde, Sara se encontraba sentada en una camilla aguardando los resultados de su radiografía.

—¿Y bien? —preguntó ella ni bien vio al médico.

—Es un esguince de grado 1.

—¿Y eso qué significa? —inquirió Duncan esta vez.

—Que no es tan grave. Con reposo y compresas frías en una semana estarás como nueva.

—¿Debo mantenerlo vendado?

—Sí, y evita caminar en los próximos días. Si lo debes hacer, usa unas muletas para apoyarte. Y mientras descanses mantén tu pie elevado para reducir la hinchazón.

—¿Eso es todo? —inquirió Duncan muy sorprendido.

—Sí, pero en caso de que sienta mucho dolor puede consumir analgésicos de venta libre.

—De acuerdo —respondió Sara, más tranquila, y agregó— ¿Ya puedo irme?

—Sí, pero debes volver sin falta en 1 semana para la revisión.

—Así lo haremos, doctor —respondió Duncan, luego la cargó en brazos hasta una silla de ruedas.

—No era necesario —expresó quejándose.

—Escuchaste lo que dijo el doctor, nada de caminar —le recordó.

—Está bien —respondió de mala gana.

Mientras Duncan le conseguía curativos y unas muletas, Sara escuchó accidentalmente el comentario de una de las enfermeras.

—¿Ya vieron al bombón que está en la caja? —Sara bufó al escuchar la manera en que calificaban a Duncan.

—Sí, lo vi llegando. Traía a una mujer en brazos.

Al oír que se referían a ella, se movió en la silla de ruedas para acercarse al balcón de atención. Las mujeres estaban muy metidas en su conversación que ni siquiera percibieron su presencia.

—Parecía un caballero de armadura brillante —agregó otra enfermera muy entusiasmada.

—Pena que ya está casado.

—¿En serio? —respondió— ¿Quién es la mujercita que lo atrapó? —Sara ya no pudo contenerse al escuchar semejante insulto. Así que dijo:

—La mujercita soy yo.



Capítulo 27

«La desgracia de uno es la alegría de otro»

Duncan, que se encontraba a cierta distancia de la conversación, no tenía idea de lo que sucedía con su esposa. Suponiendo ingenuamente que Sara se había acercado para hablar con las enfermeras, siguió tranquilamente con sus asuntos.

—¿Usted? —expresó la enfermera despectivamente.

—Sí, yo. —afirmó Sara muy enojada.

—Es ella —afirmó otra enfermera que la había visto entrar al hospital— Perdón, señora —se disculpó inmediatamente.

—Lo siento —agregó la otra al darse cuenta de su error.

—Señora Lennox, por favor, no tenga en cuenta a estas chismosas. No tenían intención de ofenderla.

—¿Ofendieron a mi esposa? —inquirió Duncan acercándose a Sara.

—¡Señor Lennox! —expresó asustada la enfermera que había insultado a Sara.

—No —respondió Sara para salvar la situación. Ella no quería que nadie perdiera el empleo debido a una estupidez— Ha sido solo un malentendido —afirmó.

—Así es —agregó la mujer mirando a Sara con una expresión muy agradecida.

—¿Nos vamos? —preguntó Sara para dar por zanjada la conversación.

—Sí, ya tengo todo lo que requieres para el tratamiento.

—Genial, muero de hambre.

—Me alegra escuchar que el accidente no afectó tu apetito —expresó Duncan rozando la yema de su pulgar en su labio inferior. Todas las enfermeras suspiraron de envidia.

—Descuida, mi apetito es de hierro.

Cuando llegaron al *penthouse* Duncan depositó a Sara en el sofá. Luego fue a la cocina para terminar de preparar la mesa. Él era un hombre de palabra, y como había prometido, tendrían una cena como es debido.

—Todo listo —expresó para avisarle.

—Bien, ya voy —respondió Sara, pero antes mismo de que pudiera levantarse, Duncan llegó para llevarla en los brazos.

—Si sigues haciendo esto, podría malacostumbrarme —expresó juguetona.

—Eso no estaría tan mal —respondió él animado con la idea.

Durante la cena ambos compartieron historias acerca de su infancia. Sara le contó sobre sus primeros años en el internado y como se robaba las galletas de la cocina durante la noche para poder seguir leyendo sus novelas favoritas.

—Nunca te imaginé haciendo travesuras —expresó Duncan muy divertido.

—Jamás dije que fuera una santa.

—Pero actúas como una —respondió impulsivamente.

—¿A qué te refieres? —inquirió Sara curiosa.

—Nada, hablé sin pensar.

—Ya dime…—exigió.

—Bueno, desde que te conozco siempre andas haciendo buenas obras.

—Claro, tú eras mi misterioso benefactor, se me había olvidado.

—Te enviaba dinero para que comprases cosas para ti, pero tú se lo obsequiabas a los huérfanos.

—No tenía idea de que te habías enterado de esos detalles.

—Connor nunca ha sido el más discreto —afirmó Duncan recordándole que su mejor amigo trabajaba para él.

—¡Por supuesto! —expresó cayendo en cuenta de que Connor conocía información privilegiada acerca de su vida— Es un chismoso.

—Él solo hacía su trabajo —le aclaró Duncan.

—Pues yo no tenía idea de que trabajaba para ti.

—¿Te molesta que me haya contado todo sobre ti?

—Humm, quizás un poco. Yo sé muy poco de ti.

—Eso es fácil de resolver. Es más, me has dado una gran idea.

—¿Qué idea?

—Tomaremos unas vacaciones.

—¿Vacaciones? —expresó incrédula— ¿Y el trabajo? Tenemos muchas actividades pendientes.

—Tú no puedes trabajar así y yo no me he tomado vacaciones en mucho tiempo. Aprovecharé que mi asistente está convaleciente para tomarme una semana libre.

—Pero…

—Además, alguien tiene que cuidar de ti. Después de todo soy tu marido.

El rostro de Sara se volvió escarlata ante su declaración. Apenas caía en cuenta de que debido a su lesión necesitaba de alguien para ayudarla con las cosas del día a día, como ir al baño y tomarse una ducha.

—Quizás pueda pedirle ayuda a una amiga —sugirió, sin tener en mente a nadie.

—¿A quién piensas llamar? —inquirió a sabiendas de la respuesta.

La pregunta de Duncan la puso en apuros, sus únicas amigas eran las hermanas del internado. Al darse cuenta de que si solicitaba ayuda tendría que mentirles a las monjas, prefirió retractarse.

—Tienes razón. No puedo pedirle a nadie que venga a cuidarme. Querrían muchas explicaciones acerca de nuestra relación.

—Como ves, soy tu única opción. A no ser que prefieras llamar a Connor.

—¡No! Él no. —contestó inmediatamente.

Lo último que Sara deseaba era tener a Connor metido en el *penthouse* espiando todos sus movimientos. No podía permitir que nadie se diera cuenta de sus inapropiados sentimientos hacia su jefe. Si él los viera juntos en un ambiente casual, lo notaría de inmediato.

—¿Entonces?

—Está bien, me conformaré contigo —expresó de mala gana. Duncan sonrió antes de decir.

—Por tu expresión cualquiera pensaría que soy de lo peor.

—Perdón, no quise que sonara de esa manera. Es solo que…

—¿Qué?

—Me preocupa que las cosas se vuelvan un poco incómodas.

—Sara, si te preocupa que por accidente te vea desnuda, recuerda que no sería la primera

vez.

«¡Santo Dios!», pensó, pues, Duncan tenía toda la razón. Él ya la había visto casi desnuda y en circunstancias más embarazosas. Quedaba muy poco que ocultarle a ese hombre.

—Es verdad, tienes razón —admitió a duras penas.

Tras semejante desenlace, Sara decidió que el vino sabía mejor de lo que acostumbraba y bebió más de la cuenta. Duncan tuvo que cargarla en brazos hasta su dormitorio después de que se quedara dormida en la mesa.

Él la depositó en la cama y acomodó su pierna izquierda con una almohada para que estuviese elevada. Luego apagó las luces y fue hasta la sala para servirse un vaso de whiskey, tenía mucho en qué pensar.

Mientras bebía su whiskey, una idea tremendamente inesperada le vino a la mente. *«¿Qué pasaría si él estuviese enamorado de Sara?» «¿Sería tan terrible si amase a esa mujer?»* Después del incidente de hoy no podía seguir ignorando sus sentimientos. Una parte de su alma se había quebrado cuando la vio tirada en el piso. Nunca en la vida se había sentido tan asustado.

Connor no estaba lejos de la verdad al sugerir que ella le gustaba. Si era sincero consigo mismo, desde hace mucho tiempo la había anhelado, simplemente nunca se atrevió a admitirlo. De cierta forma, creía que él no la merecía. Un hombre tan frío y sínico no sería buena pareja para una mujer tan buena y pura. O al menos eso era lo que pensaba hasta hoy.

Ahora, le preocupaba muy poco si no era suficientemente bueno para ella. Lo único que deseaba era protegerla, cuidarla, amarla. Incluso si nunca la mereciera. Además, Sara no era como su madre. Ella jamás le apuñalaría por la espalda o lo abandonaría a su suerte. Si ella lo amase sería para siempre.

Necesitaba de un plan, uno que le permitiese pasar tiempo a solas con ella y tener la oportunidad de demostrarle sus sentimientos. Así que se sentó en la laptop para poner en práctica su idea. Lo primero que hizo fue enviar un memorándum a recursos humanos para comunicar acerca de la ausencia de su asistente, además de la suya. También envió algunas indicaciones para reagendar sus compromisos.

Lo segundo fue llamar a Connor, necesitaba comunicarle el accidente de Sara.

—Señor, ¿pasó algo?

—Sí, Sara tuvo un pequeño accidente.

—¿Qué? —expresó asustado.

—No fue grave, se torció el tobillo y estará de reposo por una semana.

—Entiendo.

—Yo tomaré vacaciones para cuidarla. Quiero que te ocupes de mantenerme informado durante mi ausencia.

—¿A dónde piensa ir? —preguntó intrigado.

—La llevaré a la casa de campo de la familia Lennox. No está lejos y es un lugar tranquilo para que ella pueda recuperarse y descansar del bullicio de la ciudad.

—¿Necesitará que los lleve?

—No es necesario. Saldremos mañana cerca del mediodía. Si alguien pregunta, di que estoy fuera del país. No quiero visitas indeseadas —expresó pensando en su madre.

—De acuerdo. Si necesitan de algo, puedes llamarme a cualquier hora.

—Está bien. Estaremos en contacto.



Capítulo 28
«Intruso»

En la mañana, Sara despertó bastante adolorida. Al parecer su cuerpo tenía una reacción tardía. Le dolía la pierna, pero la cabeza le estallaba como si alguien se hubiese paseado con un tractor sobre ella. Intentó levantarse de la cama, pero fue inútil. Como necesitaba ayuda, empezó a gritar.

—¡Duncan! ¡Duncan!

El hombre que seguía dormido saltó de la cama y corrió a su habitación, vestido únicamente con un bóxer.

—¿Qué sucede? —preguntó irrumpiendo en la habitación. Al verlo, Sara quedó impactada, pero luego de unos segundos tuvo la decencia de cubrir los ojos.

—¿Por qué estás desnudo?

—¿Qué? ¿Yo? Lo siento, creí que estabas en problemas, no tuve tiempo de vestirme.

—Está bien. Cúbrete —contestó tirándole su cobija.

—Listo —respondió para que ella lo mirase— ¿Qué sucedió?

—Nada, solo necesitaba ayuda para levantarme. No sé dónde están mis muletas y me duele todo el cuerpo. Además de la terrible jaqueca.

—Entiendo… Espera, iré a buscarlas.

—Vístete de paso —sugirió.

—Claro —contestó Duncan con una leve sonrisa, luego se retiró de su habitación.

«¡Santo Dios!», pensó Sara antes de dar un largo suspiro. *«¿Por qué diablos ese hombre no tenía sentido común?» «¿Acaso pensaba que ella era de piedra?»* Una cosa era aceptar que él nunca la vería como una mujer, otra cosa muy distinta era que él dejara de gustarle.

Llevaba tiempo pensando en Duncan, en especial por las noches. Se lo imaginaba acariciando su cuerpo, en lugares que solo se lo permitiría a él. No era una santa, y cualquier mujer en su lugar ya se habría metido en su cama. Sin embargo, desde un principio dejaron claro que su matrimonio no era real, y haría bien en recordarlo, pues en el momento en que olvidase ese pequeño detalle, caería rendida en sus brazos.

«¡Maldita la hora en que acepté este trato!», concluyó antes de ponerse la bata.

—Aquí están —expresó Duncan entregándole las muletas.

—Gracias —respondió.

—Te ayudaré —se ofreció inmediatamente.

—¡No! Puedo sola —afirmó Sara a toda prisa, puesto que aún seguía acalorada.

—Está bien. Haré café —contestó entonces antes de retirarse de la habitación.

Mientras desayunaban, Duncan aprovechó para darle la buena noticia.

—Sara…

—¿Sí?

—Ya sé dónde iremos de vacaciones.

—¿Iremos? —expresó puesto que aún no le convencía la idea de ir de vacaciones. A fin

de cuentas, alguien debía ocuparse de los asuntos de la empresa.

—Sí, por supuesto. El médico dijo que debes descansar.

—Es verdad, pero puedo hacerlo en casa, no hay necesidad de ir a ningún lado —*«Contigo»*, quiso agregar, pero lo omitió.

Sara pensó que lo último que necesitaba era viajar a sola con Duncan. Al menos en el departamento tenían un acuerdo preestablecido que le permitía mantener cierta distancia de él.

—Si seguimos aquí terminaremos trabajando. Por eso he decidido que iremos a las montañas.

—¿Montañas? ¿En mi estado? —expresó incrédula.

—No te preocupes. Iremos a una casa familiar, tiene todas las comodidades que te puedas imaginar.

—Ya veo. ¿Es como una casa de retiro?

—Se podría decir que sí. Era de mi abuelo, lo usábamos solo en invierno para esquiar.

—Entiendo…

—Cuando termines de desayunar prepara tus cosas. Nos iremos cerca del mediodía.

—Como usted diga, capitán —expresó haciendo un gesto de saludo.

—Es por tu bien…

—Lo sé, perdón, no quería sonar como una niña mimada —Duncan empezó a reír— ¿Dije algo gracioso?

—Es que de mimada no tienes absolutamente nada —contestó él tratando de contenerse — Además, estás convaleciente, deja que tu esposo se encargue de ti.

Sus palabras se clavaron como dagas en su corazón. Cada vez que le recordaba el asunto, sentía angustia, ya que, de cierta forma, intrínsecamente deseaba que su relación fuese real. Sonrió tratando de disimular su tristeza.

—Sara, ¿estás bien? —inquirió preocupado.

—Sí, solo siento algo de dolor —expresó mintiendo.

—Ah, por supuesto, te traeré un analgésico.

—Gracias…

Más tarde, mientras Sara empacaba un par de ropas, escuchó el timbre de la puerta. Duncan se había marchado para comprar insumos del supermercado. Así que tomó sus muletas y fue hasta la sala. *«Ha de ser Connor»,* pensó.

Abrió la puerta, para su sorpresa no era Connor, sino que Andrew, que traía un hermoso ramo de flores en la mano.

—¡Señor Carter! ¿Qué hace aquí?

—Vine a verte, por supuesto. Fui a la empresa y me enteré de tu accidente. Te traje flores —agregó con una radiante sonrisa.

—¡Ah! Pasa por favor —le indicó haciéndose a un lado.

—Veo que ya te estás apañando bien con las muletas.

—Es temporal. En una semana ya estaré como nueva.

—Esperemos que sí. ¿Y Duncan? —inquirió curioso, mirando a su alrededor.

—Fue al supermercado. ¿Quieres un café? —le ofreció por cortesía.

—Sí, pero descuida, yo lo preparo —respondió adelantándose a la cocina.

—¡Qué amable! —expresó Sara muy sorprendida, luego se acercó a la mesada y se sentó para observarlo— ¿Conoces a Duncan desde hace mucho tiempo verdad?

—Sí —respondió y puso las flores en un jarrón con agua antes de empezar a preparar el café.

—Creo que eres su único amigo.

—Su padre era muy protector. Pocas personas podían visitarlo a la casa o jugar con él de pequeño.

—Suena muy deprimente —respondió con sinceridad.

—Lo sé.

—¿Tú crees que…? —expresó Sara sin poder terminar la frase.

—¿Qué? —contestó girándose para mirarla.

—Nada…

—¿Qué sucede Sara? —inquirió preocupado con la muchacha.

—Es solo que, a veces, me da la impresión…—expresó buscando las palabras, pero antes de que pudiera encontrarlas, Duncan ingresó al *penthouse*— ¡Duncan! —espetó sorprendida— ¡Ya estás aquí!

—¿Andy? —comentó extrañado— ¿Qué haces aquí? —agregó dejando las bolsas de sus compras en la mesada.

—Vine a comprobar el estado de Sara. Me enteré de su accidente —agregó descaradamente.

—Ya veo…

—¿Café? —le preguntó mientras le servía una taza a Sara.

—Gracias, Andy —respondió ella con una cálida sonrisa.

Duncan miró cuidadosamente la escena. Andy le había preparado café a su esposa, además de traerle flores. Apenas podía creérselo. Finalmente, comprendió lo que pretendía su mejor amigo. El muy miserable intentaba aproximarse de su esposa, bajo sus propias narices. Debía terminar con este juego cuanto antes, pues se estaba volviendo demasiado peligroso.

—Tú, sígueme —le indicó Duncan con una voz tajante y sin más, le dio la espalda marchándose hacia el pasillo.

—Pero el café…—respondió Andrew, muy confuso.

Sara lo miró intentando buscar algún tipo de respuesta al extraño comportamiento de su esposo, pero su amigo solo movió la cabeza negando que supiera de qué se trataba. Ambos ingresaron a la oficina particular de Duncan, él se veía muy serio, como si estuviese planeando algo siniestro.

—¿Qué sucede Duncan?

—¿Qué es lo que pretendes con Sara? —inquirió directamente sin ningún preámbulo. Andrew quiso sonreír, pero se contuvo. Al parecer, Duncan había decido intervenir en su plan de conquista.

—¿A qué te refieres? —inquirió fingiendo inocencia.

—¿En verdad te interesa o solo pretendes jugar con ella?

—¿Estás celoso? —preguntó Andrew con una descarada sonrisa— Creí que la chica no te gustaba para nada —agregó para provocarlo.

—Yo…

—Te gusta, ¡Admítelo!

—Andy… —expresó a modo de advertencia.

—Solo dilo y la dejaré en paz —Duncan no quería decir las palabras, pero si no era explícito, su querido amigo seguiría con su juego de seducción.

—De acuerdo, tú ganas, me gusta. ¿Contento?

—La amas, ¿verdad? —inquirió impactado.

—Sí. —admitió.

—¡Vaya! Esto ha salido mejor de lo que esperaba.

—¿Qué? ¿Qué quieres decir?

—Bueno, cuando me dijiste que ella era “especial” supe que te interesaba, pero jamás pensé que estuvieras tan enamorado.

—¿Ya lo sabías y, aun así, intentaste seducirla?

—Jamás intenté seducirla. Yo solo quería que abrieras los ojos y te dieras cuenta de lo que estabas perdiendo.

Duncan no podía creérselo, Andrew había jugado con él desde un principio.

—Entonces, ¿Sara nunca te interesó?

—Bueno… Tampoco soy ciego. Ella sin duda me atrae, si hubiera sido soltera…

—Andy…—insistió.

—No, pero si no te hubieras casado con ella, probablemente habría intentado seducirla, ella es una mujer impresionante —admitió.

—¡Tú nunca vas a cambiar! —expresó agitando la cabeza.

—Es improbable, pero eso tú ya lo sabes.

—Eres un maldito, ¿lo sabías? —respondió con una sonrisa de complicidad.

—Míralo por el lado bueno. Ahora que sabes toda la verdad, tienes el camino libre.

En la cocina, Sara no paraba de girar la pequeña cuchara que tenía en su taza. Llevaban más de 20 minutos en la oficina de Duncan, se preguntaba de qué estarían hablando. Su querido esposo no parecía muy contento con la repentina visita de su amigo.

Unos minutos más tarde, ambos salieron riéndose de la habitación. *«¿Qué sucedió?»,* se preguntó ella muy confundida.

—Sara, querida, ya me marcho —le indicó Andrew acercándose a ella.

—Ni siquiera bebiste el café —comentó intentando ganar más tiempo para sonsacarle alguna información.

—Lo lamento, pero tengo cosas que hacer. Espero tengas un muy buen viaje y pronta recuperación. Cuídala, Duncan.

—Por supuesto —afirmó asintiendo con la cabeza. Cuando el hombre se marchó, ella preguntó.

—Y bien, ¿qué fue todo eso?



Capítulo 29

«Una lluvia muy inoportuna»

Unas horas más tarde, llegaron a la hermosa casa de vacaciones de invierno. Era una enorme cabaña, con una vista impresionante a las montañas. El lugar parecía de ensueño. Sara no podía creer que tuviese la suerte de verlo con sus propios ojos.

—¡Este lugar es irreal!

—Lo sé, pero ¿sabes qué es lo mejor?

—¿Qué? —preguntó curiosa.

—Aquí se pueden ver todas las estrellas.

Duncan ayudó a Sara a instalarse en una de las habitaciones del primer piso. Debido a su condición física, lo ideal era que ocupasen la planta baja. Así ella no tendría que subir las escaleras.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Duncan.

—Sí, no he comido desde el desayuno.

—Bien, cocinaré algo.

—¿Hablas en serio? —expresó sorprendida.

—¿Qué? ¿No confías en que sea capaz hacerlo?

—No dije eso.

—No te preocupes, haré pasta a la carbonara —expresó con una sonrisa cómplice.

—Te ayudaré —respondió poniéndose de pie con el auxilio de las muletas.

—No es necesario, puedo solo —le aseguró.

—Sí que es necesario.

—¿Por qué? —inquirió curioso.

—Así me certifico de no moriré envenenada —comentó, y segundos después, ambos se mataron de la risa.

Mientras se sentaban en la mesa para comer, Duncan le comentó a Sara sobre las actividades que tenían disponible en el pequeño pueblo que vieron de camino a la cabaña.

—Si quieres podemos ir más tarde a la cafetería— Recuerdo que tienen un excelente chocolate suizo allí.

—Suena genial, ojalá pudiera recorrer en los bosques, pero en mi condición dudo mucho que pueda dar dos pasos sin caerme de cara al piso.

—Humm, quizás tenga la solución para ese problema.

—¡Ah!, ¿sí?

—Recuerdo que teníamos un carro de golf en el garaje. No podríamos adentrarnos demasiado en el bosque, pero sería posible hacer el recorrido habitual de los turistas.

—¿En serio? —inquirió emocionada.

—Sí, creo que no habría inconvenientes, mientras no camines demasiado, el doctor dijo que estarías bien.

—¡Genial! Terminemos de comer, ya quiero ver este sitio —expresó antes de llevarse un gran bocado de pasta a la boca.

Duncan sonrió al ver su entusiasmo. Sara era una mujer muy fácil de complacer. Ella se animaba por las cosas más simples de la vida. Era, sin lugar a duda, perfecta. No comprendía cómo le había tomado tanto tiempo vislumbrar, que estaba absolutamente enamorado de ella.

Empacaron un par de sándwiches y bebidas para llevar en una cesta. Duncan era muy diligente, había comprado todo lo necesario para que pudiesen sobrevivir durante una semana.

—Todo listo —afirmó Sara.

—Bien, te ayudaré a subir, pero primero dame tus muletas.

Sara se apoyó en el carro de golf mientras Duncan ubicaba sus muletas en la parte de atrás. Ella se mantuvo inmóvil mientras él la cargaba para acomodarla en la silla. Cuando aproximó su rostro repentinamente al suyo para colocarle el cinturón de seguridad, por un segundo, a ella se le cortó la respiración.

—Listo, ahora podemos irnos —afirmó Duncan con una sonrisa cálida.

El bosque parecía encantado. Sara había visto muy poco de la naturaleza debido a su peculiar infancia. Y en cuanto salió del internado se enfocó únicamente en sus estudios, dejando de lado cualquier tipo de diversión.

—¿Podemos parar aquí? Quisiera sacar algunas fotos —solicitó amablemente. Duncan sonrió antes de contestar.

—Por supuesto. Es el lugar perfecto para hacer un pícnic.

Duncan aparcó y la ayudó a descender, ella quiso sus muletas para moverse y sacar las fotos. Sin embargo, no podía usar el celular y las muletas al mismo tiempo.

—Puedes apoyarte en mí —sugirió él, ella lo pensó por un breve instante antes de contestar.

—Está bien, gracias.

Su querido esposo se posicionó detrás de ella para sostenerla por la cintura. Él la atrajo suavemente para que se apoyase en su torso. Al sentir un cuerpo muy masculino y caliente rozándole toda la espalda, Sara empezó a tener escalofríos, pero simplemente tragó saliva y continúo sacando las fotos, cuanto antes lo hiciese, más rápido terminaría su tortura, pensó.

Duncan, por su parte, no podía sentirse más bendecido. Finalmente, podía tener a su mujer en sus brazos como había deseado desde hace mucho tiempo. Sin embargo, aún no le había confesado sus sentimientos, por lo que tuvo que mantener a raya su impulso casi incontrolable de besarle el cuello desnudo. Su aroma lo embriagaba a tal punto de querer morderle la piel.

—Ya terminé —afirmó Sara.

—De acuerdo, te llevaré hasta ese banco. Sujétame del cuello —le explicó viendo que a unos metros de distancia había un viejo banco de madera.

—Está bien —contestó y se colgó de su cuello. Cuando ambos se sentaron, Duncan preguntó.

—¿Quieres beber algo?

—Sí, agua, por favor.

—Bien —contestó Duncan y fue a buscar la canasta, la depositó en el suelo y empezó a sacar las bebidas— Ten —expresó entregándole una botella de agua.

—Gracias. ¿Venías mucho aquí de pequeño?

—En vacaciones, era el único lugar al que mi padre me dejaba ir sin guardaespaldas.

—¿Tu abuelo y tú eran cercanos?

—Sí, me llevaba mejor con él que con mi padre.

—Entiendo… ¿Qué hay de Ruby?

—Ella y yo tenemos una relación especial. Es el único familiar que aprecio por parte de mi madre. Mi abuelo nunca estuvo de acuerdo con los absurdos deseos de mi padre, así que permitía que la trajesen aquí de vez en cuando para verme. Con los años y la tecnología fue más fácil permanecer en contacto.

—Ruby es una persona muy agradable, por cierto ¿dónde está ahora?

—Ella sigue estudiando, por ello, solo la veo de vez en cuando.

—Entiendo. Creo que ella y yo seremos amigas.

—Eso me agradaría mucho. Así tendría más razones para venir de visita —expresó animado.

—Duncan…

—¿Sí?

—¿De qué hablaron tú y Andrew esta mañana?

«Llegó el momento», pensó Duncan. Finalmente, le confesaría sus sentimientos.

Él se aproximó peligrosamente de su rostro y la tomó por los hombros. Por un instante Sara creyó que iba a besarla, ella estaba a punto de cerrar los ojos, pero Duncan rompió el hechizo al decir.

—Sara, debo decirte algo muy importante —Ella abrió los ojos de par en par, como si esperase escuchar una terrible noticia. Respiró hondo antes de responder preocupada.

—De acuerdo, dime.

—Sara, la verdad es que…—Duncan expresó dudoso, pues, seguía buscando las palabras más acertadas, deseaba ser lo más claro posible. Sin embargo, su declaración fue interrumpida por un inoportuno aguacero— ¡Maldición! —declaró frustrado.

—Hablaremos en la casa —afirmó Sara y empezó a recoger las cosas para que subiesen al carro de golf.

—De acuerdo —dijo Duncan.

Para cuando terminaron de empacar las cosas, ambos estaban completamente mojados.

—¡Diablos! Estoy empapada —aseveró Sara. Duncan la observó atentamente, su camiseta blanca se había trasparentado a tal punto que le permitía ver su adorable sostén estampado de flores. La visión era muy tentadora, él tragó saliva antes de contestar.

—Igual yo. Esta lluvia ha salido de la nada —respondió raspando la garganta.

—Sí, ha sido muy inoportuna —respondió Sara mientras se enjugaba el rostro con ambas manos.

Al observar las gotas de lluvia que descendían por su cuello, Duncan ya no fue capaz de resistirse y adelantó la mano derecha para acomodarle un mechón detrás de la oreja. Sara sintió su tacto y por un breve segundo ambos se miraron fijamente a los ojos. Ella entreabrió los labios esperando que él hiciera algún movimiento.

Al percibir su gesto, Duncan se aproximó unos centímetros para besarla, pero la naturaleza definitivamente no estaba de su parte el día de hoy, puesto que cayó un rayo y el sonido asustó a ambos.

—Hay que apurarnos antes de que se nos pegue una gripe —le advirtió Sara, acomodándose en el asiento, se sentía muy avergonzada por su atrevimiento.

—No te preocupes, con una ducha caliente, estaremos bien —prometió Duncan, creyendo firmemente que, para él, lo mejor sería tomarse una ducha fría.

Cuando llegaron a la cabaña, Duncan preparó rápidamente la bañera a fin de que Sara

pudiera lavarse con facilidad. Ella se sentó sobre el inodoro mientras su esposo verificaba la temperatura del agua.

—Ya está, puedes entrar —avisó.

—Eh… Creo que necesitaré ayuda para entrar a la bañera. —afirmó Sara al darse cuenta de que no tenían barras de apoyo en la pared.

—Está bien —contestó Duncan extendiéndole el brazo.

—Supongo que primero debería desvestirme —explicó.

—Ah, por supuesto —respondió Duncan dándole la espalda.

—No me sacaré toda la ropa, solo lo necesario —aclaró.

—Está bien, avísame cuando estés lista.

—Ok —respondió ella y procedió a desvestirse. Cuando quedó en ropa interior, dijo— Listo.

Duncan se giró y tratando de ser caballeroso, mantuvo los ojos fijos en su rostro. Luego la tomó de la cintura y la ayudó a ingresar a la bañera. En todo momento evitó dirigir la mirada hacia abajo, pero la tentación era demasiada como para ignorarla, así que dio un vistazo muy rápido antes de darle la espalda.

—¿Necesitas algo más? —inquirió de inmediato, puesto que, tras verla, su cuerpo había reaccionado involuntariamente y no deseaba que ella percibiese ese detalle.

—No, estaré bien. Te llamaré cuando termine —le indicó Sara que no había notado su incomodidad.

—Bien, no hay prisa, quédate cuanto desees. Yo me ducharé en el otro baño —la avisó, pero internamente pensaba *«Pues yo sin duda necesitaré de mucho tiempo para calmarme»*.

—De acuerdo. Gritaré cuando termine.



Capítulo 30

«La constante fricción entre dos masas produce calor»

Duncan salió del baño a toda prisa. Necesitaba una ducha con extrema urgencia, y no era porque desease evitar una posible gripe, sino que para deshacerse de la inminente erección que lo había tomado desprevenido.

Media hora más tarde, golpeó en la puerta con la esperanza de que Sara estuviera lista para salir de la bañera.

—Sara, ¿terminaste?

—Sí, pasa. Me he envuelto en una toalla —le avisó.

Duncan abrió la puerta con confianza al escuchar que ella tuvo la decencia de cubrirse con una toalla. Su esposa era muy lista, había escurrido el agua de la bañera antes de tomar la toalla para enredarse.

—Sujétame del cuello —le indicó antes de cargarla en los brazos.

—Hay que ir con cuidado, el piso está algo mojado —le advirtió Sara. *«No es lo único mojado»*, pensó Duncan, al sentir su piel húmeda.

—Te llevaré hasta la cama. Así puedes vestirte sin problemas —respondió antes de caminar a toda prisa.

Mientras Sara se vestía en su habitación, Duncan encendió la chimenea y preparó café antes de sentarse para leer un libro de finanzas, tratando de deshacerse de las ideas morbosas que habían invadido su mente.

—Huele muy bien —comentó Sara ingresando a la sala.

—Siéntate, te traeré una taza —le indicó.

—Gracias —respondió antes de sentarse en el sofá cerca de la chimenea—. Esto es muy agradable.

—Sí, siempre me ha gustado esta cabaña.

—Lo entiendo, es muy acogedora y se siente como…

—Un hogar —Duncan completó la frase antes de sentarse a su lado y ofrecerle una taza de café.

—Sí, un hogar —respondió ella mirándole a los ojos—. Entonces… ¿De qué querías hablarme? —agregó tomando la taza que este le ofrecía.

—Sara, yo… —expresó Duncan, aterrado. Su corazón empezó a latir rápidamente, como si estuviera teniendo un ataque de pánico, lo que no le sorprendió, ya que sería la primera vez que le confesaría sus sentimientos a una mujer.

—¿Tú…? —dijo Sara tratando de incentivarlo.

—Lo siento, intento encontrar las palabras adecuadas para expresarme, pero no está funcionando.

—Eso veo —respondió Sara bastante confusa.

—Sara… —dijo, mirándola a los ojos.

—Sea lo que sea, ¡solo dilo! —contestó impaciente.

—Yo creo que deberíamos…

—¿Deberíamos? —insistió.

«Besarnos», pensó Duncan al percibir su proximidad. Le era muy difícil concentrarse teniendo los labios de Sara a su alcance.

—Duncan, ¿sigues ahí? —preguntó al notar que se había perdido en sus pensamientos.

—Perdón, lo que quería decir es que deberíamos cambiar ciertas cláusulas de nuestro contrato —contestó intentando introducir su idea de manera progresiva.

—¿A qué cláusulas te refieres? —inquirió Sara, muy curiosa.

—Me refiero a la cláusula que estipula las reglas acerca del… —expresó respirando hondo antes de declararse, pero en el último segundo miró sus labios y ninguna palabra le vino a la mente.

—¿Del…? —instó Sara dejando su taza de café en la mesa del centro.

—Contacto físico —respondió antes de arreglar un mechón del cabello de Sara detrás de su oreja izquierda.

Su mano cálida rozó la mejilla de Sara, haciendo que las yemas de sus dedos recorrieran tiernamente por su cuello. Ella cerró los ojos para disfrutar del contacto antes de preguntar con una voz muy suave.

—¿Qué estás haciendo? —Duncan aproximó su rostro peligrosamente antes de contestar.

—Desde hace mucho he querido…

—¿Tocarme? —inquirió sorprendida.

—Sí—respondió Duncan mientras rozaba sus labios en su mejilla.

—¿Y qué más has querido hacer? —preguntó Sara con una voz trémula.

—Esto —respondió Duncan antes de dirigir sus labios a los suyos. El beso que le dio fue tierno y cálido. Deseaba tener más acceso a ella, así que, sujetó su cabeza suavemente con una mano y atrajo su cintura con la otra.

Sara, excitada con todas las sensaciones que avasallaron repentinamente su cuerpo, anheló más. Ella se arrojó en sus brazos impulsivamente para posicionarse en su regazo, olvidándose por completo de su lesión.

La curiosidad y el deseo se apoderaron de ella, anulando su sentido común. Ahora, era plenamente consciente del fuego que ardía en su interior, por él. Ella realmente lo deseaba.

Duncan, por otro lado, tuvo el buen juicio de frenar su entusiasmo para no sobrepasarse con la dama. Aunque la deseaba intensamente, no quería asustarla, por lo que recurrió a toda su fuerza de voluntad para decir.

—Sara, debemos parar ahora, o no podré detenerme —advirtió. Su comentario la sacó de su estado de excitación, haciendo que abriera los ojos de par en par.

—¡Santo Dios! —expresó aturdida, como si acabase de darse cuenta de lo que hacía.

—Sara, todo está bien, tranquila. No hiciste nada malo.

—Yo… No sé lo que me sucedió —agregó excusándose a la par que se movía para sentarse correctamente en el sofá.

—Descuida, te entiendo. Por mí seguiríamos besándonos, pero creo que deberíamos hablar antes de que suceda algo más serio entre nosotros.

—¡Por supuesto! Tienes razón, lo siento —expresó avergonzada, juntando las manos, muy nerviosa.

—Tranquila, respira —le indicó Duncan mientras apoyaba suavemente una mano en su hombro.

—Eso, intento.

—Escucha. Lo he estado pensando, y después de ver a Andy en el *penthouse* esta mañana… —Al escuchar el nombre del amigo de su esposo, ella giró para encararlo indignada.

—¿Esto fue por lo de Andrew? Porque si es así, te aseguro que no hicimos nada inapropiado en tu ausencia —aclaró, creyendo firmemente que Duncan la había besado solo para marcar su territorio—. Yo nunca me atrevería a arruinar tu reputación, te lo prometí —expresó a la defensiva.

«¿Nada inapropiado?» «¿Acaso ya era muy tarde?» «¿Ella ya estaba enamorada de Andy?», se preguntó Duncan, aterrado. Él la miró a los ojos, ella se veía confundida. *«Quizá había malinterpretado las señales y Sara solo había sido atenta con él para cumplir con su papel de esposa»*. Las dudas empezaron a atormentarlo.

—¿Duncan? —insistió Sara.

—No, no es por Andy. Bueno, sí, pero no —contestó haciendo que Sara se sintiese más perdida.

—¿Qué es lo que quieres decir? —inquirió molesta.

—Quiero decir que deberíamos intentarlo.

—Intentar, ¿qué? —preguntó ya con poca paciencia.

—Tener una relación —expresó finalmente Duncan.

—Pero ya tenemos una relación —respondió confundida.

—Me refiero a una relación amorosa —aclaró.

—¿Qué? ¿Quieres salir conmigo? —contestó impactada.

—Sí. Eso quiero —afirmó tomando su mano derecha repentinamente.

—Pero creí que tú no querías tener una relación “real” —expresó sorprendida.

—Es verdad, yo pensé que nunca podría…

—¿Podrías que…? —inquirió expectante.

—Confiar en una mujer —respondió con una voz suave.

«Confía en mí, pero no me ama», concluyó Sara, muy decepcionada. Había esperado frases de amor. En cambio, solo obtuvo palabras de consuelo.

—Entiendo… —contestó muy seria, deshaciéndose de su mano.

«¡Maldición!», pensó Duncan, sintiéndose tremendamente frustrado, pues, el temor a ser rechazado se apoderó de él en el último instante y no fue capaz de decirle que la amaba.

—Sé que te mereces al mejor hombre del mundo, Sara, pero ¿me darías una oportunidad? —agregó Duncan tratando de enmendar su desastre. Pues, ella se veía triste y decepcionada.

«¿Oportunidad?» «¿Para qué?» «¿Para romperle el corazón?», se preguntó Sara mirándole a los ojos con fiereza.

—Yo… Necesito tiempo para pensarlo —contestó al darse cuenta de lo que implicaba tener una relación con él. *«¿Y si él nunca la amase?»* Su amistad terminaría desastrosamente, perdería el trabajo, y ella nunca más sería capaz de amar a nadie.

Por su lado, Duncan creyó que quizás ella tenía dudas debido a Andrew. Pues si ella decidiese tener una relación con él, tendría que rechazar a su amigo. No podía culparla por querer tiempo para pensar. A fin de cuentas, quien se había hecho del difícil era él, pero no perdería las esperanzas. Le daría el tiempo que pidiese, y mientras tanto, haría de todo para convencerla.

—Lo entiendo. No hay prisa, piénsalo —respondió Duncan con una voz tranquila.

—¿Y qué hay del beso? —inquirió curiosa, pues tenía que salir de dudas.

—Ah, el beso. La verdad es que te deseo, pero no te obligaré a hacer nada que no quieras, así que tranquila —le aseguró tomando sus manos para apaciguarla.

«¿Solo deseo?», pensó decepcionada. Pues, aunque Sara también anhelaba su cuerpo desesperadamente. La unión carnal jamás sería suficiente, ella necesitaba amor.

Y no era que Duncan no la quisiese, pues le quedaba bastante claro que le tenía mucho afecto. Sin embargo, el cariño no era lo mismo que el amor. Eso lo sabía por experiencia y, aunque, nunca había sido del tipo ilusa y comprendía perfectamente que él no prometía nada. En ese instante, fue incapaz de terminar con su martirio, y en contra de su propio buen juicio respondió.

—De acuerdo.



Capítulo 31
«Mi cita ideal»

Tras su declaración, Sara sugirió que lo mejor sería volver a la ciudad, puesto que, ya se sentía mejor como para trabajar desde casa. Además, declaró firmemente que no le agradaba mucho la idea de incumplir con sus obligaciones de asistente personal. Duncan estuvo de acuerdo, era demasiado tentador permanecer aislado de todo el mundo.

Ambos necesitaban de espacio para procesar todo lo que había sucedido. En especial Sara, que debía tomar una decisión acerca de su relación con él. Duncan esperaba que ella lo apreciara lo suficiente como para darle una oportunidad. Ahora que Andy se había retirado de la competencia, no sería tan difícil conquistarla, pensó. Solo requería tener paciencia con la muchacha, a fin de cuentas, ella valía la pena.

Cerca de las 9 de la noche llegaron al *penthouse*. Duncan se encerró en su oficina para llamar a Connor, puesto que al día siguiente él volvería a trabajar. Sara, por su lado, se metió en su habitación, ni siquiera le dio ganas de comer, se sentía abrumada con los recientes acontecimientos.

—Señor, ¿todo está bien? —inquirió Connor respondiendo prontamente a su llamada.

—Sí, solo llamé para avisarte que hemos vuelto a la ciudad.

—¿Sucedió algo?

—No, bueno, sí, te lo explicaré mañana.

—De acuerdo.

—Escucha, necesito que te ocupes de Sara mientras voy al trabajo. No quiero que se ponga a hacer ningún tipo de actividad que pudiera arriesgar su recuperación.

—Entiendo. Está bien, iré al *penthouse* a primera hora.

—Gracias, Connor, te veo en la mañana.

Cuando Duncan colgó la llamada, fue a la sala en busca de su esposa. Sin embargo, no había señales de ella por ningún lado, así que supuso que estaba en su habitación descansando. Después de todo, seguía convaleciente.

En la mañana, Duncan despertó temprano para preparar el desayuno, no deseaba que Sara se preocupara con nada, por lo que ni siquiera se molestó en despertarla. Connor llegó a las 7 con un paquete de donuts.

—Hola, jefe —expresó de manera irónica.

—¿Qué traes ahí?

—Donuts.

—¡Qué oportuno! Acabo de preparar café.

—¿En serio? —expresó boquiabierto.

—Sí. ¿Por qué te ves sorprendido?

—Por nada —comentó mirando alrededor, luego agregó—. ¿Dónde está Sara?

—Supongo que sigue dormida.

—¡Qué raro! Ella siempre fue del tipo madrugadora.

—Es verdad, iré a ver si se encuentra bien.

—Parece que estás muy preocupado por la muchacha. ¿Acaso cambiaste de opinión acerca de ella? —Duncan encogió los hombros admitiendo la verdad—. ¡Lo sabía! —expresó entusiasmado.

—¿Sabías qué? —preguntó Sara ingresando en la cocina. Ella seguía usando las muletas para apoyarse.

—¿Cómo estás? —preguntó Connor cambiando de tema inmediatamente.

—Mejor, casi ya no siento dolor. Aunque en realidad desde el accidente no he usado esa pierna.

—Y no deberías —comentó Duncan interrumpiendo su argumento, y agregó—. Connor, asegúrate de que permanezca sentada todo el día. No queremos que tenga otro esguince por accidente —expresó irónicamente. Sara le echó una mirada asesina.

—No soy tan torpe —respondió a la defensiva.

—Eso no es del todo verdad. ¿Recuerdas la vez que te tropezaste mientras caminabas por los pasillos de la universidad? —le recordó Connor.

—¡Por Dios! ¡Qué exagerados! Solo pasó una vez y fue porque tenía prisa.

—Connor se ocupará de ti en mi ausencia —aclaró Duncan.

—¡Qué! ¡No necesito de una niñera!

—Sí, lo necesitas —afirmaron ambos.

Sara no podía creer que Connor estuviera en su contra. Era la primera vez que no la apoyaba en alguna decisión.

—De verdad hoy están imposibles —comentó aceptando la situación de mala gana.

—Debo irme, hablamos más tarde —le indicó Duncan a Connor—. Sara, ¡compórtate! —le advirtió únicamente para ser fastidioso.

—Como diga, jefe.

Para Duncan, la semana fue bastante ajetreada. Además de tener que resolver ciertos inconvenientes con un proveedor, tuvo que emprender un viaje de improviso ausentándose por 4 días. Sara creyó que tendría un respiro, pero fue todo lo contrario. Connor era excesivamente protector y la estaba desahuciando, ya se sentía como una prisionera en su propia casa.

Una mañana, Andrew apareció en el *penthouse* para invitarla a una fiesta. Ella lo recibió muy contenta, pues hacía días que no veía a otra persona además de Connor.

—¡Qué bueno verte, en serio!

—¡Vaya! No sabía que sería tan bienvenido. La última vez casi me echaron a patadas —expresó bromeando.

—No fue así —afirmó Sara a la defensiva.

—Te traje algunas flores y chocolate.

—¡Eres una bendición! Connor solo me deja comer alimentos ricos en proteína y colágeno. Según él, para asegurar mi pronta recuperación.

—Ya veo. ¿Café? —inquirió con una sonrisa.

—Sí, por favor.

—Por cierto, ¿dónde está tu guardaespaldas?

—Fue a la empresa a traer unos documentos.

—¿Cuándo vuelve Duncan?

—Hoy en la noche.

—¡Ah! Perfecto, así ambos pueden asistir a mi fiesta.

—¿Fiesta? —inquirió curiosa.

—Sí, es el aniversario de una de mis sucursales. Mañana haremos una gran fiesta para celebrar.

—Entiendo, Connor me llevará para una revisión con el médico esta tarde. Si me da el visto bueno, con mucho gusto iré a tu fiesta —afirmó con una bella sonrisa.

—¡Bien! Entonces está resuelto.

Cerca de las 1 de la tarde, Sara llegó al hospital con Connor. Él insistía en que siguiera usando las muletas, aunque Sara ya podía caminar bastante bien por su cuenta.

—Veo que ha seguido mis instrucciones al pie de la letra. Su radiografía muestra que ha tenido una exitosa recuperación, señora Lennox.

—¡Qué alivio! Ya estaba harta de las muletas —contestó con sinceridad.

—Todo está bien. Ya puede caminar y seguir con su rutina habitual. Aunque le recomiendo que evite utilizar zapatos con tacones y realizar cualquier ejercicio de alto impacto hasta fin de mes.

—Entiendo, eso no será un problema —le aseguró.

—Bien, dicho esto, ya puede marcharse.

—¡Muchas gracias, doctor!

Más animada, Sara se detuvo en la empresa para realizar unos recados de última hora. No quería que Duncan encontrase un montón de trabajo al volver a la oficina. Ahora que podía salir de casa, no veía la hora de visitar a sus compañeros de trabajo.

—Señora Lennox. No la esperábamos tan pronto —afirmó la recepcionista del edificio en cuanto la vio.

—Ya estoy como nueva, así que vine a ocuparme de algunos asuntos.

—Entiendo. Si necesita algo, no dude en llamarme.

—Estaré bien, gracias.

Sara se apresuró a terminar de organizar el papeleo, redactar unos informes y enviar un montón de emails antes de que Connor viniera a buscarla. Deseaba darle una pequeña sorpresa a su querido esposo, y tenía muchas cosas que preparar antes de ir a recogerlo al aeropuerto.

Tras pensarlo mucho, concluyó que, si no le daba una oportunidad a Duncan, se arrepentiría por el resto de su vida. Siempre era mejor arriesgarse y fracasar que nunca haberlo intentado.

—¡Bienvenido! —expresó ni bien, Duncan bajó por las escaleras del jet.

—Sara, ¿dónde están las muletas? —respondió Duncan inmediatamente.

—Ya no las necesito, hoy fui a la consulta de revisión.

—¡Ah! Bien, pero no era necesario que vinieras.

—¡Vamos! No seas aguafiestas.

—De acuerdo. ¿Qué traes ahí? —inquirió al notar que le ocultaba las manos.

—Es una sorpresa —respondió mostrándole un pañuelo.

—¿Sorpresa? —contestó algo desconfiado.

—Sí. Agáchate, te pondré este pañuelo en los ojos.

—¿Qué?

—No temas, la sorpresa te gustará —prometió.

—De acuerdo —respondió de mala gana y se agachó.

Sara lo ayudó a subir al automóvil. Unos 30 minutos más tarde llegaron al sitio en el que ella había preparado su sorpresa.

—Bien, ahora puedes sacarte el pañuelo —le informó.

Eso hizo Duncan y al abrir los ojos vio que se encontraban en un hermoso jardín lleno de flores y velas. En el piso había un mantel con una cena y champán para brindar.

—Wow —expresó impactado—. ¿Tú lo preparaste?

—Sí, con la ayuda de Connor.

—¿Esto es una…?

—Cita —aseveró para dejar las cosas claras.

—Entiendo —respondió sorprendido.

—Aquí podemos ver algunas estrellas —afirmó apuntando hacia el cielo. Duncan observó el firmamento antes de contestar.

—Eso veo.

—¿Y bien? ¿Te gusta? —preguntó Sara muy curiosa.

—Es perfecto.



Capítulo 32

«Cuidado con las conquistas del pasado»

La cena que preparó Sara no fue para nada glamurosa, pero sin duda, estuvo más que deliciosa. Mientras bebían un champán extremadamente costoso, Duncan encontró el valor para hacer la pregunta que no dejaba de rondar por su mente.

—Sara, si esto es una cita, entonces ¿significa que tú me estás dando una oportunidad? —Ella sonrió antes de contestar.

—Aún no.

—¿Qué? No entiendo.

—Bueno, pensé que querías una relación real.

—Así es.

—En una relación real tendríamos un par de citas antes de ser novios.

—Es cierto.

—Hemos saltado muchas etapas debido al testamento. Nunca hemos tenido la oportunidad de ver esta relación más allá de un contrato. Si queremos que funcione, debemos hacer las cosas bien —explicó seriamente.

—Tiene sentido. Además, no quiero que tomes una decisión precipitada. Lo haremos a tu manera Sara —expresó firmemente tomando su mano, luego agregó— Mi único deseo es que seas feliz.

Sus palabras la sorprendieron. Nunca nadie se había preocupado por su felicidad. No tan explícitamente.

—¿Tienes planes para mañana? —preguntó cambiando de tema, pues aún no se sentía preparada para hablar de sus sentimientos.

—No.

—Bien, porque el señor Carter me ha invitado a una fiesta —expresó Sara con una sonrisa antes de agregar— Y, necesito una pareja para el baile.

—¿Pareja para el baile? —preguntó curioso.

—Sí, la fiesta es de temática inglesa.

—Humm, eso suena interesante.

—Entonces, ¿me acompañas?

—Desde luego y prometo ser todo un caballero —expresó mientras acercaba su rostro al suyo y tras aspirar su exquisito aroma confesó— Te extrañé mucho.

La proximidad y su voz cautivadora aceleraron rápidamente el corazón de Sara, ella deseaba desesperadamente sentir su piel.

—También te extrañé —respondió acariciando su rostro con la mano.

Cuando Duncan la miró directamente a los ojos, comprendió su silencioso mensaje, y sin más preámbulos, la besó.

Por un instante ambos sintieron que fueron transportados a un lugar lleno de paz. Donde nadie más que ellos importaban. Duncan jamás se había sentido tan tranquilo, tan a salvo. De

pronto una lágrima corrió por su rostro. Cuando se apartaron, Sara preguntó.

—¿Estás bien?

—Sí, solo estoy… Feliz —afirmó mirándola fijamente y, como si de pronto pudiese ver todo con claridad, expresó— Y todo se debe a ti.

Sara tomó su mano y con la sonrisa más dulce que Duncan jamás había visto, contestó.

—Me alegra ser el motivo de tu alegría.

En la mañana, ambos fueron a trabajar como era habitual. En la empresa no se hablaba de otra cosa que el retorno de la esposa del jefe. Sara se había convertido en toda una celebridad. Y el reciente acercamiento de ambos no pasó desapercibido.

—¿Viste al jefe esta mañana? —expresó la recepcionista mientras bebía un café con el portero.

—Sí, parece que extrañó mucho a su esposa, esta mañana no le soltaba la mano.

—¡Lo sé! Es muy raro. El CEO nunca fue tan atento con las otras mujeres con las que salía, ni una sola vez lo vi tomándolas de la mano —expresó la recepcionista muy impresionada con su demostración de afecto.

—Sara es su esposa, ahora las cosas son diferentes.

—Eso parece —respondió y rieron al unísono.

Cerca de las 4 de la tarde, Duncan se acercó a la oficina de su asistente para darle una sorpresa.

—¿Ya estás libre?

—Sí, jefe —contestó entre risas.

—Ven, hay que prepararse.

—¿Para qué?

—Para la fiesta temática.

Duncan condujo hasta una tienda de disfraces muy popular, pero sorprendentemente cuando entraron al negocio, el lugar estaba completamente vació, sin ningún cliente a la vista.

—¡Qué raro! —expresó Sara.

—¿Qué sucede?

—Usualmente, este lugar está lleno de gente.

—Ah, pedí que cerraran la tienda más temprano para que pudieras elegir la ropa a gusto.

—¡Vaya! Porque no me sorprende.

Duncan, que ya estaba acostumbrado a su sarcasmo, la ignoró y continuó diciendo.

—Ven, ya he pedido que preparasen algunas piezas para ti.

La tarde fue de pura diversión. Mientras ella se probaba los diferentes vestidos con sus respectivos accesorios, Duncan hacía de jurado para aprobar o rechazar su selección. Ella nunca lo había visto tan relajado.

Una hora más tarde, Sara se decidió por un vestido renacentista en color oro y unos tenis a juego, puesto que aún no podía usar tacones. Duncan no pudo estar más de acuerdo con su elección. El color le sentaba de maravilla, parecía una reina.

Cerca de las 7 de la noche se dirigieron a la fiesta en el hotel. Andrew se encontraba saludando a unos amigos cuando los vio entrar por la puerta principal.

—¡Wow! Duncan, tú sin duda te has sacado la lotería —expresó tomando la mano de Sara para que diera una vuelta.

—También me alegra verte Andy.

—Señor Carter, usted me recuerda a un rey inglés, Enrique…

—Enrique VIII —afirmó Andrew.

—No fue ese el rey que decapitó a su propia reina —comentó Duncan para apartar a su esposa del hombre. Al escuchar su comentario, Sara soltó su mano rápidamente.

—Así es —afirmó con descaro.

—Iré por una bebida —comentó Sara dejándolos solos.

—Bien jugado, amigo —expresó Andrew.

—Creí que ya te habías retirado de la carrera.

—Así es. Solo coqueteaba amistosamente —afirmó Andrew.

—Más te vale.

—Por cierto, ¿ya están saliendo?

—Más o menos —afirmó Duncan.

—¿Y eso qué diablos significa?

—Significa que estamos en proceso.

—¡Hombre!, ni siquiera te reconozco. En los viejos tiempos…

—En los viejos tiempos nunca habría conocido a una mujer como Sara —aseveró interrumpiendo a Andrew.

—Tienes toda la razón—expresó irónicamente— Mejor hazlo a tu manera.

Mientras hablaban, una dama con un vestido rojo muy escotado se acercó a ambos.

—¡Andrew, querido!

—¡Irina! —expresó muy sorprendido de verla allí— Creí que no vendrías a la fiesta —agregó mirando a Duncan.

—¡Por supuesto que sí! No me perdería esto por nada. ¡Duncan! —expresó con una sonrisa cínica como si acabase de verlo.

—Irina, ¿cómo estás?

—Genial. Es increíble que te encontrara 2 veces en menos de 1 semana. Debe ser el destino.

Sara, que volvía con su bebida en manos, no pudo evitar escuchar lo que ella dijo. Andrew la vio y rápidamente cambió de tema.

—Supongo que ya sabes que Duncan está casado.

—Sí, me lo comentó el otro día.

—Pues, te presento a la señora Lennox —agregó Andrew atrayendo a Sara con una mano. Luego la empujó en brazos de Duncan.

—¡Vaya! Es peculiarmente bella —comentó Irina con una sonrisa maquiavélica.

—En verdad es muy hermosa, ¿no lo crees? —expresó Andrew tratando de despertar a Duncan de su ensoñación.

—Sí, sí, por supuesto. No conozco a mujer más bella que mi esposa —afirmó sorprendiendo a Sara.

—Disculpe, ¿usted es…? —preguntó la aludida muy confundida.

—Lo siento, no nos han presentado, soy Irina, la ex de Duncan —respondió la mujer extendiendo la mano.

«Esta noche no puede ir peor», pensó Duncan mientras trataba de procesar la situación. Su examante y su actual mujer se encontraban a unos centímetros de distancia. Debía alejar a Irina antes de que comentase algo que pudiera herir a Sara. Afortunadamente, Andrew salió al rescate para salvarlo del apuro.

—Irina, ¿bailarías conmigo? —preguntó extendiendo una mano. Ella no parecía muy contenta con su invitación. No obstante, la aceptó.

—Por supuesto —contestó tomando su mano y ambos caminaron hasta la pista de baile.

Sara, que no era una tonta, aprovechó la ocasión para interrogar a Duncan.

—Así que es tu ex.

—Sí —respondió muy poco entusiasmado.

—¿La viste en tu viaje?

—Sí. Se hospedó en el mismo hotel que yo. Además de acudir al evento que Lennox Enterprise había auspiciado.

—Ya veo…

—Sara, no tienes nada que temer. Ella no significa nada para mí —le aseguró intentando tranquilizarla. Sin embargo, su respuesta solo hizo que ella se sintiese más confundida. *«¿Qué significa eso?»*, pensó, y para salir de dudas le hizo una pregunta directa.

—Duncan tú y ella…

—¡Señor Lennox! No sabía que vendrías a la fiesta —la interrumpió un empresario.

—Señor Thompson…—respondió Duncan, luego miró a esposa, pero ella ya se había esfumado.

Sara se dirigió a la mesa de bebidas, necesitaba de un respiro y tiempo para pensar. Andrew la vio y se acercó para hablarle.

—¿Todo bien?

—Sí, solo me siento algo sofocada —comentó refiriéndose a la situación, pero Andrew creyó que se refería a su atuendo.

—Me lo imagino, es un vestido muy elaborado.

—Sí, y pesa mucho —agregó.

—¿De qué hablaban? —preguntó Irina acercándose casualmente.

—¡Nada! —ambos respondieron al unísono, sonando bastantes sospechosos.

—De acuerdo…—respondió ella sin poder creérselo— ¿Cuántos bailes habrá esta noche? —preguntó a Andrew.

—Con profesionales, 5 bailes, y 3 para los invitados —respondió Andrew.

—¡Qué interesante! —comentó Irina mirando en la dirección que se encontraba Duncan.

—Espero que me reserve un baile —le preguntó Andrew a Sara.

—Por supuesto, será un placer —afirmó.

—Señoritas, si me disculpan, debo seguir saludando a mis invitados —expresó para despedirse.

Cuando ambas estuvieron solas, Irina se aproximó más a Sara para tomar una copa de champán, luego dijo.

—¿Hace cuánto tiempo conoces a Duncan?

—Unos años.

—¡Qué raro! Yo nunca escuche nada acerca de ti —respondió Irina antes de tomar un sorbo de su bebida.

—Pues yo tampoco de ti —afirmó Sara entre dientes.

—Típico de los hombres, siempre quieren mantener todo en secreto —comentó intrigante — Es una pena que haya guardado una cosa tan bella como tú —agregó tomando un mechón de su cabello. Sara trató de apartarse, pero al hacerlo Irina derramó su taza de champán en su vestido— ¡Oh, Dios! —expresó muy sorprendida— Hay que ir al baño a lavarlo, o quedará una mancha —le aseguró la mujer.

—Está bien —respondió Sara a pesar de no confiar en ella.

Cuando ingresaron al baño de damas, Sara empezó a limpiar su vestido con toallas húmedas. Irina la observaba con desdén, como si tan solo verla le diese asco.

—¿Se te ha perdido algo? —inquirió Sara molesta.

—No.

—Entonces, ¿qué tanto me ves?

—Tan solo observaba la poca cosa que eres. Sinceramente, no entiendo por qué Duncan se casó contigo.

—Me importa muy poco la opinión de su ex —afirmó Sara intentando eliminar con mayor esfuerzo la mancha en su vestido.

—Cariño, puede que te hayas casado con él, pero seguimos siendo amantes —expresó la mujer con condescendencia.

—¿Qué? —respondió indignada.

—¿Por qué crees que se ausentó estos días?

—Por un viaje de trabajo —afirmó.

—¿Eso te dijo? —respondió antes de dar una risita cínica— Cariño, eres muy ingenua.

—¡Estás mintiendo!

—No tengo razones para mentir, puedes preguntarle tú misma, nos quedamos en el mismo hotel —afirmó, y en ese instante Sara recordó las palabras de Duncan.

—Es mentira —expresó mientras una lágrima involuntariamente caía por su rostro.

—Piensa lo que quieras, pero si fuera tú, no sería tan confiada —afirmó la mujer antes de marcharse, dejándola sola en el baño.

Sara se quedó unos 10 minutos tirada en el piso. Desde luego no había creído una sola palabra de lo que dijo esa mujer. Aun así, se sentía humillada. Era la esposa de Duncan y ni siquiera se había acostado con él, mientras que Irina, ya lo había tenido por completo.

Quería permanecer allí por el resto de la noche, no obstante, al escuchar que pronto iniciaría el último baile, un inesperado coraje se apoderó de ella y se apresuró a levantarse. Pues, de ninguna manera, permitiría que los comentarios maliciosos de esa perra, le arrebatara algo tan preciado como era el tener un baile romántico con su esposo.

Se adelantó para abrir la puerta, pero por alguna razón estaba bloqueada. Empujo una y otra vez con todas sus fuerzas, pero la puerta no se movió ni un solo centímetro. *«¡Maldición! Se encontraba encerrada, y se perdería el baile si no salía de allí inmediatamente»*. Llamó a Duncan, pero este no le contestó. Su última esperanza era que Connor ya hubiera llegado a la fiesta para recogerlos, así que lo llamó.

—Sara, ¿qué sucede? —preguntó con una voz animada.

—Connor estoy encerrada en el baño de damas, ¿puedes ayudarme?

—Voy en camino —afirmó antes de colgar la llamada.

Unos minutos después apareció Connor. Cuando entró al baño le preguntó.

—¿Estás bien?

—Sí, no sé qué sucedió. La puerta no se abría.

—Alguien la bloqueó intencionalmente —afirmó el hombre con seriedad.

—¡Irina! —expresó ella antes de salir corriendo.

Ambos llegaron justo a tiempo para ver la entrada del último baile. Sara se paseó en medio de la gente tratando de hallar a su esposo. Lo encontró casi de inmediato, pero para su sorpresa, Duncan no la estaba buscando, sino que ingresaba a la pista de baile con Irina. Ella sonreía alegremente mientras se colgaba de su brazo y le hablaba al oído como si fuesen muy íntimos.

De pronto, las palabras de la mujer retumbaron en su mente. *«Puede que te hayas casado con él, pero seguimos siendo amantes»*. Sara miró a Connor esperando obtener respuestas, pero

él se encontraba igual de confundido.

—Connor, cuando terminen de bailar, dile que me fui a casa —expresó con tristeza.

—Sara espera…—respondió Connor, no obstante, ella ya se había marchado.

«¡Qué tonta!» «¿En verdad creíste que serías la única?», pensó Sara mientras aguardaba el taxi que había pedido. Ingenuamente, presumió que Duncan dejaría de ver a otras mujeres mientras ella decidía si quería tener una relación con él. *«¡Por supuesto que no!»* Él era un hombre y tenía necesidades.

Las lágrimas brotaron repentinamente nublando su visión. Ella enjugó su rostro y en vez de esperar a que llegara el taxi, empezó a caminar por la ciudad. Se suponía que no podía esforzarse tanto; sin embargo, debido a su estado emocional, olvidó que debía cuidar su tobillo y siguió deambulando por las calles como un *zombie.*

Unos minutos más tarde, Duncan se acercó a Connor con la esperanza de saber dónde se había metido su esposa. Al ver que el hombre tenía una expresión bastante sombría, se alarmó.

—¿Qué sucede? ¿Por qué tienes esa cara?

—Eso quisiera saber, ¿por qué bailaste con Irina?

—Me lo pidió en frente de unos inversionistas y no pude decirle que no.

—¿En serio? —expresó su chofer incrédulo.

—Sí. En serio —respondió sarcásticamente— Connor, ¿hay algo que quieras decirme? —inquirió al percibir su molestia.

—Sara los vio bailando —afirmó cortante.

—¿Y?

—Se veía muy decepcionada. Ella deseaba bailar contigo.

—Lo sé, pero desapareció, ¿qué querías que hiciera?

—Por supuesto que desapareció. Tu ex la encerró en el baño.

—¿Qué? —expresó impactado y agregó preocupado— ¿Está bien? ¿Dónde está ahora?

—Se fue a casa por su cuenta.

—¿La dejaste ir sola? —inquirió fastidiado.

—Se marchó incluso antes de que pudiera objetar —expresó quejándose. Duncan aspiró el aire con fuerza antes de contestar.

—Llévame a casa.

Ni bien llegó al *penthouse*, Duncan empezó a buscarla para darle una explicación plausible. Sin embargo, no la encontró por ningún lado. Inmediatamente, llamó a Connor.

—¿Qué sucede? —dijo respondiendo al celular.

—¡No está!

—¿A qué te refieres?

—A Sara. ¡Ella no está aquí!



Capítulo 33
«Es hora de admitir la verdad»

Duncan siempre había sido un hombre discreto y reservado con sus emociones. Sin embargo, esa noche había perdido cualquier rastro de indiferencia, pensó Connor, pues, las palabras de su jefe le sonaron bastante desesperadas.

—¿Cómo que no está? Dijo que iría a casa —respondió preocupado.

—Revisé en todas partes, en el *penthouse* no está. ¿A dónde habrá ido a estas horas?

—No tengo idea.

—¿Es posible que haya ido al internado?

—Quizás… Aunque desde que se casaron no ha puesto un pie en ese sitio.

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Intentaste llamarla?

—Sí, pero no me contesta.

—Está molesta, no te contestará. Lo intentaré yo, aguarda un momento.

—De acuerdo.

Pasaron solo cinco minutos antes de que Duncan perdiera la paciencia y empezase a llamar a su chofer para obtener noticias. Unos instantes más tarde, Connor volvió a comunicarse.

—¡Finalmente, me contestas! —expresó molesto.

—Estuve hablando con Sara.

—¡Gracias a Dios! ¿Dónde está?

—En una cafetería en el centro.

—Envíame la dirección, iré a buscarla ahora mismo.

—Ya estoy de camino, la dejaré en el *penthouse*, no te preocupes.

—De acuerdo.

Una hora más tarde, Sara entró por la puerta principal discretamente, tratando de no hacer ruido, pues deseaba a toda costa evitar a su esposo esa noche. Sin embargo, en cuanto puso un pie en la sala, Duncan encendió una lámpara haciendo que tuviera un susto de muerte.

—¡Santo Dios! —exclamó alterada.

—Precisamente, ¿se puede saber por qué diablos te marchaste de la fiesta?

—Parecía lo más apropiado, teniendo en cuenta de que ya tenías una pareja —afirmó molesta.

—¿Hablas de Irina?

—¿Acaso había otra exnovia tuya en la fiesta?

Duncan se levantó del sofá y tomó sus manos antes de contestar.

—Sara, creí que ya te lo había aclarado. Irina no significa nada para mí.

—Entonces, ¿es solo sexo? —respondió indignada, retrocediendo para apartarse de él.

—¿De qué diablos estás hablando? —inquirió muy confundido.

—Irina me dijo que siguen siendo amantes.

—¿Y le creíste?

—Viajaste al mismo lugar que ella, incluso se quedaron en el mismo hotel.

—Fue una simple coincidencia —afirmó.

—¿En serio? ¿Qué hay de esta noche? ¿Eso también fue una coincidencia del destino? —expresó irónicamente.

—Sara, lo siento. No te encontré y ella me pidió un baile en frente de unos inversionistas. No tenía idea de lo que te había hecho.

—¡Me encerró en el baño Duncan! ¡Esa mujer está desquiciada!

—Irina siempre fue muy impulsiva—respondió acercándose a ella, luego volvió a tomar sus manos— En verdad lo siento, pero te puedo asegurar que no hay nada entre nosotros. Terminé mi relación con ella hace muchos años y, durante mi viaje, me tropecé con ella en el hotel, hablamos por unos minutos y eso fue todo.

Sara lo miró a los ojos y supo que decía la verdad. Irina le había mentido descaradamente solo para arruinarle la noche.

—Lo siento, Duncan, todo lo que me dijo sonaba tan convincente, debí saber que no era verdad —Duncan respiró hondo antes de responder.

—Sara, no estoy molesto por lo que sea que creíste de mí.

—Entonces…

—Estoy molesto porque decidiste vagar sola por la ciudad en medio de la noche vestida, de esta manera —espetó gesticulando con una mano.

—Es que me sentía tan sofocada, tan humillada. No sabía qué más hacer —expresó tratando de justificarse.

—Entiendo, pero no puedes simplemente desaparecerte de la faz de la tierra. ¿Tienes idea de lo preocupado que estaba por ti? —respondió con una voz estrangulada.

—Duncan yo…—respondió agachando la cabeza para mirar sus manos temblorosas. Ella no poseía ninguna excusa válida para darle. Tenía razón, debió pensar antes de hacer semejante estupidez. Todos conocían los peligros de vagar por las calles a altas horas de la noche— Lo siento, soy una estúpida —Él levantó su mentón con una mano antes de contestar cariñosamente.

—No eres una estúpida, solo eres demasiado celosa.

—¿Celosa, yo? —expresó bastante sorprendida.

—Sí, tú, querida Sara.

—¡Claro que no! Nunca fui del tipo celosa —le aseguró.

—¡Ah, no! ¿Acaso no te molestaste porque bailé con otra mujer?

—Sí, pero hubo circunstancias atenuantes —afirmó en su defensa.

—Eso me contaron. Escucha Sara, prométeme que nunca volverás a desaparecer. Si alguna vez te sucediera algo, no podría soportarlo —respondió con sinceridad. Al ver que Duncan le abría su corazón, ella se atrevió a preguntar.

—Duncan, ¿qué es lo que sientes por mí?

Su pregunta lo tomó por sorpresa. No esperaba que ella fuese tan directa, pero quizás era lo que se requería para confesarle la verdad. Él respiró hondo para armarse de valor.

—Sara yo…—dijo y tras una breve pausa agregó con una voz suave— Te amo.

—¿Hablas en serio? —respondió como si le fuese imposible creerlo.

—¡Por supuesto que sí!

—Creí que nunca podrías… amarme —dijo expresando sus miedos involuntariamente.

—Sara, yo te he amado desde hace mucho tiempo, incluso antes de conocerte en persona, con todas las cosas que Connor me contaba de ti, sinceramente estaba embelesado. A decir verdad, ya te admiraba profundamente. Y bueno, cuando finalmente te conocí, todo tuvo sentido.

Aunque seguía negándolo, en el fondo, tenía la certeza de que irremediablemente me había enamorado de ti.

—¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Creía que jamás podría merecerte. Tú siempre has sido tan… perfecta —expresó admirado, como si ella estuviese hecha de cristal y el solo hecho de tocarla pudiese romperla en mil pedazos.

Sara percibió su temor, y apoyando suavemente la mano derecha en su tórax para sentir sus latidos, expresó mirándole a los ojos.

—Duncan, tu corazón es lo único que siempre he querido.



Capítulo 34

«Yo sí te quiero»

La afirmación de Sara sorprendió tanto a Duncan que fue incapaz de emitir una sola palabra, el pobre individuo quedó totalmente pasmado con su declaración. *«¿Estaré soñando?»*, se preguntó. Pues, solo en sus sueños su esposa le había dicho frases tan esperanzadoras. Tal vez seguía dormido, pensó.

—Duncan, ¿estás bien? —inquirió Sara preocupada.

—Sara, ¿qué significa exactamente lo que acabas de decir? —inquirió para asegurarse de que había interpretado correctamente sus palabras.

Sara respiró hondo para cobrar valor. Finalmente, había llegado el momento de expresarle todo lo que tenía guardado en su interior.

—Significa que te amo, Duncan —respondió mirándolo a los ojos, luego levantó los talones y apoyó la mano derecha en su hombro para hablarle al oído con una voz peligrosamente provocativa— Que, desde hace mucho tiempo, he añorado tus caricias —agregó antes de mover la mano derecha de su esposo para posarla sobre su seno izquierdo. La voz suave y el exquisito tacto de Sara, sin duda, lo hicieron estremecer, pero fueron sus últimas palabras las que lo enloquecieron— Hazme tuya, Duncan.

Duncan sonrió ante la atrevida declaración. Su adorable esposa, nunca paraba de sorprenderlo, pensó antes de besarla apasionadamente. Él la sostuvo de la cintura para levantarla de un solo golpe, luego la llevó hasta la cocina.

La depositó suavemente en la encimera, luego levantó la falda de su vestido para remover su ropa interior. Sara apenas podía contener su excitación, ella lo miró a los ojos, muy expectante.

Cuando Duncan, acarició levemente su clítoris, exhaló muy sorprendida por la nueva sensación que experimentaba. Él siguió masajeándola ágilmente con los dedos, combinando su técnica con los labios y la lengua para llevarla a su primer orgasmo.

Sara, perdida en el calor del momento, presionaba desesperadamente su cabeza con ambas manos. Tras correrse, él succionó cada gota de su excitación antes de volver a besarla apasionadamente.

Duncan paró por un segundo para librarse de su esmoquin y el corbatín. Sara no se quedó de brazos cruzados, rápidamente, empezó a desabotonarle la camisa y los pantalones. Él no quería apresurar las cosas, así que detuvo su mano antes de que le removiera el bóxer.

—Aún no —le indicó. Sara lo miró por un instante y asintiendo, contestó.

—¡Entonces, ayúdame a mí! —expresó bajando de la mesa para ponerse de espaldas.

Duncan puso manos a la obra, pero debido a su estado de excitación y el arcaico modelo del atuendo, fue incapaz de hacerlo eficazmente. La ansiedad lo venció y tras estirar con mucha fuerza uno de los botones, rasgó la espalda del vestido. Sara se echó a reír a carcajadas, luego sugirió perspicazmente.

—Quizás deberíamos irnos a la habitación.

Duncan sacó una tijera del cajón antes de tomar la mano de Sara para llevarla a la habitación más próxima. Ella se rio alegremente mientras lo seguía por el pasillo.

Con la ayuda de la tijera, su esposo se deshizo del corsé, dejándola completamente desnuda ante sus ojos, ella se recostó en la cama para observarlo mejor. Duncan se libró del bóxer, mostrándole su cuerpo en toda su plenitud. Sara, que se moría de la curiosidad, le echó una mirada breve a su miembro desnudo, lo que fue un terrible error, pues la puso nerviosa.

Al percibir su inquietud, Duncan se deslizó sobre ella lentamente, haciendo que perdiera la rigidez del nerviosismo. A seguir, acarició su rostro y descendió la mano suavemente por todo su cuerpo hasta llegar al centro de su ser. Él la miró a los ojos, mientras introducía un dedo lentamente en su interior con la intención de prepararla, pero Sara seguía deseando más, así que expresó desesperada.

—¿Quieres volverme loca?

—Sí, eso es exactamente lo que quiero —respondió antes de sumergir su lengua en su interior.

Sara no fue capaz de pronunciar otra palabra durante mucho tiempo. La cabeza le daba vueltas, como si se encontrase en un plano superior. Cuando estuvo empapada y muy afín de sus caricias, Duncan le separó las piernas suavemente a fin de posicionarse. Luego introdujo su miembro con toda la delicadeza que le fue posible para no lastimarla más de lo necesario. Ella arqueó la espalda al sentir la presión, pero pronto se relajó y empezó a moverse.

Sus embistes fueron controlados a principio. Sin embargo, pronto perdió la compostura y se dejó llevar. Levantó las piernas de Sara para apoyarlas sobre sus hombros e introduciendo toda la extensión de su miembro, se movió con mayor ímpetu para darle lo que deseaba. Ella gritó su nombre al recibir su siguiente orgasmo. Al percibir que le había brindado placer a su esposa, Duncan dejó de contenerse y con unos pocos movimientos liberó toda su esencia acumulada sobre su abdomen.

Sara abrió los ojos de par en par al percibir el cálido fluido cayendo sobre su piel.

—Lo siento, pero esta noche me ha tomado desprevenido —explicó disculpándose por el desastre.

—Descuida —respondió comprensiva. Sin embargo, unos segundos después agregó— Duncan, ¿puedo hacerte una pregunta?

—Sí, por supuesto.

—¿Qué piensas acerca de tener niños? —él tomó su mano antes de contestar.

—Sara, para ser sincero, antes de conocerte, estaba seguro de que nunca iba a casarme y mucho menos tener hijos.

—¿No pensabas tener una descendencia? —expresó sorprendida.

—Jamás podría obligar a un niño a crecer de la misma manera que yo, sin una madre —agregó con tristeza.

—Entiendo… ¿Sigues pensando de la misma manera?

—¡Por supuesto que no! Ahora te tengo a ti, pero nunca llegamos a hablarlo y creo que esa decisión debería ser de ambos —aclaró, liberándola de todas sus dudas. Sara sonrió antes de responder.

—Tienes razón. Gracias por ser tan considerado.

Tras hablar de cuantos hijos pretendía tener y cómo los llamaría, Duncan besó cada centímetro de su cuerpo, volviendo a enloquecerla de placer. Ya cerca de la media noche, decidieron tomar una ducha para ir a dormir, pues, al día siguiente, ambos tendrían que ir a la

oficina.

En la mañana, Sara abrió los ojos de par en par, muy desorientada. Por un segundo, se le olvidó que Duncan yacía a su lado en la cama *«¡Ah, es él!»,* recordó al sentir que un hombre la tenía sujeta por la cintura mientras apoyaba la cabeza en su espalda. Su cuerpo se percibía tan cálido como un sol de verano. Ella movió la cabeza lentamente para observarlo, y al ver que su adorable esposo seguía dormido, contuvo la respiración para moverse sin despertarlo.

Fue al baño brevemente para asearse antes de prepararse algo de comer. Extrañamente, hoy se sentía hambrienta. Quince minutos más tarde, Duncan ingresó a la cocina.

—Buenos días, cariño —expresó antes de darle un beso en la nuca.

—Buenos días —respondió con una sonrisa mientras terminaba de cocinar unos huevos.

—¿Por qué te has despertado tan temprano?

—Me moría de hambre —confesó.

—Igual yo. ¿Te ayudo?

—Sí, ¿podrías preparar jugo de naranja?

—Claro. Ahora mismo, esposa —respondió como si le hubiera dado una orden. Sara solo sonrió antes de negar con la cabeza.

Mientras comían, Duncan le preguntó cómo habían sido las cosas en su ausencia.

—Nada nuevo, lo de siempre. Me encargué de todos los documentos.

—Eres muy eficiente.

—Por supuesto, por eso me contrataste —afirmó.

—Has hecho un buen trabajo, debería aumentarte el sueldo.

—¿De verdad? —respondió emocionada ante la idea.

—Claro, te lo mereces.

—¡Gracias, jefe!

—Por cierto, ¿no crees que deberíamos irnos de luna de miel?

—¿Luna de miel? —expresó tosiendo, pues, casi se había atragantado con el pedazo de pan que acababa de morder.

—Sí. Aunque es cierto que nos casamos, nunca hemos tenido una luna de miel.

—Eso es porque nuestra boda nunca fue real.

—Bueno, ahora lo es y, creo que te mereces una luna de miel —afirmó para que no quedase ninguna duda al respecto.

—Bueno, yo jamás me opondría a unas vacaciones gratuitas —expresó sonriendo.

—Entonces, ¿a dónde quieres ir?

—Hummm. Siempre he querido conocer Nepal y visitar los alrededores del monte Everest —contestó ilusionada.

—¿De verdad? —inquirió bastante sorprendido.

—Sí. ¿No te agrada la idea?

—¡Me encanta! Simplemente, no me lo esperaba.

—¿Entonces?

—¡Me ocuparé de los arreglos inmediatamente!

—¿Cuándo crees que podemos ir? —quiso saber entusiasmada.

—Si me ayudas a resolver algunos asuntos urgentes. Creo que podríamos irnos la próxima semana.

—Por mí no hay problema. Trabajaré incluso 24 horas al día para terminar lo antes posible —prometió.

—No es necesario que te esfuerces tanto. Después de todo eres mi esposa.

—Justamente por eso me esfuerzo. No quiero que piensen que descuido mis deberes como tu asistente solo porque estamos casados.

—Dudo que alguien se atreva a levantar semejante calumnia en tu contra —expresó supuestamente muy serio. Sara rio antes de responder.

—No tienes idea de las cosas que la gente murmura por los pasillos de la oficina —Duncan tomó su mano antes de decir con total seguridad.

—Sara, no importa lo que digan de ti por los pasillos. Tú jamás podrías decepcionarme.



Capítulo 35
«Intenciones ocultas»

Ni bien llegaron al trabajo, estuvieron muy ocupados. Duncan quedó atascado en reuniones toda la mañana, mientras que Sara se encargaba de revisar los documentos pendientes. Cuanto antes terminase de procesar todo el papeleo, más rápido empezaría su luna de miel, concluyó animada. De pronto recibió una llamada del lobby del edificio.

—Diga.

—Señora Lennox. Ha venido una mujer que quiere verla.

—¿Una mujer?

—Sí, dice que es su madre.

«¿Madre? Imposible», pensó, pero debía verla para asegurarse. Así que respondió.

—Dile que aguarde en la recepción. Ahora mismo bajo para verla.

Sara salió corriendo por el pasillo para tomar el ascensor. Cuando llegó a la recepción, confirmó muy apenada que se trataba de esa terrible mujer que la había vendido hace años.

—¡Sara! Querida mía —expresó su madre tratando de abrazarla. Ella se apartó esquivando el contacto físico.

—¿Qué diablos haces aquí?

—Vine a ver a mi hija.

—¡No tienes ningún derecho de llamarme así! ¡Me vendiste! ¿Lo recuerdas?

—Sara escúchame…

—¡No tengo nada que escuchar! ¡Ya lárgate o llamaré a seguridad!

—Si fuera tú, escucharía con mucha atención lo que tengo que decir.

La amenaza de su madre tuvo el efecto esperado. Sara se sentó en el sofá para escuchar su bendita explicación.

—Cariño, juro que yo no tenía idea de lo que hacían en ese lugar.

—¡Ah no! Entonces, ¿por qué desapareciste?

—Cuando te entregué a aquella mujer. Estaba segura de que te convertiría en una modelo famosa.

—¿Modelo? ¡Me vendieron, madre!

—¡Juro que no lo sabía!

—Me iban a convertir en una esclava sexual. No finjas que no lo sabías —expresó en voz baja, al notar que la gente los estaba mirando.

La madre de Sara nunca había sido del tipo paciente, así que decidió cortar el dramatismo e ir directo al grano.

—De acuerdo. Admito que lo sabía. Si te sirve de consuelo, lo hice porque creí que tendrías un mejor futuro a manos de un hombre rico que muerta de hambre en un internado.

—En verdad no tienes corazón —expresó sin poder contenerse.

—No, y, ahora que ya lo sabes, dejemos de lado el sentimentalismo y hablemos de negocios.

—De acuerdo. Habla sin rodeos.

—Me he enterado de que casaste con un hombre multimillonario.

—¿Cómo lo supiste? —inquirió curiosa, pues estaba segura de que ella había salido del país.

—Los medios, por supuesto —afirmó con condescendencia.

«¡Claro! El escándalo en París», recordó Sara muy tarde. Probablemente, su madre había visto su cara en alguna revista de chismes internacional. Tenía que averiguar cuanto antes lo que quería, así que respondió indiferente.

—¿Y?

—Bueno, creí que como tu madre me correspondía una parte de tu buena suerte. Prometo que una vez que obtenga lo que quiero volveré a desaparecer.

—¿Volviste solo para pedirme dinero? ¿Acaso perdiste el juicio?

—No cariño, te aseguro que me encuentro perfectamente bien. Lo que perdí fueron mis recursos, por lo que necesito de dinero y tú, mi querida, lo tienes de sobra —expresó señalando el lugar.

—¡La fortuna de Duncan no es mía! —le aseguró.

—Según la ley, lo suyo es tuyo, querida.

—¿Qué? ¿Qué es lo que pretendes? —contestó preocupada.

—Ya te lo dije. Solo quiero una pequeña porción de tu fortuna para desaparecer para siempre.

—¡Estás loca si crees que te daré su dinero!

—Lo harás si deseas evitar un escándalo, querida.

—¿Escándalo? —inquirió muy preocupada.

—Sí, imagina lo que dirá la prensa cuando se entere de tu pasado oscuro.

—No hablas en serio, ¿verdad? No te atreverías —expresó incrédula.

—¿Acaso no me conoces?

Sus palabras fueron un triste recordatorio de lo cruel que podía ser esa mujer. Por supuesto que hablaba en serio. Armar un escándalo para ensuciar su nombre, ni siquiera se comparaba con lo que ya le había hecho en el pasado. Al ver que no respondía, su madre insistió.

—Si no me pagas 5 millones de dólares en efectivo para esta noche, le daré las fotos de tu “debut” a la prensa —expresó irónicamente.

—Eres peor que una víbora ponzoñosa, ¿lo sabías? —afirmó horrorizada.

—No tienes idea querida, y por tu bien, te recomiendo que no intentes averiguarlo. Te daré tiempo hasta las 6 de la tarde para conseguir el dinero, si no, estarás en el noticiero de las 8 —le advirtió.

Sara se tomó un instante para pensar en todas las consecuencias que acarrearía semejante escándalo a la vida de Duncan. Respiró hondo antes de responder.

—Está bien, te veré en el café de la esquina a las 6.

—¿Con el dinero?

—Sí. Ahora lárgate antes de que alguien te note.

—Contáctame a este número para confirmar que lo tienes —respondió la mujer entregando a Sara un pedazo de papel y, tomando su bolso para marcharse, agregó— Ah, cariño, no te retrases.

Sara permaneció sentada en el sofá por mucho tiempo. Tenía ganas de llorar, pero no podía armar una escena en el lobby de la empresa. Seguía sin poder procesar el hecho de que su madre había vuelto. Después de tantos años, ingenuamente creyó que ella se mantendría alejada.

Obviamente, subestimó su descaro y falta de consideración hacia su propia hija. El dinero era su máximo propósito y haría cualquier cosa para obtenerlo. Incluso arruinarla por una segunda vez.

Necesitaba conseguir 5 millones de dólares lo antes posible. Y la única manera de hacerlo sería usando la dote que le había dejado el viejo Lennox. *«Maldición»,* pensó antes de tomar el celular y llamar al abogado de la familia.

—Señora Lennox, ¿en qué puedo ayudarla?

—Señor Marrone, disculpe que lo moleste, pero tengo una consulta.

—Dígame.

—¿Cuánto tiempo tardaría la transferencia de la dote que me dejó mi suegro?

—Usted ya firmó todos los documentos. Así que puede disponer de él en cuanto lo precise.

—Entiendo, ¿puede transferirse el dinero para esta tarde?

—El dinero ya está en una cuenta que le abrió el señor Lennox antes de morir. Le pasaré los datos por email.

—Entiendo. Muchísimas gracias, señor Marrone.

—De nada, llámame si tienes alguna otra consulta.

—Desde luego, muchas gracias.

Sara volvió a su oficina para terminar de procesar los documentos. Luego fue al banco para retirar el dinero. Felizmente, Duncan seguía en una conferencia. Ella deseaba desesperadamente contarle lo que había sucedido, pero sabía que si lo hacía él no querría pagarle el dinero a su madre, haciendo que el escándalo fuese algo inevitable.

Una noticia como esa no solo destruiría su carrera, sino que también arruinaría a la empresa de su esposo. No podía permitir que su secreto saliese a la luz.

Cerca de las 5 Duncan se acercó a ella para invitarla a un restaurante. Quería brindarle una cena romántica, aprovechando que no tenían ningún evento para esta noche.

—¿Terminaste?

—Sí, solo debo archivar esta carpeta.

—Genial, he preparado una sorpresa para ti.

—¿En serio? —expresó nerviosa.

—Sí.

—Lo siento, ¿podemos hacerlo otro día?

—¿Por qué? ¿Tienes algún compromiso?

—Sí, quedé de tomar un café con un posible patrocinador —mintió.

—¿Un patrocinador?

—Sí, para el proyecto de responsabilidad social —agregó para convencerlo.

—Ah, entiendo… ¿Quién es el inversor?

—El señor Carter —respondió mencionando el primer nombre que se le ocurrió.

—¿Andy?

—Sí, será por media hora, volveré a tiempo para preparar la cena —prometió.

—De acuerdo. Te veo en un rato.

—Está bien.

Ni bien Duncan se marchó, Sara tomó el celular y llamó a Andrew. Necesitaba que el hombre apoyara su mentira o su esposo sospecharía de algo.

—Señora Lennox.

—Andrew —expresó cortando la formalidad.

—Sara estás bien, ¿sucedió algo?

—No, pero si Duncan alguna vez te pregunta, tú y yo nos vimos esta tarde para hablar sobre un proyecto sin fines de lucro.

—Ok…—respondió confundido.

—Ah, le dije que estabas interesado en ser un patrocinador.

—Pero…

—Te lo explicaré luego.

—Está bien, pero me deberás una.

—De acuerdo.

Sara colgó la llamada rápidamente para tomar la maleta que tenía escondida debajo de su escritorio. Ya eran casi las 6, debía apresurarse para llegar a la cafetería de la esquina. Ni bien cruzó por la puerta, divisó a su madre bebiendo una taza de café. Cuando la vio le hizo señas con la mano. Ella se acercó prontamente, puesto que no quería llamar la atención de nadie.

—Aquí está, ahora lárgate —expresó fríamente.

—¿Ni siquiera te vas a sentar?

—No, solo vine a dejarte el dinero.

—¡Bien! —respondió girando la maleta para abrirla. Verificó el dinero y enarcando una ceja agregó— Esto es más de lo que pedí.

—Son 10 millones. Tómalos y lárgate para siempre —La mujer sonrió maquiavélicamente antes de contestar.

—Siempre has sido una ingenua. ¿En verdad creíste que dejaría libre a mi gallina de los huevos de oro?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, querida mía, que este pago es solo el comienzo de una larga y beneficiosa sociedad entre tú y yo.

—¿Qué? ¡Dijiste que querías el dinero para marcharte de una vez por todas!

—Sí que eres una tonta. Entiéndelo de una vez, mientras sigas siendo la esposa de un heredero, tú nunca te librarás de mí.

Sara la observó horrorizada, finalmente cayó en cuenta de las verdaderas intenciones de su madre. Ella no deseaba el dinero para desaparecer, quería vivir de su hija para siempre.

«*¿Cómo había podido ser tan ingenua?*» No era la primera vez que escuchaba esta historia. Duncan le contó a detalle cómo su suegro pasó años pagándole una jugosa pensión a su exesposa para que lo dejase en paz y, su madre, pensaba hacerle exactamente lo mismo.

Si permanecía casada con Duncan, nunca se vería libre de su madre. La maldita víbora seguiría succionando el dinero de su esposo como si fuese un vampiro. «*¡Sobre mi cadáver!*», pensó mientras una lágrima se deslizaba por su rostro.

Miró con total repulsión a la mujer que tenía enfrente. No podía permitir que arruinara la vida de nadie más, y mucho menos la de Duncan. Definitivamente, haría algo para impedírselo, concluyó muy decidida y, en ese afligido momento, vislumbró lo que necesitaba hacer.

Sara tomó un largo respiro, y tras armarse de valor contestó con una voz grave.

—Lamento arruinar tus planes, madre, pero debes saber que en unos meses ya no seré la esposa de Duncan Lennox.

—¿Por qué no? —inquirió Elena sorprendida.

—Pues, sucede que acabo de pedirle el divorcio.



Capítulo 36

«Las cosas buenas no duran para siempre»

Sara llegó a la casa muy acongojada. Apenas podía contener las ganas de llorar. Ya tenía muy claro lo que debía hacer. Sin embargo, le faltaba el coraje para decírselo a su esposo. No sería fácil, en especial, porque no podía contarle la verdad. Duncan jamás aceptaría el divorcio, si supiera que lo hacía estrictamente para librarlo de su madre.

—Ya llegaste mi amor —saludó Duncan desde la cocina.

—¿Qué hacías? —inquirió curiosa, tratando de cambiar de tema, pues no podía simplemente pedirle el divorcio, precisaba de tiempo para idear un plan creíble.

—Pensé que podría empezar con la cena.

—Qué gentil. ¿Cuál es el menú? —preguntó Sara acercándose para darle un beso en la mejilla.

—Tenía planeado hacer lasaña, pero creo que estropeé la masa.

—Entiendo…

—¿Cómo te fue? —Ella lo miró confundida, así que Duncan agregó— Con tu inversionista, ¿Andy te ayudará?

—Ah sí. Dijo que lo pensaría.

—Seguro lo convenciste, eres muy persuasiva —afirmó orgulloso.

—Tengo mis mañas —respondió— Por cierto, ¿tienes algo planeado para mañana?

—No, es sábado. ¿Por qué lo preguntas? —inquirió curioso.

—Quería ir de paseo.

—¿Dónde?

—A la cabaña del abuelo. La última vez no tuve la oportunidad de ver el pueblo.

—De acuerdo. Hagámoslo.

«Un día más, solo un día más», pensó Sara mientras intentaba mantener el semblante neutro. Deseaba tener un breve momento de felicidad antes de marcharse para siempre de su vida.

En la mañana, empacaron víveres y condujeron hasta la cabaña. Sara aprovechó cada instante que pudo para pegarse a su esposo. Duncan se sentía bendecido con su demostración de afecto. Rara vez ella lo hacía, pues en la empresa seguían siendo jefe y asistente, por lo que le alegraba mucho estar apartado de toda esa gente. Se pasearon por el bosque y luego visitaron el pueblo. Sara se sentía inmensamente feliz, pero a la vez muy triste, pues días como este jamás se repetirían.

Al final de la tarde volvieron al *penthouse*, pues, su esposo debía viajar al día siguiente. Sara deseaba aprovechar cada segundo que le quedaba con él, por lo que, en vez de salir para cenar afuera, prefirió cocinar algo en casa.

A modo de agradecimiento por su devoción y cuidado, Duncan le ofreció una noche de pasión inolvidable. Cuando él se quedó dormido, ella inevitablemente se echó a llorar.

Sara estuvo despierta toda la noche pensando en lo que debía hacer. Al enterarse de que

Duncan iría de viaje por varios días, vio la oportunidad perfecta de desaparecer sin dejar ningún rastro. Pues, tras pensarlo con mucho cuidado, se dio cuenta de que jamás sería capaz de pedirle el divorcio personalmente. Decidió que lo mejor sería dejarle un mensaje por escrito, creyendo de esa manera, que sería menos doloroso para ambos.

—Bueno, ya tengo todo listo. Connor me llevará al aeropuerto. Vuelvo en unos días. Cuando regrese planearemos nuestra luna de miel —prometió.

—Está bien —expresó Sara con una sonrisa forzada.

Duncan le dio un beso tierno antes de marcharse. Cuando la puerta del *penthouse* se cerró, las piernas de Sara cedieron y rompiendo en un llanto silencioso cayó al piso.

Tres días más tarde, Duncan llegó a casa muy temprano con un ramo de flores en la mano. Tenía la esperanza de hallar a su esposa esperándolo de brazos abiertos. Sin embargo, se encontró con una casa sombría. El lugar estaba a oscuras, como si nadie estuviese allí.

—¡Sara! —gritó esperanzado, pero nadie respondió— ¡Sara! —repitió, aun así, no obtuvo respuesta.

Se acercó a la cocina y encontró una nota en la encimera.

"Duncan

Agradezco profundamente todo lo que has hecho por mí. Sin embargo, es tiempo de que nuestros caminos se separen. Ya he firmado los papeles del divorcio. Te los dejé con Patrick, puedes firmarlos una vez que venza el plazo de nuestro matrimonio para que así no pierdas tu fortuna.

Te deseo lo mejor

Sara"

«¿Qué?», pensó sin comprender lo que estaba sucediendo. Corrió a la habitación y revisó los armarios. Ella había llevado toda su ropa. *«¡Maldición! ¿Qué diablos está sucediendo?»*, se preguntó. Llamó a Connor, pero este no sabía nada del asunto, puesto que había viajado con él. Le marcó a Patrick para que le explicase la situación, pero este prefirió verlo personalmente.

Corrió a la empresa con la esperanza de que Sara aún siguiese trabajando allí. Fue cuando descubrió que había entregado su renuncia el mismo día en que él se había marchado. Patrick llegó cerca de las 9 de la mañana a su oficina con los papeles del divorcio en manos.

—¿Qué diablos? ¿Me puedes explicar qué está sucediendo?

—No comprendo, ¿a qué se refiere, señor?

—¿Por qué Sara pidió el divorcio?

—Ella no lo hizo, fue usted.

—¿Qué?

—Recibí un email de su cuenta solicitando los papeles para el divorcio.

—¡Yo no te envié nada! —expresó, y unos segundos después de analizarlo, agregó— ¡Sara! Ella tiene acceso a mi email.

—Lo lamento, señor, pero creí que había sido usted. La señora ya los ha firmado— comunicó dejando los papeles en su mesa. Duncan lo leyó rápidamente antes de decir.

—¿Por qué lo hizo? ¿Por qué solicitó el divorcio?

—No lo sé, señor. Tenía entendido que era la voluntad de ambos. Como ve, ella firmó los papeles sin ninguna solicitud adicional. Solo me indicó que usted los firmaría, una vez que expirase el periodo de su matrimonio.

—¡Me importa un comino si firmó los papeles! ¡Quiero saber por qué pidió el divorcio!

—No tengo idea, no me dio explicaciones, y yo tampoco se las pedí —Duncan rasgó los papeles en pedazos antes de responder.

—¡Pues si quiere divorciarse tendrá que darme explicaciones!

Connor se pasó toda la mañana intentando dar con Sara. Sin embargo, no logró ubicarla por ningún lado. Incluso fue al internado para tratar de encontrar algún rastro de su paradero.

—¿La encontraste? —inquirió Duncan, nada más verlo.

—No. Nadie sabe dónde se ha metido.

—¡Maldición! —expresó frustrado, levantándose de la silla.

—Seguiré buscando, pero hay algo que debes saber.

—¿Qué?

—Al parecer Sara sacó todo el dinero que tenía en el banco.

—No es mucho lo que tiene.

—No hablo del dinero que tenía en su cuenta personal.

—¿Entonces?

—Me refiero a la dote que le dejó tu padre.

La noticia impactó a Duncan, puesto que Sara le había asegurado que nunca tocaría ese dinero, pues, no se lo había ganado con el sudor de su frente. Si ella realmente había sacado el dinero del banco, entonces *«¿significaba que realmente había huido de él?»*, no podía creerlo. Ella dijo que lo amaba. *«¿Le había mentido? ¡No! Imposible, ella no era así»*, concluyó con certeza.

—Debe haber una razón. Averigua con quien se ha visto en los últimos días. Tal vez encuentres algo importante.

—Está bien, ahora mismo me ocupo de ello.

A las 1 de la tarde, mientras Duncan seguía perdido en sus pensamientos, una persona totalmente inesperada irrumpió abruptamente en su oficina.

—¿Quién es usted? —preguntó sorprendido.

—No reconoces a tu suegra…—expresó la mujer.

—¿Eres la madre de Sara? —inquirió estupefacto.

—Sí. Soy Elena Stone.

—¿Qué hace aquí?

—Escuché que estás buscando a mi hija.

—¿Sabes dónde está?

—Sí.

—¿Cómo?

—La he seguido —mintió.

—Porque no me sorprende.

—¿Quieres saber dónde está o no?

—Por supuesto que sí, pero primero, dime qué quieres a cambio —expresó Duncan desconfiado.

—¿Me creerías si digo que nada?

—No, definitivamente no.

—Mira, sé que he sido una terrible madre para Sara y no importa lo mucho que me esfuerce, nunca podré reparar lo que le hice —expresó dramáticamente.

—Entonces, ¿por qué volviste?

—Quería ver cómo estaba, pero no quiso hablarme. La seguí con la esperanza de que me dejara explicarle mis razones, pero continuó ignorándome.

—¿Me dirás dónde está?

—Se marchó en un autobús que iba hacia el sur. Supongo que volvió al pueblo de su

abuela.

—¿Cuál es el nombre del lugar?

—Valle de las montañas.

—¿Estás segura?

—Sí. Es el único lugar al que iría sola. Probablemente, la encontrarás en la vieja casa de su abuela.

—De acuerdo, gracias por la información —expresó tratando de cerrar la conversación lo antes posible.

—Si desea llegar rápido, debería ir en un helicóptero. La zona no es accesible para los aviones y con el automóvil le llevaría más de 14 horas.

—Entiendo. Lo tendré en cuenta —respondió mientras tomaba su celular y la chaqueta— Si me disculpa tengo asuntos que atender.

—Por supuesto, me marcho. Buena suerte, hijo —expresó antes de salir por donde vino.

Duncan no esperó otro segundo. Llamó a Connor y le comunicó la novedad, su chofer quedó algo preocupado debido a que Elena Stone era su fuente de información. Sin embargo, valía la pena intentarlo.

Media hora más tarde, Duncan ya se encontraba en el helipuerto ubicado en la azotea del edificio de Lennox Enterprise. Connor decidió quedarse para seguir buscándola en la ciudad. Conocía a Sara lo suficiente para saber que detestaba viajar sola, por lo que probablemente estaría escondida en algún sitio fuera de la metrópoli.

No transcurrió ni una hora antes de que el piloto de Duncan notara que tenían problemas con el panel de control del helicóptero. Le informó inmediatamente de la situación mientras trataba de contactar con la torre de comunicación más cercana.

Tras corroborar la severidad del problema eléctrico, a fin de salvar sus vidas, el piloto no tuvo otra opción más que hacer un aterrizaje forzoso en medio de una plantación de maíz.

Sara se encontraba verificando unos emails, cuando recibió un mensaje de Connor. Al principio había ignorado totalmente su celular, pues sabía que la estaban buscando. Sin embargo, al recibir tantos mensajes de texto, se preocupó y decidió revisarlos. Cuando leyó el último SMS saltó de la silla.

“Sara atiende mis llamadas. Ha sucedido algo terrible”

Ella ni siquiera terminó de leer el resto del mensaje. Llamó a Connor de inmediato muy preocupada. Si el hombre había inventado una mentira solo para ubicar su paradero, le daría un buen sermón, pensó.

—Hola, Connor… —expresó de mala gana.

—Sara, escucha con atención. Dónde sea que estés, toma un taxi y ve al hospital Saint Joseph ahora mismo.

—¿Por qué? ¿Qué ha sucedido?

—Duncan ha tenido un terrible accidente.

Capítulo 37

«Una amenaza muy real»

Tras escuchar la noticia, Sara quedó bastante desorientada, pues, había tenido esperanzas de que el mensaje fuese algún tipo de artimaña para dar con su ubicación. Sin embargo, ahora no le cabían dudas de que se trataba de una situación muy seria. Connor no inventaría una mentira de esa magnitud.

—Sara, ¿estás ahí?

—Sí, lo siento. ¿Qué ha pasado? ¿Cómo pasó el accidente? —expresó a duras penas.

—Su helicóptero tuvo un fallo. El piloto fue obligado a hacer un aterrizaje forzoso.

—¡Santo Dios! ¿Cómo está? —inquirió afligida.

—Su condición es extremadamente grave, no saben si sobrevivirá. Llegaré al hospital en unos minutos para conocer más detalles.

—¿A qué hospital habías dicho que lo llevaron?

—Al Saint Joseph.

—De acuerdo, tomaré un taxi y te veo allí.

—Está bien. Búscame en cuidados intensivos.

—De acuerdo.

Una hora más tarde, Sara corría por los pasillos del hospital para encontrar la habitación en la que habían trasladado a Duncan. Al llegar a la puerta que le indicaron se detuvo en seco. Por un instante, incluso creyó que había dejado de respirar. Los comentarios de Connor le indicaron claramente que debía esperar lo peor, pero verlo con sus propios ojos era terriblemente chocante.

—¡Santo Dios! —expresó sin poder contenerse— Duncan, Oh Dios mío —agregó cubriendo la boca ya entre lágrimas.

Miró alrededor y no vio a Connor. Necesitaba respuestas y él era el único que se las daría. *«¿Dónde diablos se ha metido?»*, se preguntó. Luego se acercó a la cama para observar a su esposo. Su rostro estaba irreconocible. Le habían vendado la mayor parte del cuerpo debido a las diversas lesiones sufridas durante el aterrizaje.

—Sara, ya estás aquí.

—Connor… —expresó sorprendida— ¿Dónde estabas?

—Estuve hablando con la policía.

—¿Por qué? —inquirió muy curiosa.

—Revisé las cámaras de la azotea. Alguien saboteó el helicóptero una hora antes de que Duncan saliera a buscarte.

—¿Qué? ¿Tuvo el accidente porque me estaba buscando?

—Sí. Tomó el helicóptero para seguir una pista que, sospechosamente, le dio tu madre.

—¿Mi madre? ¿Ella fue a verlo? —expresó alterada.

—Sí, por eso Duncan usó el helicóptero. Elena le dijo que estabas en la vieja casa de tu abuela. Como sabes, el área no tiene un aeropuerto.

—Lo recuerdo.

—Desde un principio me pareció muy sospechoso que apareciera de la nada para ayudarlo. Así que, tras el accidente, revisé las cámaras de seguridad de la azotea.

—Ya veo…—expresó preocupada.

—Gracias a esta grabación, la policía ha decidido abrir una investigación. En breve sabremos lo que sucedió.

—Entiendo…

—Sara dime la verdad. ¿Por qué te marchaste?

—Connor, tuve que irme. Mi madre me amenazó, dijo que si no le daba una manutención de por vida, le revelaría mi pasado oscuro a la prensa.

—Debes decirle la verdad, Sara…

—Le diré cuando esté mejor. No creo que necesite más problemas ahora —expresó desolada.

—No te preocupes. Despertará en cualquier instante.

—¿Qué? —inquirió confundida—A mí no me parece que vaya a despertar muy pronto —respondió mirando al hombre que yacía en la cama.

—¿Creíste que este era Duncan? —expresó enarcando una ceja.

—Sí. ¿Acaso no lo es? —preguntó pensando que se había metido en la habitación equivocada.

—No, este es Charlie.

—¿Quién?

—Charlie, el piloto.

—Pero, dijiste que su situación era muy grave.

—Ah, eso fue por un error de identificación. Lo confundieron con el piloto.

—¿Cómo que lo confundieron?

—Al parecer Charlie se encontraba malherido y Duncan deseaba que lo atendieran primero. Así que no paraba de repetir su nombre. Los paramédicos creyeron que él intentaba indicarles su identidad.

—Entiendo… entonces, ¿este es Charlie?

—Sí.

—¡Oh, Dios! —expresó muy aliviada— ¿Dónde está Duncan?

—Se encuentra al lado. Le dieron un sedante para que pudiera calmarse. Creo que sigue dormido.

Sara movió la cortina inmediatamente para corroborar que decía la verdad. Al verlo rompió en llanto. Duncan tenía el hombro izquierdo vendado, al igual que un par de puntadas sobre la ceja del mismo lado. En su tórax podía observar un espantoso moretón. Probablemente, consecuencia del impacto sufrido durante el aterrizaje forzoso.

—Sara, él estará bien —expresó Connor dándole un abrazo— Tranquila, su situación no es de gravedad, solo sufrió un par de golpes —agregó tratando de minimizar la situación.

—¡Creí que iba a morir!

—Lo siento, intenté llamarte en cuanto lo supe, pero no contestaste. Ven siéntate —agregó, ubicándola al lado de la cama de su esposo.

—¿Estás seguro de que está bien?

—Sí, ya le han hecho muchos exámenes. Lo sedaron para que pudiera descansar. Escucha, iré por un café, ¿quieres un té?

—Sí, gracias.

Cuando Connor se marchó, Sara tomó la mano de su esposo. Se sentía terriblemente culpable. Si su madre tenía algo que ver con el accidente, jamás podría perdonarse.

—Lo siento, Duncan. Nunca debí dejarte —las lágrimas corrían por su rostro sin control, ella apoyó la cabeza sobre su mano, pues la culpa no le permitía siquiera mirar su rostro— Lo siento mucho. Yo solo quería protegerte de mi madre, pero mira en lo que resultó. Todo esto es mi culpa. Lo siento mucho —agregó desconsolada.

—¿Por eso te marchaste? —expresó una voz que reconoció inmediatamente. Era Duncan que acababa de despertarse.

—¡Duncan! —respondió levantando la cabeza— ¿Estás bien? ¿Cómo te sientes? —expresó Sara levantándose de la silla para tocarlo.

—Estoy bien —contestó sujetando sus manos— Responde a mi pregunta —insistió.

—Duncan… Yo, intentaba protegerte de mi madre. Elena apareció en la empresa para chantajearme.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Ella es mi madre, quería resolver las cosas discretamente, pero…

—¿Pero?

—No funcionó. Dijo que el dinero que le había dado era solo el comienzo de una larga y beneficiosa sociedad entre ella y yo.

—Entiendo…—contestó reflexivo y después de una pausa agregó incrédulo— Entonces, tras escuchar sus planes, ¿concluiste que el divorcio era la mejor solución?

—Creí que, si me apartaba de ti, mi pasado oscuro no te afectaría.

—Sara… Sé que nuestro matrimonio no inició como debería, pero créeme cuando te digo que tomo mis votos muy en serio. Tú eres mi esposa, y no hay nada, ni nadie en este mundo que vaya a lograr separarme de ti.

—Ya no quería ser una carga. Desde el día en que me conociste solo te he traído problemas —contestó entre lágrimas.

—¡No! Sara… Tú eres la mayor bendición de mi vida. Sé que al principio no comprendía las intenciones de mi padre. Sin embargo, ahora lo entiendo. Tú fuiste su último regalo para mí —respondió enjugando sus lágrimas con la gema de sus dedos.

—Duncan hay algo que no sabes. Connor cree que mi madre provocó tu accidente.

—¿Qué? —expresó Cora interrumpiendo la conversación.

—Madre, ¿qué haces aquí? —respondió Duncan.

—Vine a ver cómo estabas, por supuesto. ¿Es cierto lo que dijo?

—Aún no se ha confirmado nada —aseguró Duncan.

—Sara, acompáñame por favor. Necesito hablar contigo por unos minutos —respondió Cora.

—Está bien.

—No tienes que hablar con ella Sara —instó Duncan sujetando su mano.

—Es tu madre, se merece una explicación.

—De acuerdo, pero esta conversación aún no se ha terminado.

—Volveré en un rato —prometió.

Ni bien salieron al pasillo, la mujer la sujetó del brazo para apoyarla en la pared.

—Escúchame bien, pequeña zorra. Me importa muy poco que te hayas casado con mi hijo. Para mí no pasas de ser una golpista. Si tu madre tiene algo que ver con el accidente de Duncan, ten por seguro que la mandaré a la cárcel, y a ti también por complicidad, pues estoy segura de que intentaste matarlo para quedarte con su fortuna.

—¡Estás loca! —afirmó indignada.

—Conozco muy bien a los de tu tipo. Y te aseguro que llegaré al fondo de esta historia.

«¡Maldición!», si Cora encontraba a su madre, descubriría acerca de su pasado y entonces sí sería el fin de su relación con Duncan.

—Descuida, probaré que no tengo nada que ver con este asunto.

—¡Más te vale o haré de tu vida un infierno!

—¿Qué sucede aquí? —inquirió Connor llegando con dos vasos de papel en la mano.

—Nada, yo ya me iba —respondió Cora antes de girar y desaparecer por el pasillo.

—Sara, ¿qué sucedió?

—Cora escuchó cuando le dije a Duncan que mi madre podría estar detrás del accidente.

—¡Maldición! ¿Qué te dijo?

—Amenazó con mandarme a la cárcel si mi madre resultaba ser la culpable del accidente de Duncan.

—Y no dudo que lo intente—respondió conociendo el duro corazón de la mujer. Sin embargo, al ver su intranquilidad agregó— Sara no debes inquietarte por culpa de ella. Aun ni siquiera hemos confirmado que Elena tiene algo que ver en este asunto.

—Lo sé, pero de todas formas debemos ubicar a mi madre. Si Cora la encuentra primero, podría descubrir mi secreto.

—Entiendo tu preocupación, aun así, no puedes ignorar el hecho de que Elena podría ser peligrosa. Lo mejor será que te mantengas alejada de ella.

—Sé que puede ser peligrosa, por eso necesito de tu ayuda —insistió a modo de ruego. Connor no quería involucrarla en la investigación, pero al cabo de unos segundos respondió.

—De acuerdo, pero primero hay que confirmar su participación en el sabotaje.

—Está bien —aceptó de mala gana.

—Sara, ¿qué piensas hacer si tu madre es culpable? —inquirió Connor preocupado con su sensible corazón.

—Si ella realmente lo hizo, la enviaré a la cárcel de una vez por todas.



Capítulo 38

«Un ardid para atrapar a la víbora»

Sara enjugó sus lágrimas rápidamente para regresar a la habitación de Duncan. No quería que notase lo alterada que estaba. Pues, si deseaba descubrir la verdad, debía mantenerlo al margen. Mientras estuviese en cama su esposo no le sería de ayuda, y preocuparlo por las acciones de su madre solo empeoraría su condición de salud actual.

—Sara, ¿estás bien?

—Sí.

—¿Qué te ha dicho mi madre?

—Nada importante, solo está preocupada por ti.

—Lo dudo mucho.

—Escucha Duncan, trata de descansar, iré a hablar con el médico para interesarme acerca de Charlie. Debemos apoyar a su familia —comentó Sara tratando de cambiar de tema.

—Es cierto, hay que hacer todo lo posible para ayudarlo, él salvó mi vida.

—Mañana también iré a la oficina a calmar los ánimos. Así que tú descansa tranquilo. Yo me ocuparé de todo, tú no te preocupes por nada.

—Está bien, pero aún no terminamos nuestra conversación.

—Ya habrá tiempo para hablar de nosotros, ahora hay que controlar los daños. La prensa ya ha hecho todo un escándalo.

—De acuerdo —respondió sosteniendo su mano.

Ni bien Sara se encaminó a la oficina del médico de cabecera, recibió una llamada de Ruby.

—Sara, ¿cómo está mi primo?

—Hola, Ruby, ¿cómo te enteraste?

—Su accidente ya está en todas las noticias —le explicó.

—Entiendo… Duncan está fuera de peligro, no ha sufrido heridas de gravedad.

—¡Gracias a Dios! Por un momento creí que perdería a mi primo.

—Tranquila, él estará bien.

—¿Ya puede recibir llamadas?

—De momento el médico quiere que descanse, pero quizás puedas llamarlo a su número en un par de horas.

—Está bien, mantenme al tanto de su progreso.

—Por supuesto, y no te preocupes, yo lo cuidaré.

Connor no esperó otro segundo para iniciar con su investigación. Puesto que, necesitaba confirmar cuanto antes la participación de Elena en el accidente. Temía que si no obtenía prontamente las respuestas que Sara tanto deseaba, ella perdería la paciencia y terminaría cometiendo el error de comunicarse directamente con su madre.

Sus contactos en la policía lo ayudaron a obtener datos para dar con la identidad de la persona que había saboteado el helicóptero. Esa misma noche, agentes encubiertos lo atraparon

intentando salir del país. En cuanto lo capturaron Connor fue a la comisaría para escuchar su declaración. Ahora mismo se encontraba mirándolo a través de una ventana de cristal. Con este interrogatorio esperaba confirmar con certeza quién era la mente maestra detrás del accidente.

—Escuche, si no coopera, toda la culpa caerá sobre sus hombros —le indicó el detective al sospechoso.

—Sabemos que le pagó en efectivo, así que, si no habla, usted será el único culpable. Le recuerdo que intento de homicidio es un cargo criminal muy serio —afirmó su compañero oficial.

—Ya he dicho que no conozco a la mujer. Me contactó solo una vez en persona. Jamás me dijo su nombre, ni me dio su número de teléfono.

—Entonces ¿cómo te entregó el dinero? —inquirió el detective.

—Lo dejó en una dirección que habíamos acordado de antemano —aseguró.

—Si la vuelves a ver, ¿podrías reconocerla? —preguntó esperanzado.

—Sí.

—¿Es esta? —inquirió el detective mostrándole una foto de Elena Stone.

—Es ella.

En la mañana, Sara se encontraba en el pasillo del hospital, ansiosa por escuchar novedades. Necesitaba confirmar sus sospechas. Si en verdad su madre intentó matar a Duncan, ella no podría volver a verlo a la cara hasta que esa maldita mujer estuviese en la cárcel.

—Sara, tengo buenas y malas noticias —comentó Connor acercándose.

—Dime la buena noticia primero.

—Está confirmado, tu madre lo contrató —ella exhaló el aire que tenía en los pulmones con fuerza antes de contestar.

—Entiendo…

—El problema es que no tenemos forma de probarlo. Ella le pagó en efectivo al sicario y se vieron solo una vez en un lugar sin cámaras. Ni siquiera hay un registro de llamadas que la conecte con él.

—¿Entonces qué haremos? —expresó exasperada.

—El detective cree que nuestra única esperanza es una confesión grabada.

—Ella nunca confesará. Es muy lista.

—Lo hará si cree que puede salirse con la suya.

—Entonces, ¿cuál es el plan?

—Crear un ardid para que confiese. Sabemos que le pagó al sicario con el dinero que le diste. Usaremos eso como un anzuelo para atraerla.

—¿Qué quieres decir?

—Al medio día el comisario anunciará a todos los medios de comunicación que atrapamos al culpable del intento de asesinato. Además, dirá que hallamos en posesión del criminal una cuantía sustanciosa de dinero que sospechamos fue el pago por sus servicios.

—¿Y eso cómo nos ayudará?

—Tu madre no es tonta, en cuanto vea a su sicario en las noticias, sabrá que la policía rastreará el dinero hasta ti. Estoy seguro de que te contactará, querrá verte para cubrir sus rastros.

—¿Quieres decir que intentará matarme? —inquirió espantada.

—No lo sé, pero debemos suponer lo peor. Eres la única persona que podría conectarla con el sicario. Al fin de cuentas, tú le diste el dinero que usó para pagar por sus servicios —La expresión de Sara le indicó que se sentía muy culpable.

—¡Yo no tenía idea de que lo usaría para intentar matar a Duncan!

—Lo sé. Escucha, cuando te llame exige verla en un hotel de tu elección, si te pregunta el motivo, le dices que no confías en ella. De esta manera tendremos la ventaja.

—¿En verdad crees que intentará matarme? —inquirió preocupada.

—Lo más probable es que te contacte para obtener dinero, lo necesitará para escaparse. No creo que se arriesgue a matar en un sitio monitoreado, por eso es importante que la convenzas de verte en un lugar que tú elijas.

—Yo no estaría tan seguro de ello, pero si quiere dinero, ¿de dónde lo conseguiré? Si extraigo de la cuenta conjunta, Duncan se enterará.

—No te preocupes, yo me encargo de eso. Tú solo debes convencerla de que le darás lo que te pida.

—¿Estás seguro de que esto funcionará? Si algo sale mal…

—Sara, jamás permitiría que pusieras tu vida en riesgo. Estaremos contigo en todo momento. Si intenta algo, la detendremos.

—Está bien, si esta es la única manera de proteger a Duncan, entonces, lo haré.

Cuando Sara regresó a la habitación, encontró a Duncan dormido. Eso supuso un alivio, pues de momento tenía mil cosas en qué pensar y no quería contarle la verdad acerca de lo que pretendía hacer para atrapar a su madre. Sabía que su esposo nunca permitiría que arriesgara su vida en una operación policial.

Cerca de las 2 de la tarde Sara recibió una llamada de Elena. Salió al pasillo y respiró hondo con la intención de calmarse. Nunca se le había dado bien mentir y debía asegurarse de mantener los nervios controlados.

—Hola.

—Querida me enteré de tu tragedia, ¿cómo está tu marido? —Sara contuvo las ganas de gritarle antes de contestar.

—Se está recuperando, ¿qué quieres? —agregó para sonar lo más natural posible.

—Necesito verte con urgencia.

—¿Para qué?

—Debemos hablar.

—Yo no tengo nada más que hablar contigo.

—¿Y si te dijera que puedes obtener las fotos de tu debut?

—¿A cambio de qué?

—De 20 millones de dólares en efectivo.

—¿Crees que soy idiota? No me engañarás como la última vez.

—Esta vez hablo en serio. Te doy mi palabra.

—¿Y desde cuándo tu palabra es confiable?

—Tienes razón, ¿qué quieres como prueba de mi buena voluntad?

—Yo elegiré el lugar, y solo tendrás el dinero una vez que vea las fotos.

—De acuerdo, me parece justo. ¿Dónde quieres verme?

—Nos vemos esta noche a las 8 en el hotel “Bello Horizonte”. Reservaré una habitación para que nadie nos vea.

—¿Cómo sabré en qué habitación estás?

—Pregunta por mí en la recepción.

—De acuerdo. Te veo esta noche, querida.

Connor llegó justo a tiempo para escuchar las novedades.

—Ya está, ya cayó en la trampa.

A las 5 de la tarde, Sara se despidió de Duncan con la excusa de que precisaba ir a la

empresa para resolver unos asuntos. Él no sospechó de nada, puesto que Connor le había calmado diciendo que iría con ella.

Llegaron temprano al hotel para que Sara recibiera las debidas instrucciones y pudiesen preparar con tiempo la habitación que usarían para su ardid. Instalaron cámaras y micrófonos por todos lados para asegurarse de captar con todas las letras la confesión de su madre.

Sara se sentía muy ansiosa. Para tranquilizarla, Connor le había dado un aparato auricular. De esta manera podría indicarle qué decir a fin de lograr la confesión de esa víbora.

A las 8 en punto escuchó que alguien golpeaba la puerta. Sabía que no debía demostrar ningún sentimiento, así que cerró los ojos y respiró hondo para concentrarse en su misión.

—Hola, madre, pasa.

—Veo que has mejorado tus modales —respondió Elena ingresando a la habitación. Sara cerró la puerta antes de contestar.

—Solo estoy siendo gentil para agilizar esta transacción y así poder librarme de ti de una vez por todas.

—Ya veo. Vayamos al grano entonces. Aquí tienes las fotos —expresó dándole un sobre — Bien, ¿dónde está mi dinero?

—Está aquí —respondió Sara sosteniendo la maleta. La puso en una mesa que había en la habitación y la abrió— 20 millones en efectivo.

Su madre apenas podía contener la emoción. Estaba eufórica, era evidente que nunca había tenido tanto dinero a la vista.

"Ahora es el momento Sara, pregúntale acerca de Duncan" Escuchó que le instaba la voz de Connor. Elena se acercó para tomar la maleta, pero Sara la apartó unos centímetros.

—Espera un segundo. Hay algo que debo preguntar antes de que te lleves el dinero.

—De acuerdo… Dime —respondió distraída.

—¿Fuiste tú?

—¿A qué te refieres?

—¿Tú fuiste la persona que mandó boicotear el helicóptero de Duncan? —la mujer empezó a verificar el dinero, luego sonrió fríamente antes de contestar.

—Veo que no eres tan estúpida.

Sara la miró sin poder creérselo. A pesar de todo, nunca había esperado que su madre fuese capaz de matar. Connor le habló nuevamente para tranquilizarla.

"Cálmate Sara, no arruines la operación. Recuerda que debes hacer que ella lo confiese a detalle"

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó controlando sus emociones.

—¿No es obvio? Era la única manera de evitar que te divorciaras de él.

—¿Qué? —expresó incrédula.

—Dijiste que ibas a divorciarte. Tenía que asegurarme que no lo hicieras.

Al comprender sus razones, ella preguntó en voz alta para asegurarse de que la policía lo tuviera grabado.

—¿Intentaste matarlo para que yo heredara su dinero, así no tendrías que perder a tu gallina de los huevos de oro?

—Precisamente. Sabía que habías firmado un acuerdo prenupcial y que tras el divorcio no tendrías ningún centavo, pero si te hacía su viuda te quedarías con todo.

—Y podrías chantajearme por el resto de mi vida.

—¡Exacto!

—¿No te bastó con venderme, también tenías que intentar matar a mi esposo?

—Lo hice por tu bien. Si Duncan hubiera muerto, ahora serías una viuda millonaria.

"Es suficiente, apártate de ella Sara, entraremos en la habitación" avisó Connor para que ella se apartara de Elena.

Sara se movió rápidamente apoyándose contra la pared. La policía irrumpió en la habitación haciendo que su madre se exaltase.

—¡Manos arriba! Elena Stone, está bajo arresto por extorsión, trata de personas e intento de homicidio. Tiene derecho a permanecer en silencio, todo lo que diga podrá ser usado en su contra en un tribunal. Tiene derecho a un abogado, si no puede pagar uno se le asignará uno de oficio. ¿Entiende sus derechos?

—¡Maldita perra! Sabía que no podía confiar en ti —gritó Elena intentando resistirse, pero los agentes policiales la tiraron al piso.

Mientras su madre era sometida por la policía, Sara abrió el sobre que le había dado. Al ver que se encontraba vacío, expresó muy alarmada.

—¿Qué es esto? ¿Dónde están las fotos?

—No existen —contestó Elena muy satisfecha.

—¿Qué? —respondió incrédula.

—Nunca tuve fotos de esa noche. Ni bien te entregué, me pagaron y me largué del lugar.

—Entonces, ¿me engañaste?

La mujer rio a carcajadas antes de contestarle con total frialdad.

—Siempre has sido una idiota. Ni siquiera pediste que te mostrara las fotos antes de que me dieras el dinero.

Sara intentó aproximarse a la víbora para abofetearla, pero Connor se interpuso.

—No vale la pena, Sara. Ya se acabó. Ya estás a salvo.

Sara lo abrazó y sin poder contenerse empezó a llorar. Necesitaba descargar su rabia contenida de alguna manera.

—Hay que irnos —le indicó Connor— Duncan te está esperando.



Capítulo 39
«Nada más que amor»

Sara escuchó el consejo de su amigo y no perdió otro minuto de su tiempo con su abominable madre. A fin de cuentas, Connor tenía razón, debía preocuparse de la gente que realmente la amaba. Y, aunque Duncan había sido muy complaciente con ella, aceptando todas sus excusas sin protestar, deseaba ser completamente honesta con su marido. Por lo que, ni bien llegase al hospital, le revelaría toda la verdad.

Ahora que, Elena, sin duda, se pudriría en la cárcel, no había motivos para seguir mintiéndole. La certeza de que su madre dejaría de molestarla le supuso un gran alivio. Pues, por fin, la sombra de su pasado desaparecería para siempre.

—Llegamos, ¿quieres que entre contigo?

—No, vete a descansar, estuviste despierto toda la noche. Yo le explicaré y mañana puedes darle los detalles.

—Está bien, avísame si necesitas algo.

—De acuerdo.

Cuando Connor se marchó, Sara ingresó al hospital, pero antes pasó por la cafetería para comprarse algo de comer. Llevaba estresada todo el día y no había podido ingerir absolutamente nada.

—¿Cómo sigues? —le preguntó a su esposo acercándose a la cama.

—Mejor, me hicieron unas pruebas. Creen que mañana podrían darme de alta.

—Me alegra escuchar eso.

—¿Cómo te fue en la empresa?

—Duncan acerca de eso. No fui totalmente sincera contigo.

—¿Qué quieres decir?

—No fui a la empresa. En realidad… Estuve ocupada ayudando a Connor a atrapar a Elena.

—¿Hablas de tu madre?

—Sí.

—¿Creí que la policía seguía investigando?

—Atraparon ayer al hombre que saboteó el helicóptero.

—¿Por qué Connor no me lo dijo?

—Porque no se obtuvo ninguna prueba que comprometiera a mi madre.

—¿Comprometiera?

—El sicario confesó que ella lo contrató. Sin embargo, no tenía cómo probarlo.

—Entiendo… Pero, ¿qué tienes tú que ver en esto?

—Te conté que mi madre me chantajeó.

—Sí, lo hiciste.

—Lo que no te dije fue que le pagué 10 millones de dólares para que se largara.

—Sara, ¿esa fue la razón por la que usaste el dinero de la dote?

—Sí. No tenía otra forma de pagarle. Ella dijo que poseía fotos de esa noche. No quería que se las entregara a la prensa. Eso te arruinaría.

—Ya veo… Aunque, sigo sin entender cómo podrías haber ayudado a Connor.

—Él armó un operativo secreto con la policía para atrapar a Elena mediante una confesión grabada.

—¿Y?

—Yo fui el anzuelo.

La expresión de su esposo le indicaba claramente que estaba muy molesto. Duncan era extremadamente protector y no toleraba la idea de que ella se pusiera en riesgo.

—Sara, ¿cómo pudiste arriesgar tu vida de esa manera? —inquirió desconcertado, moviéndose abruptamente en la cama.

—¡Cálmate! No debes alterarte —respondió Sara empujándolo lentamente para que se recostara.

—¿Cómo qué no? ¡Pudiste morir, esa mujer está loca!

—Antes de que digas cualquier cosa, debes saber que lo hice para protegerte —aclaró Sara adelantándose— Mi madre atentó contra tu vida, y todo para que yo pudiera heredar tu dinero. Lo mínimo que podía hacer era ayudar a la policía a atraparla, ¿no crees? —expresó intentando apelar a lógica.

Duncan la miró atónito, pues, le sorprendía mucho que su esposa estuviese tratando de razonar sobre este asunto, como si ella, solamente, hubiese ido a conseguirle un buen contrato. Respiró hondo buscando calmarse, lo último que necesitaba era tener un ataque de pánico. Posteriormente, contestó.

—¡Ya! ¿Y qué sucedió? ¿La atraparon? ¡Dime que pasó!

—La atraparon, irá a la cárcel. Gracias a mí, recabaron suficientes pruebas para imputarla por todos sus crímenes.

—¿Crímenes?

—Sí, Connor vendrá mañana para darte los detalles técnicos —le aseguró.

Duncan seguía desconcertado con su bravura. No podía creer que la Sara que conocía tuviese el valor de enviar a su propia madre a la cárcel. Su bella esposa se había convertido en una mujer muy valiente.

—¿Hay algo más que desees contarme? —preguntó esperando lo peor. Sin embargo, ella lo sorprendió diciendo.

—Sí, una cosa más. Te amo y no quiero divorciarme.

Al otro lado de la ciudad, Cora llegaba al lugar más espeluznante que había estado en su vida. Buscaba respuestas y tras el arresto de Elena, vio una brillante oportunidad para deshacerse de Sara Stone. Se había enterado por medios ilícitos que la mujer conocía un secreto de la joven y que, gracias a este hecho, la había chantajeado.

Como decía el dicho, *“El enemigo de mi enemigo es mi amigo”* y, por ello, acababa de ingresar a la sala de visitas de la cárcel de mujeres.

—Me dijeron que una dama quería verme, ¿quién eres? —expresó Elena tomando el intercomunicador.

—La madre de Duncan.

—¡Vaya! Esto si no me lo esperaba. ¿Qué quieres? ¿Regañarme por lo que le hice a tu hijito? —expresó burlándose.

—No soy tan sentimental —respondió fríamente— Vine porque quiero saber el secreto

de tu querida Sara.

—Ya veo… ¿Y qué hay para mí?

—Si me cuentas su secreto, te pagaré un buen abogado.

—Es un buen trato. De todas formas, quería vengarme de ella —respondió Elena encogiendo levemente los hombros.

—Si me cuentas todo lo que sabes, prometo que le arruinaré la vida.

Sara trataba de tranquilizar a su esposo, que seguía algo molesto por sus acciones. Al hombre le costaba aceptar que su delicada esposa había arriesgado su vida para protegerlo.

—Prométeme que jamás volverás a poner tu vida en riesgo —le exigió.

—Lo prometo, ¿suficiente?

—Tampoco puedes volver a mencionar la palabra divorcio.

—De acuerdo —contestó antes de sonreír y acariciar su rostro suavemente.

—Por favor, nunca vuelvas a dejarme.

—No lo haré. Jamás volveré a escapar de ti. Te lo prometo.

—Bien —contestó Duncan satisfecho con sus respuestas.

—Ahora tranquilízate. Debes descansar para acelerar tu recuperación.

En la mañana, Connor pasó a brindarle a su jefe más detalles de la situación, además de ayudar a Sara a trasladarlo al *penthouse*, pues ya lo habían dado de alta.

Cuando llegaron a la casa, Sara automáticamente pasó de ser una esposa amorosa a ser una enfermera exigente. Depositaron a Duncan en la cama y desde entonces, le fue prohibido mover un solo músculo.

—Si sigues así, me malcriarás —expresó Duncan a ver que ella le traía el almuerzo.

—Deberías estar contento. Después de todo querías una esposa a tiempo integral.

—Eso fue antes de saber que sería algo tan fastidioso —contestó provocativo.

—¿Fastidioso? Señor Lennox, si desea puedo volver al modo asistente.

—¡No! —respondió sujetando su mano, luego la estiró para que cayera en sus brazos— Me gusta cuando haces de esposa —agregó con una sonrisa maquiavélica, luego la besó. Cuando se apartaron, Sara respondió.

—Debes tener más cuidado. Tus hematomas aún no han sanado.

—Quizás mi esposa, podría hacer algo al respecto.

—¿Qué tienes en mente? —inquirió mirándolo desconfiada.

—Un masaje me vendría bien.

—¡Señor Lennox! Aún no podemos.

—Hummm —expresó Duncan con una cara triste queriendo seguir con el juego, pero alguien golpeó la puerta.

—Debe ser Connor —respondió Sara levantándose rápidamente de la cama.

—¡Qué inoportuno!

—Seguro es algo importante —contestó ella antes de abrir la puerta de la habitación.

—Connor, ¿qué te trae por aquí?

—¿No han visto las noticias?

—No, ¿qué sucede? —inquirió Duncan.

—Sara ha sido víctima de un escándalo.



Capítulo 40
«Resiliencia»

Sara encendió la televisión inmediatamente para verificar el noticiero. En todos los canales se referían a ella como una cazafortunas que había engañado a Duncan para casarse con él. *«¡Santo Dios! ¡No puede ser!»,* pensó al leer los subtítulos.

"LA MISTERIOSA ESPOSA DEL CEO DUNCAN LENNOX TIENE UN PASADO OSCURO"

"Sara Stone, actual esposa del CEO y famoso heredero de Lennox Enterprise era una esclava sexual"

—¿Cómo la prensa se enteró? Creí que la policía mantendría en secreto la identidad de la víctima —inquirió Duncan.

—Y así es. Tienen prohibido divulgar el nombre de Sara.

—¿Quién más podría saber tu secreto? —preguntó Duncan.

—Mi madre era la única persona que lo sabía aparte de la policía —afirmó Sara tremendamente trastornada.

—Le haré una visita en la cárcel para averiguar si tiene algo que ver con este escándalo— afirmó Connor.

—Y ahora, ¿qué vamos a hacer? —expresó Sara exasperada— Esto arruinará tu reputación, Duncan —agregó entre lágrimas.

—Cariño, no te preocupes, yo me encargaré de resolverlo. Confía en mí —prometió Duncan. Sara enajenada se sentó a su lado en la cama. Él sostuvo su mano tratando de consolarla.

—Después de todo lo que hice para ocultar este secreto. ¡No puedo creer que haya salido a la luz de esta manera! —contestó cubriendo su rostro con las manos.

—Sara, todo estará bien. Nos encargaremos de esto, juntos. Como una familia —prometió abrazándola.

—Así es —afirmó Connor y, agregó— Y cuanto sepamos quién lo hizo, le haremos pagar.

—Gracias, a los dos. No sé qué haría sin ustedes.

Mientras Sara se ocupaba de resolver asuntos en la empresa. Duncan obligó a Connor a llevarlo hasta la cárcel de mujeres.

—No tendremos mucho tiempo, pues vinimos fuera del horario de visitas —le avisó.

—Solo necesito 5 minutos —prometió Duncan.

—Bien, entremos.

Ingresaron por un espeluznante corredor hasta dar con la celda de Elena. El policía que

los acompañaba les indicó que evitaran hablar en voz alta para no hacerse notar.

—Hola, Elena —expresó Duncan parado en frente de su celda.

—¡Vaya, vaya! ¡Miren quién está aquí!

—La próxima vez que decidas matar a alguien, al menos deberías asegúrate de tener un plan infalible —La mujer sonrió antes de contestar irónicamente.

—Lo tendré en cuenta y, ¿a qué debo la visita de su majestad y único heredero de la familia Lennox?

—Vine para que me digas a quién le contaste el secreto de Sara.

—¡Bravo! Tardaste menos de lo que esperaba.

—¿A quién le dijiste? —insistió con una voz fría.

¿Sabes, Duncan? Al parecer, no soy la única madre con un hijo ingrato.

—¿Qué quieres decir?

—Fue tu madre. Ella vino a visitarme.

—¿Qué le dijiste exactamente?

—La verdad. Que vendí a Sara para que fuese una esclava sexual.

Al escuchar su declaración, Duncan comprendió que Elena no conocía toda la historia. Al parecer, no sabía que Sara fue rescatada antes de que le hubiera sucedido lo peor.

—¿Qué te ofreció a cambio de la información? —inquirió queriendo conocer más detalles.

—Un buen abogado que me sacará de esta pocilga.

—¿Y tú le creíste? Sí que eres idiota —comentó Connor sin poder contenerse.

—¿Qué quieres decir?

—Estás acusada de intento de homicidio, trata de personas y extorsión Elena. No verás la luz del día en mucho tiempo —le certificó Duncan.

—Cora me aseguró de que podría salir con un buen abogado.

—No creí que fueras tan ingenua —expresó Connor repitiendo las mismas palabras que le había dicho a Sara.

—Me mintió…—concluyó Elena apenas audible.

—¿Aún no lo entiendes? Te engañó para que le dieras lo que quería. Y ahora que todo el mundo sabe la verdad acerca de Sara, ya no tienes ninguna ventaja para negociar una reducción de sentencia —le explicó Connor. Y con la intención de rematar la afirmación de su chofer, Duncan agregó.

—Te pudrirás en la cárcel, Elena, y lo mejor de todo es que no tendré que mover ni un solo dedo para que eso suceda.

Volvieron rápidamente al *penthouse* para evitar a la prensa y la furia de Sara. Duncan deseaba manejar el asunto por su propia cuenta. Sin embargo, sabía que, debido a su estado médico, necesitaría de ayuda. Así que llamó por refuerzos. Su fiel amigo, Andrew Carter, llegó tan pronto como pudo para brindarle su auxilio.

—Duncan, lo siento mucho. Vine en cuanto me enteré de tu accidente —expresó al verlo.

—¿Dónde estabas?

—Volví a Francia para una reunión estratégica.

—Entiendo. ¿Ya viste las noticias?

—Las acabo de ver. ¿Quién fue el miserable que inventó la historia? —inquirió molesto, pues Sara era su amiga.

—Fue Cora.

—¿De dónde sacó semejante cuento?

—De la madre de Sara.

—¿Qué? —expresó extrañado.

—Siéntate, es una larga historia.

Duncan le explicó a su amigo con lujos de detalle como había rescatado a Sara años atrás y lo que sucedió tras este significativo evento.

—¡Vaya! Ahora todo tiene sentido. ¿Por qué nunca me lo habías dicho?

—No era mi secreto.

—Entiendo. ¿Qué piensas hacer?

—Necesito aclarar este asunto cuanto antes. ¿Aún tienes el contacto de esa reportera de la revista BOX News?

—Sí, ¿por qué?

—Pretendo darle una exclusiva para brindar detalles acerca de la historia. No quiero tener que exponer a Sara a la despiadada prensa. Dijiste que ella era de confianza.

—Así es. Le diré que te contacte para que arreglen la entrevista.

—Perfecto.

—Duncan, si hay algo más que pueda hacer, solo dime. Haré todo lo que pueda para ayudar a limpiar el nombre de Sara.

—Gracias, amigo.

—¿Qué piensas hacer acerca de tu madre?

—Creo que llegó la hora de darle una dosis de su propio veneno.

Sara estuvo ocupada todo el día en reuniones de contingencia. Los abogados de la empresa le aconsejaron mantener un perfil bajo hasta que tuviesen más detalles de su caso. Los empleados de la empresa sorprendentemente la apoyaron sin hacer una sola pregunta. Volvió a casa al final de la tarde, totalmente exhausta.

—¿Cómo te fue? —le preguntó Duncan. Ella solo lo abrazó y dejó que las lágrimas cayeran por su rostro, con él no tenía que fingir que toda estaba bien.

—Fue horrible, pero lo superaré.

—Sé que lo harás —expresó Duncan sosteniéndola de los hombros para mirar su rostro— Eres la mujer más valiente que he conocido. Nada puede contra ti, ¿está bien? —Sara enjugó sus lágrimas antes de contestar con una sonrisa.

—Gracias, Duncan.

—¿Por qué?

—Por ser un gran esposo.

En la mañana, Duncan se arregló pulcramente para recibir a la reportera. Sara estuvo de acuerdo en participar de la entrevista. A fin de cuentas, era la persona más interesada en aclarar el asunto.

—Señorita Lambert, sea bienvenida, pase por favor —expresó Sara abriéndole la puerta del *penthouse.*

—Gracias por recibirme en su casa.

—¿Podemos hacer la entrevista aquí en la sala?

—Por supuesto.

—Siéntese, por favor. Prepararé café.

Duncan se adhirió minutos más tarde para empezar con la entrevista. Sara explicó con lujos de detalle como fue su vida hasta el día en que conoció a su esposo. La reportera estuvo extremadamente sorprendida con el trasfondo de su historia.

—No se preocupe, señora Lennox, aclararemos este asunto, y todo el mundo se enterará de la verdad.

—Gracias, señorita Lambert.

Esa misma tarde, Duncan volvió a la empresa para resolver el último cabo suelto, su madre. Cora, creyendo que su hijo deseaba hablarle de algo importante, accedió a verlo en la cafetería de la empresa. Por supuesto, este encuentro no era algo casual, tenía un único propósito, hacerla pagar por todas sus maldades.

—Buenos días, hijo.

—Madre —expresó Duncan forzosamente, ya que debía seguir con el teatro— Llegas justo a tiempo, ya he pedido 2 tazas de café.

—Perfecto —inquirió Cora sentándose en su frente— Y bien. ¿De qué querías hablarme?

—Imagino que ya te has enterado del escándalo de mi esposa.

—Sí, ¡qué terrible! ¿Quién se habría imaginado que tuviese un pasado tan oscuro con esa cara tan inocente? —respondió con ironía.

Duncan aprovechó que la camarera venía a su mesa con el café para respirar hondo, a fin de controlar, toda la rabia que llevaba por dentro.

—Ha sido toda una sorpresa, en especial para mí —expresó acongojado.

—¿Qué piensas hacer?

—Creo que no me queda otra opción más que divorciarme —afirmó Duncan con tristeza.

—Lo lamento cariño, sé que la querías —respondió Cora con una voz preocupada, pero por dentro daba saltos de alegría. Después de todo, su plan de separarlos había funcionado a la perfección. Ahora solo le quedaba un último paso. Convencer a su hijo de que se case con la mujer que ella elija, para así tener libre acceso a la fortuna de la familia Lennox.

—Me costará mucho superarlo, confiaba mucho en ella.

—Lo entiendo, pero no todo está perdido, puedes conocer a otra mujer y algún día volver a casarte, cariño —expresó esperanzada.

—Lo sé, pero de momento no tengo cabeza para pensar en el futuro. Ahora debo enfocarme de lleno en manejar este escándalo.

—Entiendo —contestó comprensiva.

—Dijiste que podía contar contigo para lo que necesitase… —La mujer le brindó una sonrisa de satisfacción antes de contestar.

—¡Por supuesto hijo.! Dime qué puedo hacer por ti.

—Necesito que alguien apoye mi versión de la historia delante de la prensa. No puedo permitir que este escándalo destruya Lennox Enterprise.

—Desde luego, cariño. Cuenta conmigo.

—Termina tu café, yo me adelantaré a la sala de reuniones. Necesito consultar algunas cosas con el abogado antes de empezar con la entrevista.

—Por supuesto, de todas formas, debo refrescarme antes de seguirte —expresó animada. Pues, finalmente, le darían su lugar como madre del heredero de la familia Lennox.

—Bien, nos vemos allí.

Sara, que no tenía idea de lo que sucedería, se reunió con Duncan en la sala de conferencias. Él aún no le había contado que su madre fue, la terrible persona quien reveló su secreto ante la prensa.

Quería humillar a Cora, y sabía que Sara jamás accedería a poner en práctica sus planes de venganza, pues, a diferencia suya, su esposa tenía un corazón de oro.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó muy curiosa.

—Creí que sería bueno que nos viesen en público juntos y, por eso, decidí hacer una reunión aquí —explicó.

—Entiendo.

—Quiero que vean que te doy todo mi apoyo.

—No tienes que hacer esto —expresó Sara, a sabiendas de lo mucho que detestaba dar explicaciones.

—Lo sé, pero igualmente quería hacerlo —contestó mirando a su alrededor. Sara percibió que buscaba a alguien. También se dio cuenta de que la sala estaba repleta de cámaras de video de todos los canales de televisión, como si fuesen a tener una conferencia en vivo.

—Duncan, ¿qué estás tramando? —preguntó desconfiada.

—Ya verás, siéntate.

—Está bien —respondió de mala gana.

Cinco minutos más tarde, un grupo de personas ingresaron al salón para acomodarse en las sillas detrás de las cámaras. Duncan se sentó para descansar mientras Sara saludaba a la gente. Cora fue la última en ingresar al salón.

—¿Qué está haciendo ella aquí? —inquirió sorprendida al ver a Sara, pues, creía que tras el escándalo la mujer estaría escondida en algún pozo, muerta de la vergüenza.

—Mejor dicho, ¿qué estás haciendo tú aquí? —respondió Sara encarándola.

—Vine a apoyar a mi hijo, zorra.

—Yo que tú tendría más cuidado acerca de cómo llamas a mi esposa —expresó Duncan en alta voz, llamando la atención de todos los presentes quienes, al percibir que sucedería algo importante, encendieron las cámaras de filmación instaladas en el lugar.

—Duncan, ¿qué es lo que estás haciendo —inquirió Cora confundida— Esta mujer te arruinó, ¿por qué la defiendes?

—La única mujer que me ha arruinado la vida, eres tú, Cora. Después de abandonarme, extorsionaste a mi padre por años haciendo que yo viviese como un recluso. Por tu culpa dejé de confiar en las personas, dejé de creer en el amor, pues si tu propia madre no es capaz de amarte, ¿quién diablos lo haría?, ¿verdad?

—¿Pudiste perdonar esta mujerzuela, pero eres incapaz de perdonar a tu propia madre? —expresó incrédula.

—Sara fue una víctima. Ella no tuvo la culpa de lo que le sucedió —respondió sujetando a su esposa de la cintura y, agregó— A ella no hay nada que perdonarle. Tú, en cambio, elegiste abandonarme para huir con tu amante.

Las personas parecían escandalizadas con las afirmaciones que escuchaban. Cora miró a su alrededor, horrorizada, toda la prensa estaba allí, presenciando su humillación en vivo.

—Duncan, por favor, detente —rogó la mujer al percibir que las personas le sacaban fotos y grababan la escena.

—¿Detenerme? ¿No fuiste tú la que quiso revelar los secretos de nuestra familia a la prensa? ¿Por qué deberíamos detenernos ahora? —expresó sarcásticamente.

—Por favor… Ya basta…—rogó por segunda vez.

Duncan sonrió y se acercó para decirle estas palabras de manera discreta.

—Difamaste a mi esposa, ¿en verdad creíste que nunca me enteraría?

—¿Qué? —expresó Cora, comprendiendo finalmente la verdad. Duncan había descubierto su juego sucio.

—Imagino que no lo sabes, pero la difamación es un delito grave. Si quieres salir inmune de esto, te daré una sola oportunidad.

—¿Qué debo hacer? —respondió prudentemente.

—Arrodíllate y pídele perdón por lo que hiciste.

Sara, que aún no comprendía del todo la situación, se sintió bastante inquieta al escuchar su exigencia. Sin embargo, no quería entrometerse en el asunto, pues, confiaba en que su esposo tenía sus razones.

—¿Qué? No hablas en serio —respondió Cora incrédula.

—¿No revelaste su secreto con la intención de humillarla?, pues, ahora es tu turno. Arrodíllate, o te denunciaré, estoy seguro de que unos meses en la cárcel te harán cambiar de parecer —la amenazó apuntando con los ojos hacia la puerta donde casualmente se encontraban dos oficiales de policía.

Sara abrió los ojos de par en par cuando escuchó que la madre de Duncan había sido la persona que arruinó su reputación. De pronto toda la escena tuvo sentido. Cora, por otro lado, miró hacia la puerta y al ver a los oficiales esperándola, cedió ante la exigencia.

—Está bien, lo haré —expresó Cora y controlando toda su ira se puso de rodillas.

Las demás personas casi cayeron de espaldas al presenciar la escena. La curiosidad los venció y dejando de lado todo protocolo se acercaron para escuchar.

—Lo siento, señora Lennox, lamento haber difamado su buen nombre.

—Duncan, creo que ya es suficiente —expresó Sara, sintiendo pena. Cora miró a su hijo esperando una confirmación.

—De acuerdo. Escuchen todos —agregó en voz alta— El show se ha acabado, pueden retirarse, les daremos más detalles por escrito —afirmó.

Los policías ayudaron a dispersar a las personas que seguían totalmente obsesionadas con la historia. Cuando quedaron solos, Duncan dijo.

—Escucha Cora. No supongas ni por un segundo que, te he perdonado por esto. A partir de ahora estás muerta para mí.

—Pero…

—Connor te acompañará a recoger tus cosas. Hoy mismo saldrás del país, de lo contrario tomaré acciones legales.

—Duncan no tengo a dónde ir —afirmó esperando clemencia.

—Eso no es mi problema. Te irás hoy.

—¿De qué voy a vivir? —inquirió más para sí misma que para los demás.

—Te daré lo suficiente para que te instales en el extranjero. Luego tendrás que sobrevivir por tu cuenta. Esto, con la condición de que nunca vuelva a escuchar acerca de ti, y si alguna vez regresas a este país o siquiera pronuncias el nombre de mi esposa, te enviaré a la cárcel.

La mujer quedó totalmente atónita, pues, no le quedaba otra opción más que obedecer. Duncan había sido muy claro.

—Está bien, acepto este trato.

Sara esperó a que estuviesen solos en la sala de conferencia para atreverse a preguntar algo que la tenía muy curiosa.

—Duncan, ¿por qué los empleados se hicieron pasar por periodistas? —Su esposo sonrió antes de contestar.

—Porque ellos también querían vengarse.

CORA USA ESA INFORMACION PARA DIFAMAR A SARA, ELLA LE DICE A LOS MEDIOS QUE PUBLICAN EN LAS REVISTAS Y DIARIOS. DUNCAN DESCUBRE QUIEN FUE LA FUENTE, YA QUE EL NOMBRE DE SARA FUE PROTEGIDO POR LA POLICIA. CUANDO DESCUBRE QUE ES SU MADRE LA MANDA AL DIABLO DE UNA VEZ POR TODAS. DUNCAN LA PONE EN SU LUGAR Y FINALMENTE TIENE EL VALOR PARA DECIRLE TODAS LAS COSAS QUE TENIA EN SU SER. CORA SE VE OBLIGADA A SALIR DEL PAIS PARA SIEMPRE.

DUNCAN FINALMENTE CELEBRA UNA BODA REAL CON SARA EN LA IGLESIA. RUBY, CONNOR Y ANDY APARECEN COMO INVITADOS. LE DICE QUE FINALMENTE VISITARÁ A SU ABUELO.



Epílogo

«La bendecida luna de miel»

Unos meses después.

La prensa se retractó rápidamente en cuanto se enteraron de la verdadera historia detrás del escándalo de Sara. La policía fue de gran ayuda en este punto, puesto que, respaldó su versión de los acontecimientos, recalcando la importancia de proteger la identidad de las víctimas de un crimen tan atroz. Quedando así, definitivamente, concluido este terrible episodio de su vida.

Durante la ausencia de Duncan, Sara ocupó temporalmente la posición de CEO en la empresa. Esto a fin de cubrir las reuniones de negocios y las juntas internacionales que tenía su esposo ocasionalmente. Connor la acompañaba a todos lados para darle mayor tranquilidad a su jefe, que constantemente hacía llamadas para enterarse de las actividades de su mujer. Ya habían pasado 2 meses, pero él seguía paranoico acerca de su madre.

Tras su último chequeo médico, afortunadamente obtuvo buenas noticias, pudiendo así volver a sus actividades regulares dentro de la empresa. Sara se sentía más que contenta con el retorno de Duncan, ya que cargar con tanto trabajo la dejaba muy agotada.

—Bienvenido, jefe —expresó ingresando a su oficina.

—Antes esta silla se sentía más cómoda —comentó Duncan reflexivo.

—El médico dijo que podrías sentir cierta incomodidad en la espalda por un tiempo.

—Yo me refería a que antes no sabía lo que me perdía mientras estaba estancado en esta oficina.

—Créeme que ahora te entiendo —respondió comprensiva.

—Lo sé, por eso quiero que te tomes unas vacaciones.

—En verdad lo apreciaría, pero hay mucho trabajo por hacer.

—Sara… —expreso Duncan levantándose de la silla, caminó hasta ella y tomando su mano izquierda de pronto se arrodilló.

—¿Qué estás haciendo?

—Lo que debía haber hecho hace mucho tiempo.

—¿Qué?

—Sara, ¿cásate conmigo?

—Pero ya estamos casados —respondió confundida.

—Casémonos de verdad.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, que deseo hacer mis votos delante de la gente, quiero que vean lo bella que es mi esposa vestida de novia. Que nos saquemos fotografías para un ridículo álbum que mostraremos algún día a nuestros hijos. Quiero que lo nuestro sea para siempre, Sara.

—Duncan… yo —contestó con lágrimas en los ojos.

—¿Tú? —inquirió expectante.

—Lo acepto.

La boda se celebró 2 semanas después. Sus invitados fueron esencialmente empleados de la empresa, ya que Sara era huérfana y Duncan poseía muy pocos familiares “agradables”. Los amigos abundaron. Todos se sentían emocionados con la idea de participar de una fiesta tan esperada. Incluso las monjas acudieron muy contentas, puesto que la ceremonia se realizaría en la capilla del internado. La novia no paraba de sonreír, Duncan se sentía el hombre más afortunado del mundo. Incluso Ruby pudo comparecer, a pesar de su apretada agenda en la universidad. Andrew, por otro lado, decidió tomarse unas largas vacaciones para poder asistir de la gran celebración como es debido.

—¿A dónde piensan ir de luna de miel? —inquirió Ruby muy curiosa.

—Sara quiere ir a Nepal —respondió Duncan mientras su esposa hablaba con sus compañeros de trabajo.

—¿Nepal? —contestó su prima desconcertada.

—Sí.

—Escuché que es hermoso en esta época del año —intervino Andrew.

—Pues que se diviertan —apuntó Ruby.

—¿Tú que piensas hacer en tus vacaciones? —preguntó Duncan a su amigo.

—Iré a visitar al abuelo.

—¡Qué buena noticia! El viejo estará muy feliz de verte.

—Eso espero, porque pretendo quedarme allí por unas semanas.

—Pues buena suerte —agregó dándole una palmada en la espalda. Sabía que había sido una decisión bastante difícil para su amigo, puesto que, no veía a su abuelo desde hace un par de años.

Más tarde, mientras Duncan hacía unas llamadas. Sara empacó las maletas con mucha ropa de invierno. Aunque nunca había viajado a Nepal, sabía que al pie de la montaña siempre hacía frío.

—Todo listo. Connor nos llevará al aeropuerto.

—Genial. Ya terminé las maletas.

—No te preocupes por la ropa, si necesitas algo lo podemos comprar.

—De acuerdo.

Horas más tarde, llegaron a un lujoso hotel. Fueron muy bien recibidos por el gerente, que personalmente se ocupó de acomodarlos. Sara se sentía exhausta, así que ni bien llegaron, fue a descansar en la recámara. Duncan, que ya estaba habituado a viajar, se encargó de llevarle un ostentoso desayuno en la cama.

—Te he traído algo de comer.

—Si me sigues alimentando de esta manera, terminaré rodando montaña abajo.

—¿Piensas escalar la montaña?

—¡Claro que no! Tengo serios problemas con la altura.

—¿Tienes vértigo?

—Sí.

—Entonces, ¿cómo subirás al helicóptero?

—¿Helicóptero? —expresó con los ojos desorbitados, pues no podía creer que el hombre volvería a subir en uno de esos aparatos de muerte.

—Sí, he reservado un paseo en helicóptero para esta tarde.

—¡No creo que pueda hacerlo! —afirmó rápidamente y agregó— Me mareo incluso a 1 metro de altura —le advirtió con sinceridad.

—Supongo que sí, después de todo te caíste de una silla.

—¡Eso fue un accidente!

—Está bien, subiré solo. Tú puedes visitar los alrededores mientras estoy recorriendo por la montaña —Sara sonrió satisfecha y extendiéndole la mano, expresó.

—¡Es un trato!

Ambos se vistieron muy abrigados para salir de paseo. Visitaron un pequeño pueblo al pie de la montaña. Su esposa se colgaba de su mano mientras saludaba a la gente. Todos eran muy amables y gentiles con los turistas.

Sara aprovechó la ocasión para sacar hermosas fotografías del paisaje. Duncan hizo lo mismo, sin embargo, en vez de captar imágenes del lugar, se enfocó en su esposa, que se veía tan bellamente alegre.

Incluso ahora, que se encontraban en su luna de miel, no podía creer en su buena suerte. Jamás imagino que conocería a alguien que lo hiciera sentir tan completo. Sonrió al pensar que viviría el resto de su vida atesorándola.

—Sara…—al escuchar su nombre, ella giró y, tras brindarle una hermosa sonrisa, contestó.

—¿Sí?

—Si sigues sonriendo de esa manera, encantaras a todos los hombres del pueblo.

—¿Acaso Duncan Lennox está celoso? —expresó provocativa.

—¡Por supuesto que no! —afirmó el hombre muy serio.

—¡No me mientas! Recuerda que soy tu esposa.

—Sara, te aseguro que yo nunca te he mentido deliberadamente. Bueno, quizás una vez, pero fue por una razón bastante noble —se justificó.

—¿Cuándo me mentiste? —inquirió curiosa.

—¿Recuerdas la vez que me embriagué y tuviste que llevarme a rastras al hotel?

—¡Por supuesto! Fue una noche inolvidable —expresó entre risas, muy divertida, recordando sus pasos de baile imprecisos.

—Al día siguiente, te dije que no recordaba absolutamente nada.

—Sí, es verdad. —expresó Sara reflexiva. Unos instantes después, abrió los ojos de par en par. Solo entonces Duncan se atrevió a añadir con una maquiavélica sonrisa.

—Bueno, esa vez, sí te mentí.

FIN



Acerca del autor

Mary Lundh es una escritora de novelas románticas tipo chick-lit. Le encanta caminar en los bosques y sacar fotografías. Es una gran admiradora de Jane Austen y Charles Dickens. En sus libros encontrarás historias muy divertidas con temas realistas.

Para conocer más acerca de la autora, por favor visite:

Facebook
https://www.facebook.com/marylundhautor

Instagram
https://www.instagram.com/marylundhautor

Tiktok
https://www.tiktok.com/@marylundhautor